CIRCULO DEL CRIMEN

JUGANDO CON LA MUERTE

URSULA CURTIS

EDICIONES FORUM



Nº 40

R. T. PALAT

Ursula Curtiss

JUGANDO CON LA MUERTE

Círculo del Crimen Nº 40

ePub r1.1

Rutherford/Rbear 24.02.16

Título original: *Out of the dark*
Ursula Curtiss, 1964
Traducción: Miguel Giménez Sales
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (24/02/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (25/02/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Ediciones Tiempo, 1990*.
Parecen dos ediciones prácticamente idénticas de la misma traducción.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: añadidas dos líneas (irrelevantes) que faltaban.

1

Los Mannering, al ir a salir de su casa, media hora antes de que la asistenta llegase, les hicieron a sus hijos todas las advertencias propias del caso, que éstos no escucharon.

—Poned cuidado en que las gallinas tengan agua y que el pavo real entre en su jaula. Que *Elizabeth* tenga grano. Y entrar la colchoneta neumática, porque está a punto de llover. Y obedeced en todo a la señora Beale.

Los niños estaban contemplando atentamente la pantalla de la televisión, en donde las imágenes mostraban una diligencia sin conductor que volaba por un sendero.

—¡Este tipo saltará de aquel árbol! —le dijo Harry a William.

El señor Mannering repitió sus instrucciones con algo parecido a un rugido, y los niños se sobresaltaron ligeramente, prometiendo obedecer en todo —lo cual ahorraba tiempo—, y hasta llegaron a decir adiós. Desde el otro lado de la puerta cerrada del cuarto de Libby, la hija de catorce años de edad, se oían los discos dados en audición por la emisora local, y la señora Mannering llamó y abrió la puerta.

—Adiós, Libby, hasta mañana. Ayuda a la señora Beale a mantenerlo todo en orden.

Libby dijo que así lo haría, y su nueva amiguita saltó del lecho gemelo.

—Adiós, señora Mannering. Deseo que usted y su esposo se diviertan en la fiesta.

—¿Puede quedarse Kit a pasar aquí la noche? —inquirió Libby.

La señora Mannering, un poco aturdida por la pregunta, respondió con cierta vacilación:

—¿Dónde dormirá Tess?

—En el camastro del cuarto de los chicos. Le encanta dormir allí.

—Bueno… —la señora Mannering le sonrió a Kit Austen—. Naturalmente, tendrás que llamar a tu casa y obedecer a la señora Beale hasta que volvamos nosotros, pero estoy segura de que todo irá bien.

Una inspección final a la casa. Eran las cinco, y casi había oscurecido antes de que subiesen al coche, tranquilizándose mutuamente al pensar que la señora Beale llegaría antes de veinte minutos y que los pequeños no se moverían de delante de la televisión hasta entonces; y que, en cualquier caso, Libby y Dannel, con sus trece años de edad, ya tenían bastante uso de razón para saber comportarse en un caso de emergencia.

—Y esa chica… Kit Austen, parece una mujercita —añadió la señor Mannering, frunciendo un poco el ceño, porque aunque la elección de sus palabras había sido cuidadosa, le parecían bastante fantásticas.

A las cinco y media telefoneó la señora Beale, preguntó por la señora Mannering con voz un tanto turbada, y acabó por disculparse con Libby. Dijo que lo sentía mucho, pues le era imposible ir a cuidarles; acababan de llevar a su hija al hospital —creían que era apendicitis—, y ella tenía que quedarse al lado de sus nietos.

—Pero vosotros os portaréis bien, ¿verdad? —concluyó.

Siempre había sido un misterio para la señora Beale, que los Mannering precisasen de sus servicios teniendo a Libby; a los catorce años, ella ya había estado a cargo de sus cinco hermanos menores. Por esto, cuando Libby le contestó: «Supongo que sí», la señora Beale colgó y dejó de pensar en los Mannering.

La noticia fue recibida con placer siniestro por parte de los tres niños y la pequeña Tess de cinco años. Les gustaba la señora Beale pero era implacable respecto a la hora de acostarse, y les impedía jugar en la cama, arrojándose mutuamente las almohadas. Sin embargo, se mostraron instintivamente quietos en presencia de la desconocida Kit Austen, y engulleron en perfecta paz la cena que la señora Mannering les dejó preparada, sin tomarse la menor libertad.

Claro que todos estaban ya acostumbrados al hábito de Harry, de ocho años, de beber la leche lentamente para luego volver a espurrearla pensativamente en el vaso.

El primer ramalazo de lluvia contra las oscuras ventanas les recordó que no habían ejecutado ninguna de las instrucciones de sus padres, y Libby y Kit fueron a inspeccionar a las gallinas, la ternera y el pavo real. Estos animales no les resultaban de ninguna utilidad, aunque las gallinetas ponían de cuando en cuando un huevo; ello era simplemente porque los Mannering, que se habían criado en la ciudad, compraban animales lo mismo que otras personas adquieren mesitas para el café o lámparas.

Los chicos discutieron respecto a quién se había dejado fuera la colchoneta neumática, y finalmente sobornaron a Tess para que fuese a buscarla; la niña regresó completamente mojada, dejando la colchoneta con un golpe sordo en el suelo de la despensa. Volvieron a poner en marcha el televisor, y los cuatro niños más pequeños se dispusieron a contemplar el programa desde un sofá colocado al fondo de la cocina, sentados solemnemente y mirando como estatuas, cada uno según su propia idiosincrasia: la mojada Tess, el inocente William, el truculento Harry, y el casi analfabeto Daniel, que poseía una percepción casi de adulto, pero que no conseguía aprenderse las tablas aritméticas.

Y todos iban a verse expuestos a la más feroz de las violencias.

Fue Kit la que propuso, cubierta su voz por el ruido de la televisión:

—¿Quieres que telefoneemos? Ya sabes, llamando a la gente para divertirnos.

Libby asintió de buen grado: ya lo había hecho otras veces, por ejemplo, preguntándoles a completos desconocidos si habían encargado tres o seis docenas de camelias para el ramillete de la novia, o bien, en otras ocasiones, si ya tenían el boleto para la cena social. «¿No? Bien, es raro, ya que su nombre figura como patrocinador…» Y otras bromas por el estilo.

Kit Austen, según averiguó Libby, era mucho mejor que todo eso. Después de buscar en la guía telefónica —los apellidos como Stubblefield, Smarth o Staggers les provocaron un estallido de risa

convulsa y contagiosa—, se fijaron en un tal John Etrith y, adoptando un acento francés que encantó y admiró a Libby, Kit insistió en que su interlocutor al otro lado del hilo era «su Johnnie». Se habían conocido en París, él le había prometido esperarla… ¡y ahora estaba casado!

—Para no hablar de los niños —añadió Strith, de buen humor.

—Oh, *querrido*, no *crreí* que *fuerras* tan *crruel* con tu Suzette, que te *quierre* tanto…

—Mi esposa, que también me quiere, me pide el teléfono. Hasta la vista, Suzette.

Kit colgó. La arruga de su entrecejo demostraba que era capaz de engañar a la gente con suma agudeza. Y Libby no debía perder, en ningún momento, su expresión de admiración y asombro.

—Díctame varios números —le ordenó Kit con autoridad—, y verás algo bueno.

En la cocina cayó una bandeja produciendo un gran estrépito pero Libby se sentía demasiado fascinada para ir a investigar la causa.

—¡Tess, Harry…, ay de vosotros si vengo! —gritó de manera automática, y empezó a elegir números telefónicos al azar.

Su grito de advertencia despertó al periquito en su jaula, el cual empezó a repetir su consuetudinaria frase:

—Hola, Pablo, hola, Pablo…

A las personas que contestaban a su llamada, Kit les decía con voz controlada, suave e insidiosa:

—Sé quién eres realmente y también lo que hiciste.

Casi ninguno colgaba en seguida, aunque el receptor dejaba oír algunos rumores extraños. A la décima llamada, los ojos verdosos de Kit se iluminaron, previniendo a Libby. Una vez terminado el primer intercambio de frases, Kit preguntó:

—¿Encontrarnos dónde…? No, claro que no se lo diré a nadie, porque entonces no habría secreto… Sí, saldré sin que nadie lo sepa… Y usted no falte.

Colgó, brillante la mirada por su triunfo y reprimió una carcajada.

—¿Lo has oído? Quiere que me encuentre con él en un puente, ese viejo lobo.

—¡No…! ¿De veras te dijo…?

—Vaya, ya lo has oído. ¿Quién es, si queremos volver a llamarle?

Pero Libby ya había pasado la página del anuario y ambas muchachas se olvidaron de aquella llamada, y cuando hallaron a una Juanita Adder en Copperhead Trail…

2

Había aprendido a controlar sus mortales ramalazos de cólera por lo que consiguió depositar el receptor en la horquilla, en lugar de hacerlo añicos. Pero las palabras de la mujer parecían flotar por la estancia con el mismo desafío que lo harían las huellas de unos pies sobre la alfombra de color crema que llegaba de pared a pared, o unos arañazos en los pulimentados muebles.

«Sé quién eres realmente y también lo que hiciste.»

Para Leonard Whelk, que comenzó ya a moverse con más rapidez, la primera parte de esta declaración era tan peligrosa como la segunda. Por una fracción de segundos, cuando la voz suave le murmuró esto al oído, sintió náuseas.

No se en realidad ni sabía cuál era su apellido verdadero. Enviado a un hogar adoptivo a muy tierna edad, pasó los primeros trece años de su existencia como Leonard Birucoff, conocido universalmente como Foxy debido a su cara pálida y afilada y a sus móviles ojos de color pardo rojizo, así como a su inusitada agilidad.

La señora Birucoff, una viuda, según recordaba Foxy desde siempre, lavaba para los demás para su propio mantenimiento y el de su hijo adoptivo por lo que su hogar estaba constantemente lleno de jabón y olía a almidón y plancha. Foxy odiaba aquel olor, la pobreza, las manos enrojecidas y grandes de su madre adoptiva… pero, más que todo odiaba las pilas de lana, damasco y organdí blanco como la nieve, que cubrían todas las superficies libres de la casa. Formaban un rudo contraste con sus sábanas remendadas hasta lo inverosímil, limpias pero bastas, y los demás artículos

domésticos de que estaba rodeado.

Su odio no era resentimiento hacia su madre adoptiva; a ésta la despreciaba, molesto cuando le veían con ella, y sólo la obedecía cuando era absolutamente necesario. Durante un tiempo, albergó el sueño normal de todo huérfano respecto a una terrible equivocación, viviendo en la pobreza mientras sus verdaderos padres, sumamente ricos, le estaban buscando por todas partes. El sueño se desvaneció pero no la ferocidad del odio de Foxy.

Claro que no lo demostraba. Exteriormente, Foxy era un chico pulcro, industrioso, bajo para su edad, pero voluntarioso e incansable. Los vecinos aprobaban singularmente que, al salir de la escuela, se dedicara a cuidar jardines y lavar coches, y llegaban a ponerle como ejemplo a sus hijos. Nadie sabía que la señora Birucoff no veía una sola moneda de aquel dinero ganado en las horas extras por Foxy; nadie sospechaba sus terribles cóleras cuando estaba contrariado por algo, o el crudo lenguaje que reservaba sólo para su madre adoptiva.

Porque la señora Birucoff estaba demasiado orgullosa de su integridad, demasiado temerosa de alguna autoridad innombrable, demasiado inocente de las posibilidades violentas de un chiquillo de trece años, para pedirle consejo a nadie. ¿Una mujer ya mayor incapaz de manejar a un crío? Esto era una tontería.

Foxy fumaba de manera creciente y alarmante; en esto malgastaba gran parte del dinero que ganaba. Por principio, su madre adoptiva se mostraba irreductible a este respecto; ni siquiera podía explicarse por qué un cigarrillo entre los labios de la pálida cara de Foxy la molestaba tanto. Insistía en que Foxy no fumara, pero el muchacho continuaba aspirando el humo del tabaco. Una tarde cálida y suave de octubre, la mujer regresó de entregar ropa en la ciudad y le halló tumbado en la cama, envuelto en una nube de humo.

Foxy era demasiado grande para resistir lo azotes de una mujer, cosa que su madre adoptiva sabía por instinto. El chico no la esperaba tan temprano, y el último cajón de su mesa de trabajo estaba abierto y literalmente atestado de paquetes de tabaco. La señora Birucoff los vio, se apoderó de ellos y empezó a gritar:

—¡Te he prohibido que fumes, Foxy! —y corriendo a la cocina, arrojó los paquetes dentro de un cubo con agua.

Foxy la siguió y la mató.

El primer golpe, propinado con la plancha que siempre estaba preparada sobre la tabla de planchar, fue el producto de un repentino ramalazo que experimentó en su cerebro. Los siguientes golpes ya no.

Los paquetes de cigarrillos no estaban todavía completamente empapados de agua, por lo que los sacó del cubo. Regresó a su cuarto y desvaneció todo rastro de humo, abriendo las ventanas de par en par. Utilizó el delantal de su madre adoptiva para limpiar el asa de la plancha; había leído respecto a estos detalles. Después, sacó y se embolsó el dinero ganado aquella semana por la señora Birucoff, que ésta guardaba celosamente en el azucarero, volcó la mesa de la cocina y las sillas, rompió un frasco conteniendo almidón, esparciéndolo por el suelo, y se marchó a recortar el césped del jardín del señor Thomas Husted.

Las autoridades se mostraron muy comprensivas. Aun teniendo en cuenta la constitución del muchacho, tal vez hubiesen investigado el asunto más a fondo de haber conocido su verdadero mal carácter, o sus disputas con la difunta. Tal como fueron las cosas, con la ayuda de los testigos de Foxy y su propia defensa, quedó bien claro que se trataba de uno de aquellos crímenes brutales y sin sentido que empiezan por un robo sin importancia y acaban en asesinato.

La gente para quien había lavado y planchado la señora Birucoff aportaron sus dádivas para el chiquillo, sinceramente conmovidos por su desgracia. Debido a esto, Foxy no tuvo que volver a la institución estatal. El dinero le permitió terminar sus estudios bajo la vigilancia del tribunal, y a los dieciséis años, apadrinado por un consejero de Banco con relaciones en el Este, Foxy dejó Nuevo Méjico para ir a estudiar contabilidad a Chicago.

Tuvo éxito; si a los trece años era un chiquillo vicioso y malvado, también siguió igual de adulto. Cuando pensaba en su madre adoptiva, muy pocas veces, la verdad, estaba satisfecho por haberse librado del olor a jabón, las discusiones, y la humildad de que fuera lavandera. A los dieciocho años se marchó de Chicago y, en Nueva York, se convirtió en Leonard Whelk. El simbolismo del

nombre le complacía, así como cuando tenía que decir:

—Con hache, por favor.

En los años siguientes —como empleado, jefe de departamento, tesorero; y, finalmente, vicepresidente— su infancia le consumió como una úlcera. Deliberadamente, se forjó otra ficticia en beneficio de sus amistades, pero a cada encuentro casual la amargura crecía en su alma. Cuando tuvo la oportunidad de ser trasladado a una sucursal de su Compañía, en el sur, y en tanto que todos creían que ello sería una gran alegría para él, Foxy sintió pánico, aunque luego, lentamente, fue comprendiendo que era esto exactamente lo que necesitaba.

Regresar. Vivir entre las personas, respetado y posiblemente envidiado, a quienes había ido él a entregar la ropa lavada, y cuyos jardines había cuidado. Tal vez alquilar y pagar a los hijos de «aquellas personas». Pasear por el vecindario, sin ser molestado como el autor del brutal y salvaje crimen que jamás fue elucidado.

El riesgo era mínimo. Sólo sus pupilas de color pardo rojizo relacionaban a Leonard Whelk con Foxy Birucoff, y aún en aquellos veinte años habían palidecido. Llevaba barba para ocultar su menguado y puntiagudo mentón, lo cual le prestaba un aspecto de importancia varonil. El traje a medida ocultaba la estrechez de sus hombros, dándole asimismo una estatura que no tenía en su infancia. Pero lo que le procuraba la mayor seguridad era que nadie pensaba ya en Foxy Birucoff.

Adquirió una mansión que para él era como el símbolo de todas las casas en que vivían las personas que le habían mandado o se habían compadecido de él: una construcción de adobe, con una cerca, que ostentaba una verja labrada de estilo español, y que encerraba un jardín y una huerta con árboles frutales enanos. Tenía dinero, aunque no en grandes cantidades; el instinto le había hecho evitar las amistades íntimas, por lo que apenas se relacionaba con nadie, y el odio que sentía hacia su madre adoptiva habíalo trasladado al resto de las mujeres.

Pero ahora, ahí estaba esa mujer, diciendo con voz suave y levemente burlona:

«Sé quién eres realmente y también lo que hiciste.»

Leonard Whelk penetró en su dormitorio, con las manos inertes a sus costados, sabía que la apariencia de calma exterior, aun sin testigos, le ayudaba a aquietar sus rachas de furiosa locura. Eran ya más de las seis, la hora en que normalmente ponía en su tocadiscos una buena grabación y tomaba un baño, de modo que en el caso improbable de una llamada telefónica o en el más improbable aún de una llamada a la puerta, su mutismo quedaría justificado.

Encendió las luces del baño y el dormitorio, corrió todos los cortinajes de la casa, puso un disco en la platina y graduó el volumen al máximo. Después se deslizó fuera, bajo la lluvia, y echó a correr en la oscuridad.

Le había advertido a la mujer, veladamente, que no hablase con nadie de aquella cita en el puente, a lo que ella había respondido: «No, claro que no se lo diré a nadie, porque entonces no habría secretos».

Le faltaba algo, sí, le faltaba algo en medio del tumulto que sentía en su cerebro. Su única, y leve, garantía —a partir de esta noche—, era que ella estuviese interesada en una extorsión continua, en cuyo caso le interesaba tanto como a él guardar el secreto.

Naturalmente, tarde o temprano acabaría por contárselo a alguien, porque era un secreto demasiado poderoso para conservarlo en silencio largo tiempo: que Leonard Whelk, con su lujosa mansión y su costoso coche, presidente del hospital Fund y director del nuevo Banco, era realmente el pequeño Foxy Birucoff. «¿No se acuerda usted, vecina?, el hijo de la planchadora, el maldito asesino que todo el mundo pensaba había sido un vagabundo…»

Whelk no se preguntó cómo lo había sabido, o si sólo se trataba de una baladronada. Ignoraba las determinantes de la ley con respecto al castigo reservado a un adulto por un delito capital cometido siendo menor. Pero sabía que aunque no pudiesen destruir por completo a Foxy Birucoff, ciertamente sí destruirían a Leonard Whelk.

Tenía toda la noche por delante; y sólo una vez tuvo que resguardarse bajo los árboles agotados por la lluvia para evitar los faros de un coche. Los sureños cenan muy temprano, y el mal tiempo impedía que la gente saliera de sus casas.

¿Vendría? La avaricia y la victoria son dos grandes espoleadores, aunque la mujer había parecido un poco retraída, al final de la conversación. Whelk no pensó en ninguna otra alternativa: que ella estuviese interesada en una justicia abstracta; que fuese a la Policía; que, moviéndose con cautela, los representantes de la ley le hubiesen sugerido a la mujer este plan, mientras ellos escuchaban la conversación telefónica por una extensión o grabándola en un magnetófono…

Su elección del puente fue instintiva. Aun sin que su cerebro tuviese tiempo de meditar, sabía que tenía que ir a pie, ya que su coche no debía moverse del garaje por si acaso llegaba un visitante. Al extremo más alejado del puentecillo, a unos doscientos metros de la carretera, había un café de dudosa reputación que estaba abierto toda la noche.

Leonard Whelk dejó de correr porque acababa de llegar a su destino.

La cita era para las seis y cuarto, y ya debía de ser esta hora. Rápidamente, casi tan pronto como su sombra hubo borrado el cono dorado del farol, descendió parcialmente por la pendiente arenosa donde empezaban las barandillas de madera, con el mismo silencio que mostraban los espesos tamarindos que allí crecían y entre los que se escondió. Él podía ver, pero no podía ser visto.

«Supongamos que ella le haya dicho a alguien: "Nos encontraremos en el puente. Si no estoy de vuelta a las…”

O bien:

"No me fío de él. Acompáñame hasta el puente, y luego ocúltate donde puedas oírlo y verlo todo.” Supongamos…»

Aparte de los susurros de la lluvia y la noche, no se oía nada. De repente, por encima del ruido nocturno y el del agua que discurría bajo el puente, Leonard Whelk oyó el taconeo de unos zapatos femeninos. El pulso empezó a latirle con más fuerza, mientras escuchaba intensamente. No había otro taconeo ni voces susurrantes. Cuidadosamente, separó las hojas del tamarindo.

Primero divisó la sombra de la mujer, apuntada hacia él como un arma, y después, con la intensa curiosidad del temor y el odio, su impermeable ajustado y el pañuelo de la cabeza, a medida que la recién llegada se iba aproximando al cono de luz situado al extremo del puente. El ángulo en que avanzaba mantenía su rostro en la

sombra, pero de pronto ella levantó el brazo para consultar su reloj. Después giró la cabeza como acechando la llegada de alguien por el camino.

Deliberadamente, él le había dicho por teléfono que iría al puente en su coche, a fin de que la mujer prestase atención al destello de los faros o al zumbido del motor. Leonard Whelk surgió de entre los tamarindos antes de que ella pudiese retroceder ni decir nada.

Le sonrió cortésmente.

—Buenas noches.

El semblante de la mujer mostró una profunda sorpresa abajo su pañuelo floreado.

—Espero no haberla hecho aguardar. Usted me telefoneó no hace mucho rato, ¿verdad? Yo soy el señor Whelk…

La joven asintió, sonriendo, y las manos de Whelk se movieron con una agilidad espantosa.

3

Susan Webb, poniendo al bebé en la cuna mientras pensaba con cierto alivio que estaba un poco más frío, se sintió casi contenta de que Kit Austen estuviese pasando la noche en casa de una amiguita.

No era que le desagradase excesivamente la sobrina de su esposo, y una rivalidad entre ella y una niña de catorce años hubiese sido ridícula. Sin embargo, transcurridas las primeras veinticuatro horas de la visita por tres semanas de Kit, Susan había empezado a ponerse su mejor vestido para darle el biberón al pequeño. Inspeccionó el saloncito para que estuviese en perfecto orden, y se había apartado bruscamente de su marido cuando éste le dio la acostumbrada palmadita en la espalda, por si Kit estaba cerca. Para empeorar ligeramente las cosas, Bill Webb lo había observado todo y se hallaba bastante divertido.

A la primera ojeada, Kit Austen era exactamente una chiquilla de catorce años. La hija de la hermana mayor de Bill era alta, más que Susan, muy erguida y de ojos claros. En contraste con lo que parecía una creciente mayoría entre las adolescentes, aborrecía el carmín de labios y la laca para las uñas, y su cabello dorado le caía en dos suaves trenzas a cada lado de su cabeza. No arrojaba sus prendas de vestir sobre la silla más próxima, ni parecía aburrirse, estando entretenida constantemente. Y por encima de todo, sus modales eran impecables.

¿Cómo era posible que la cortesía de una niña de catorce años resultase mucho más odiosa que la rudeza de otras de la misma edad? Tal vez, pensaba Susan, porque los ojos de Kit, mirándolos de cerca, no eran tan claro ni corteses, sino esquivos; la muchacha se dirigía con la misma deferencia a un árbol o a un piano. Porque Bill

y Susan tenían treinta años ya y estaban casados, por lo cual el sobre que contenía sus vidas, teniendo como tenían ya un hijo, estaba completamente abierto. Mientras que, aunque los horizontes de Kit todavía carecían de límites, su sobre todavía estaba cerrado.

«¡Qué tonta soy!», pensó Susan, pero mientras arrebujaba la mantilla en torno al pequeño Gregory, imitó en voz alta la fría e impersonal voz de Kit:

—¡Oh, muñequito, qué mono eres! —y besó a su hijo en penitencia, cerrando luego la puerta con suavidad.

No le gustaba aquel vendaval, teniendo que llegar Bill al aeropuerto a las diez, pero tampoco le gustaba nunca el tiempo reinante cuando él tenía que volar. A pesar de las estadísticas, las tormentas la asustaban, y la calma perfecta le parecía el cántaro que ha ido ya demasiadas veces a la fuente.

—¿Qué clase de tiempo te gusta para mis vuelos? —le preguntaba Bill, riendo.

—Ninguno —le contestaba Susan con toda seriedad—. Oh, ya lo sé. Tú puedes demostrarme que estás mucho más seguro en un avión que en tu sillón favorito, pero me gustaría que no tuvieses que viajar tanto.

Ahora apartó el vuelo de su mente, como si de alguna manera pudiese conjurar al piloto, y comenzó a preparar la cena. Su soledad la obligó a pensar de nuevo en Kit. Cuando la chica la telefoneó preguntándole si podía pasar la noche con Libby Mannering, Susan comprendió que debía de haber hablado con alguien con más autoridad que Libby, pero el bebé estaba lloriqueando a causa de la fiebre, y ella se había limitado a contestar:

—Bueno, si crees que no vas a causarles muchas molestias…

—Oh, no. La señora Mannering dijo que por su parte no había ningún inconveniente— repuso Kit, aunque Susan sabía que la muchacha había mentido dos o tres veces, cuando algo se interponía en sus planes. Lo cual, en contraste con su mirada clara y directa, y su aspecto de ser una chica impecable por dentro y por fuera, resultaba un descubrimiento asombroso.

Susan no le dijo nada a Bill —al fin y al cabo, Kit era sobrina de él—, pero ahora empezó a inquietarse por sus responsabilidades. ¿Debía telefonear a casa de los Mannering? Mas, por otra parte, ¿para qué? Bill había dejado su coche en el aeropuerto, y los

Mannering vivían a más de tres kilómetros de distancia… camino muy sencillo para Kit en pleno día pero no de noche, aun sin contar con el viento y la lluvia. En el Valle, nadie salía de paseo después de oscurecer, ni siquiera para recorrer unos centenares de metros hasta la casa del vecino. Después de un año de estancia en la comarca, Susan todavía ignoraba el motivo, pero como la mayoría de costumbres de un país, ésta también debía tener un motivo básico.

Gregory comenzó a gimotear, por lo que su madre apagó el hornillo y fue al dormitorio, encendiendo la luz tamizada.

—Tienes que dormir hasta las siete, ¿recuerdas? —le dijo con severidad, tocándole la carita.

No se estaba nunca quieto, moviendo frenéticamente los brazos y las piernas, no con el instinto de la salud, sino con la irritabilidad de la fiebre. Susan lo lavó suavemente con colonia, trituró media aspirina en una cucharadita de jarabe y se la hizo tragar con suma dificultad.

¿Serían los dientes? Todo lo que sufren los pequeños —sarpullidos, berrinches y fiebres— siempre es por causa de los dientes, y si Gregory no apuntaba pronto uno al menos, estaría siempre enfermo. Pero, ¿y si no fuesen los dientes? En el Valle, los médicos no iban de visita a las casas de sus pacientes, salvo en muy raras ocasiones; lo normal era acudir a sus consultorios. Por lo cual, según Susan, un niño atacado de viruelas incipientes podía contagiarlas a otro que sufriese de tos ferina.

Sin embargo, si a Gregory no le bajaba la fiebre dentro de una hora, llamaría al doctor. Regresó a la cocina, inspeccionó las dos chuletas de cordero que casi estaban convertidas en dos brasas, y se sirvió una copita de jerez. Después, cenaría sola como un cerdo en su pocilga, pensó alegremente, y dedicaría toda su atención al café y al periódico de la tarde.

Agobiada por todas sus angustias —el niño, Bill y Kit—, leyó el diario con inusitada atención, enterándose de todas las bodas, la instalación de funcionarios nuevos en las sociedades fraternales, las cartas humorísticas o tajantes al editor, fulminándole con respecto a «Nuestra Organización Cívica de la Comunidad». En la última página se leía que una mujer de Massachusetts, que había estado criando tiernamente a lo que ella había tomado por una camada de crías de fox-terriers, acababa de descubrir que en realidad se trataba

de mofetas. Un individuo de Minnesota, acosado por las llamadas telefónicas de los adolescentes, había arrancado el aparato instalado en su casa, yendo a estamparlo contra las vidrieras de la compañía telefónica.

Susan se angustió más aún. A Kit le gustaba gastar bromas por teléfono —hasta se había ufanado de sus proezas con una ingenuidad insólita en ella—, sin comprender lo molesto que resultaba para una persona tener que contestar a cada momento a bromas de muy mal gusto, la mayoría de las veces.

Pero la señora Beale, la asistenta de los Mannering, seguramente no se lo permitiría.

La lluvia iba en aumento impulsada por el vendaval cayendo con la prodigalidad de cualquier fenómeno, de la Naturaleza: Castigaba y azotaba la casita de los Webb, el retiro de Leonard Whelk, y la confortable casa de los Mannering. Los caminos parecían cintas formadas por charcos, y a la luz de las ventanas y los faroles callejeros, las hojas de los algodoneros se arrastraban en medio de la humedad.

En casa de los Mannering, la disciplina comenzaba a relajarse. Libby todavía se sentía vagamente constreñida por la admonición de su madre para que vigilase a sus hermanos, y después de haberle enseñado a su amiguita Kit su colección de discos y el aparato alta fidelidad, hizo lo que la señora Beale hacía siempre; correr las cortinas, cerrar todas las puertas y lavar los platos de la cena.

Como preliminar, riñó a los chicos y a Tessi por haber roto una bandeja, al arrastrar el sofá situado al fondo de la cocina hasta el centro de la misma, y por haber colocado unas judías en fila sobre el alféizar de la ventana. Normalmente, le encantaba tomar parte en todas las travesuras de sus hermanos; pero cuando tenía a su lado una amiga de su misma edad, hallaba a aquéllos intolerables.

—¡Cerdos! —les gritó, recogiendo las judías—. Esto es lo que sois, una piara de cerdos.

—Y tú la marrana —le espetó Daniel, lo cual hizo reír a carcajada a Harry y William.

—Lib, ya sabes que… —empezó a decir Tess con su grave vocecita, pero su hermana la interrumpió furiosa.

—¡Tú eres la peor de todos, Tess! Mira qué porquería, mira las patatas que has escondido debajo del sofá…

—Son mis patatas sobre las que Harry escupió en la cena —respondió Vil Tess, dominando su enfado—. ¿Quieres que me coma las patatas en las que Harry ha escupido?

Harry proclamó a grandes voces que él sólo había pretendido gastarle una broma, y William se cambió de sitio para ver mejor la televisión; había aprendido a permanecer al margen de estas discusiones.

—Pues no tenías por qué echar las patatas al suelo —replicó Libby, encolerizada—, y alguien tendrá que escupir en la comida de Harry. En su postre.

Instantáneamente, todos quisieron saber qué había de postre.

—Nada —les explicó Libby—. Sólo VU quise decir «si tuviésemos postre».

Con el rostro encendido por la rabia, la muchacha comenzó a barrer las patatas, que habría dejado bajo el sofá de no haber estado Kit Austen en la casa. Tras pensarlo bien, Harry dijo:

—Yo te ayudaré, Lib.

En tales ocasiones prefería las burlas de Daniel que el resentimiento de Libby.

—William es la asistenta de mamá —observó Daniel muy complacido desde el sofá—. Tendrías que poner un anuncio.

Esto acarreó una verdadera tremolina que Libby cortó con voz firme.

—Bueno —añadió luego—, más que la asistenta de mamá eres la molestia de mamá, William.

Todos se echaron a reír, y Libby concluyó de limpiar la cocina.

En el cuartito que compartía con Tess, el tocadiscos giraba infatigable sobre una de las camas, y un cortinaje se agitaba a impulsos del viento que penetraba a través del agujero que Harry había perforado la semana anterior. Libby salió al corredor y miró dentro del cuarto de baño iluminado, y del dormitorio de sus padres, a oscuras. Atravesó de nuevo la cocina, sin ser vista de los demás, atentos a la televisión, y cruzó el comedor hasta el saloncito, donde las lámparas brillaban serenamente sobre la reluciente alfombra oriental, las cortinas color crema de las ventanas y los sillones vacíos.

El cuarto de los chicos sólo estaba ocupado por el periquito verde de William, que había volado de la jaula, y estaba comiéndose un visillo, y la carpa de Harry (viuda o viudo), que estaba destiñéndose a causa del aburrimiento que experimentaba. Libby penetró en el cuarto de baño y salió apresuradamente al divisar la amalgama de toallas mojadas, camisas húmedas, y el orificio de desagüe atascado por las púas de un peine.

Volvió a la cocina, donde habían aumentado la acción y el volumen de la televisión.

—Eh, chicos —les gritó por encima del formidable ruido—. ¿Dónde está Kit?

4

Leonard Whelk penetró en su casa por la puerta trasera. Las luces, la cálida atmósfera, el concierto de Brahms girando en el toca-discos del salón, le saludaron con tanta cordialidad que parecía imposible que la vivienda estuviese vacía. Antes de parar el tocadiscos, que ahora le parecía un desagradable testigo, se quitó los mojados zapatos…, los zapatos que le habían llenado de horror en el camino de vuelta.

Huellas de pisadas, no en el puente, pero sí en la pendiente arenosa, donde habíase escondido entre los tamarindos. Había arrojado el cuerpo de la joven por encima de la barandilla, pero no había tenido tiempo para llevarla hasta el agua, para que ésta lo arrastrase lejos. Tampoco podía esperar que la lluvia borrase sus huellas; los tamarindos que le habían ocultado también preservarían sus huellas.

Tenía que deshacerse de los zapatos.

Si… si la muchacha no se había confiado a nadie, nada podía relacionarla con Leonardo Whelk. Su voz le había parecido completamente desconocida. Pero todo el mundo sabe que la Policía puede obrar milagros con las huellas de pisadas y los zapatos, si los encuentran. La limpieza más meticulosa no puede engañar a los policías del laboratorio, y aunque el riesgo fuese mínimo, Whelk no estaba dispuesto a correrlo.

Estuvo unos instantes junto al tocadiscos negándose el placer del baño que necesitaba perentoriamente. Aparte de que su vida estaba gobernada por una serie de actos rutinarios, muy de su gusto, sentía las manos manchadas a pesar de habérselas lavado, como si estuviesen impregnadas con el sudor de la garganta de la chica. Se

dirigió al teléfono y marcó el número de su vecino más próximo, un mayor del Ejército, retirado, amable y magníficamente estúpido, cuya esposa canadiense le trataba como a un animalito doméstico.

—¿Hola, Fingaard? Aquí Leonard Whelk. ¿No ha oído nada?

—No —repuso el mayor con esperanza—. Se lo preguntaré a Jessamyn.

Pero a Whelk no le interesaba que el mayor le preguntase nada a la astuta y parlanchina Jessamyn.

—No, no se moleste. Me pareció oír que alguien corría hace poco, y como el mes pasado le vaciaron a usted el depósito de la gasolina he pensado que alguien podía haber vuelto a jugarle una trastada. Ya sabe, los chicos o tal vez el pobre Sip.

El mayor se sintió completamente extrañado ante esta última observación. El pobre Sip… En primer lugar, nadie conocía su apellido, pero era una institución local. Recorría los caminos canturreando y sin meterse con nadie, llamando de cuando en cuando a las puertas para mendigar unas monedas con las que pagarse un trago. Y jamás le había robado nada a nadie ni se había comportado con rudeza.

—Yo he salido un momento —continuó Whelk, con tono casual —, pero pienso echar otro vistazo.

—Yo también lo haré —afirmó el . mayor con energía.

Esto era lo que más le gustaba: acción. Era un hombre corpulento, muy capaz de enfrentarse a la oscuridad de la noche, incluso presintiendo un peligro, sólo con una pequeña linterna, a pesar de los reproches de su esposa.

Leonard Whelk colgó el aparato y, desde el ventanal, escrutó el sendero que conducía a la mansión de los Fingaard, rodeada de algodoneros. No tardó en destellar una luz y el ojo de una linterna empezó a pasearse a uno y otro lado. Rápidamente, Whelk se calzó un par de botas viejas, cogió los zapatos mojados y una linterna, y salió de su casa.

A pesar de la cerca que rodeaba la mansión, los destellos de luz de la linterna tenían que ser visibles para Fingaard en una noche de tan completa oscuridad. Cuando hubo efectuado una auténtica exhibición, Whelk se dirigió hacia la parte trasera de la casa, apagó

la linterna y corrió por entre la alfalfa del campo posterior hasta la zanja que la circundaba.

No era profunda, menos de medio metro de agua fangosa y lenta, pero la gente, a pesar de las prohibiciones, arrojaba en la misma toda clase de objetos y artículos inservibles: botes de pintura y latas de cerveza, papeles y, para horror de Whelk, hasta animales muertos. Ciertamente, un par de zapatos reducidos al anónimo por el agua no levantarían ninguna clase de comentarios si eran hallados. Leonard Whelk los arrojó al agua y regresó corriendo bajo la lluvia, encendiendo la linterna al aproximarse a la casa. Toda la operación le costó menos de tres minutos.

Mas por poco si no llega a tiempo. El teléfono empezó a llamar cuando abría la puerta trasera. Era el mayor Fingaard.

—Me pareció divisar a alguien —le manifestó el mayor, respirando con fuerza ante el receptor, no oyendo por ello los jadeos de Whelk—, pero grité y el sujeto se largó.

Esto era más de lo que Whelk se había atrevido a esperar. Con la sugerencia de un merodeador, y una noche lluviosa y ventosa, con las sombras girando en pos de un rayo de luz, Fingaard era un hombre que siempre se convencía de la presencia de aquél. Y aunque fuese casi excesivamente gordo para el gusto de la gente, era un hombre altamente respetable y bien considerado. Además, Jessamyn Fingaard presidía varios comités que se ocupaban de las familias pobres y desdichadas y de los huérfanos. Si por alguna increíble casualidad, alguien había visto a Leonard Whelk corriendo bajo la lluvia al venir del puente, los Fingaard tendrán la oportuna explicación del motivo.

Whelk sonrió para sí.

—¡Bravo, mayor! Seguro que ha logrado asustar a quienquiera que fuese.

Estaba a salvo. Los zapatos, con rastros de arena o raíces, habían desaparecido. Si la joven había hablado con alguien, y si la Policía se atrevía a interrogar al influyente Leonard Whelk, éste no les impediría que inspeccionasen todo el calzado de su armario. Y la chica, con su monstruoso secreto, con su terrible amenaza, estaba completamente muerta.

¿O no?

Como en una pavorosa pesadilla, Leonard Whelk empezó a

preocuparse. De nuevo volvió a sentir aquella tensa garganta, el vano intento de la víctima por apartar de sí las manos de acero, la sumisión y el cese de toda resistencia. No había caído al suelo repentinamente, gracias al sostén que le prestaban las manos del asesino. Si, estaba muerta y, de todos modos, el agua terminaría su obra.

Excepto que él no lo había visto. Antes de que el chapoteo del cuerpo al chocar con el río se hubiese extinguido, Leonard Whelk había echado a correr nuevamente por el oscuro camino.

«Está muerta», se dijo Leonard Whelk. Y después de un combinado y la cena, tomada con evidente retraso, compuesta de un filete excelentemente asado, con una ensalada con aceite y vinagre, y pan francés, puso en funcionamiento la radio.

«Demasiado pronto, claro. ¿Quién miraría debajo del puente en una noche como ésta?»

«Y así es cómo atrapan a los asesinos: por culpa de la curiosidad que les consume después de sus crímenes. Desean volver al lugar del delito y…»

«Pero los otros son unos necios y Leonard Whelk no.»

Se tomó el café. Por el boletín de noticias se enteró de que un tipo de Farhington falleció cuando su coche perdió la dirección en la carretera 66; que la Cámara de Comercio estaba estudiando los planes para un nuevo auditorio cívico; que se esperaba que la lluvia cesara a medianoche…

«¿Y si en estos momentos, la muchacha estuviese tambaleándose o corriendo incluso por la carretera, parando a un conductor aterrado, y contando su historia entre sollozos convulsos?»

Leonard Whelk se dio cuenta de que no podía resistir la espera. Usando un pañuelo doblado delante del teléfono, maniobra que había visto emplear a los agentes secretos de las películas, con gran eficacia, llamó al café situado al otro extremo del puente.

—¿Hubo aquí —le preguntó a la camarera que atendió la llamada— dos clientes a hora temprana, una joven con… un hombre de cabellos blancos?

La música y las voces de los parroquianos componían un estrepitoso fondo a la conversación.

—Caballero —le contestó la camarera—, aquí vienen tantos clientes que no solemos fijarnos en ellos. ¿Quién es usted?

—Tal vez se hayan visto en apuros en el puente —replicó Whelk con tanta calma y aplomo como si la camarera no le hubiese contestado—. Tal vez se haya caído la muchacha por la barandilla. Creo que ha sido así. Y el hombre iba hacia el café, por lo que he pensado que tal vez ustedes reparasen en que volvía solo.

—Bien, en tal caso, tiene usted que avisar a la Policía —repuso la camarera, aunque algo más excitada—. ¿Se cayó por el puente? ¿Quién llama, por favor?

Pero Leonard Whelk ya había colgado.

A un kilómetro de distancia Susan Webb estaba hablando también por teléfono.

—No, no se trata de ningún sarpullido, doctor, y ni siquiera parecen dolerle las encías, pero tiene mucha fiebre. Tose mucho, pero sólo cuando… He empleado esponjitas con alcohol, y un poco de aspirina. ¿No podría venir a echarle un vistazo?

Se produjo un silencio y por fin el doctor respondió con cordialidad:

—Está bien, señora Webb. Pero comprenda que es muy tarde, casi las diez, y ustedes viven tan lejos…

«Sí, vivían lejos», pensó Susan enfadada, pero cuando contestó, sólo dijo:

—Sí, doctor, muchas gracias.

Estaba sosteniendo a Gregory. El niño lloraba tanto en su cunita, que de nada servía taparle bien con la manta y cerrar la puerta, alejándose de puntillas, ya que al instante volvía a chillar. Fuese lo que fuese, no eran los dientes. ¡Y cómo pesaba el muy bribón! Parecía pesar mucho más de sus ocho kilos. Susan lo dejó en un sillón y volvió a cogerle en brazos cuando la criatura reanudó sus sollozos.

Si al menos Bill estuviese en casa…, aunque ya no tardaría.

Después de haber tenido que batallar todo el día con el bebé, a éste se le había comunicado el nerviosismo de su madre, mientras que en brazos de su padre se dormiría como un corderito. Y Susan se sentiría como una tonta, pero al menos tendría los dos brazos libres.

Salvo que no es posible discutir con la fiebre. Susan volvió a

pasarle la esponja al pequeño Gregory, diciéndole:

—Lo que a ti te ocurre es que yo estoy nerviosa. Y es que eres capaz de poner nervioso a todo el mundo, angelito mío. Cuando yo era una niñita dormía toda la noche y nunca me ponía enferma ni le daba a mamá un solo momento de ansiedad. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

Gregory se calmó, mirando a su madre con toda solemnidad.

—¿Lo ves? —exclamó Susan, sintiéndose un poco bruja—. Ya sabía que te portarías bien con un poco de buena voluntad. Llorar es un síndrome, sea por lo que sea, y si uno lo desea, puede dejar de llorar. Pero la mayoría de los niños como tú esto les importa un bledo.

Gregory no tardó en volver a sollozar, y Susan se levantó y empezó a pasearlo, inquieta por el tiempo y por el avión de Bill. Claro que al final aterrizaría, Bill llegaría a casa y Susan, como de costumbre, se reiría de sus pasados temores.

Sonó el teléfono.

—¡Cállate! —le gritó a Gregory, que volvía a gemir. Cogió el receptor al tercer timbrazo. «Tal vez el avión ha chocado con una montaña y los funcionarios de la CIA lo están investigando. No hay supervivientes».

—¿Hola? —preguntó Susan. Hasta sus oídos llegó una voz excesivamente familiar.

—¿Señora Webb? Aquí Libby Mannering. ¿Ha ha regresado Kit a su casa?

5

«¡Oh Dios mío», pensó Susan, consiguiendo mantener a Gregory sobre su cadera, para que se estuviera quieto. Luego dijo en voz alta:

—No, no ha vuelto, Libby. Creí que estaba contigo.

—Oh, probablemente esté por cualquier parte —repuso Libby, y a Susan le hubiese gustado besarla por aquella manera de tranquilizarla. No era una mujer hecha y derecha como Kit, pero sí deliberadamente tranquila y afectuosa, la voz de una chica que no quería tener preocupada a una persona mayor hasta que fuese absolutamente necesario—. La nuestra es más bien una casa de locos. Seguramente estará fuera. Volveré a llamarla, señora Webb.

—¿De veras? Gracias, Libby —y Susan colgó.

Kit, por algún motivo ignorado, habría vuelto a casa, siendo atacada en el camino por algún delincuente. O habría aceptado un asiento en un coche, y el conductor estaría ahora cruzando la frontera del Estado. Y sus padres, y el mismo Bill le reprocharían a Susan:

—¿Conocías a esa gente con quienes se quedó a pasar la noche?

¿Cómo pudo darle el permiso para quedarse toda la noche fuera de casa? Sólo tenía catorce años.

El teléfono volvió a sonar y Susan dejó a Gregory en una butaca y asió el receptor con mano temblorosa.

—¿Susan? —era la voz de Kit—. Lamento haberte tenido angustiada…

Susan cerró los ojos con alivio y volvió a abrirlos seguidamente, fijándolos en la oscura ventana. Gregory, en la silla, empezó a gemir de nuevo.

—… el pavo real estaba fuera y Libby estaba lavando los platos, por lo que salí a buscarlo. Se lo dije a Libby, pero con el ruido de los niños y la televisión, no me oyó. ¿Cómo está Gregory?

Acababa de granjearse de nuevo el afecto de Susan con su tierna solicitud por el pequeño.

—Ahora vendrá el doctor —repuso la madre—. Oye, Kit, me gustaría hablar con la persona que sea responsable de vosotros.

—Sí, un momento —Kit soltó el teléfono, pero volvió a levantarlo casi al instante, diciendo con tono de disculpa—. Oh, le está dando el baño a Tess… Tess sólo tiene cinco años, ¿sabes?

Naturalmente, por esto había llamado Libby un poco antes.

—Bueno, procura no desaparecer otra vez. Y… Kit…, no telefonees, ¿eh?

—¿Telefonear? —preguntó Kit, con el mismo tono de voz que emplearía si Alejandro Graham Bell no hubiera nacido[1].

—Sí, llamando a la gente y gastándole bromas —repuso Susan con acritud—. El otro día, un individuo de Duluth arrancó su teléfono y lo arrojó contra una cristalera de la compañía telefónica. Y te aseguro que no se lo reprocho.

Kit se echó a reír, prometió obediencia, agregó que esperaba que Gregory mejorase y colgó.

«Ahora ya sólo tengo que cuidarme de Gregory y angustiarme por Bill», pensó Susan.

La camarera del café Rudy que se estaba tomando una cerveza, invitada por un cliente en una mesita del fondo, en una pausa del trabajo, le contó lo referente a la llamada telefónica.

—El tipo, probablemente, había tomado unas copas de más —añadió.

—Probablemente —asintió su acompañante—. Mas, ¿por qué tuvo que llamar aquí?

La camarera se encogió de hombros.

—Dijo que el tipo con quien ella iba, venía hacia aquí. Un sujeto de pelo blanco.

Su interlocutor se levantó a medias y tendió la mirada por el local.

—No veo a ningún tipo de pelo blanco.

—Ni yo —confirmó la camarera. Luego se dirigió al mostrador en busca de una bandeja de vasos. Cuando volvió comentó—: Debió de ser algún chalado.

Pero en su ausencia, el interés de su compañero había crecido. Era muy difícil caerse desde el puente, por muy borracho que uno estuviese; o había que saltar, o tenían que empujarle a uno. Además, estaba preocupado, ya que no quería invitar más a la camarera, que ya se había servido otra cerveza. Se levantó.

—Quizá será conveniente que vaya a echar una ojeada por allí. Hasta luego, Glad —y se marchó.

Estuvo de vuelta antes de quince minutos y el local tembló por el alboroto que provocó.

Excepto por el desacostumbrado sonido de la radio, que mantenía sintonizada con una emisora que daba frecuentes boletines de noticias, Leonard Whelk se esforzó por seguir la pauta de las demás noches. A pesar de que nadie pudiese verlo, esto era muy importante.

Después de cenar, se tomó el café mientras leía las noticas financieras y, a intervalos, se olvidó por completo de la terrible voz, que le había apuntado con la misma seguridad de una pistola. Poseía un buen instinto bursátil, y aunque era demasiado cauteloso para realizar inversiones, sabía cómo podía obtener una fortuna en un momento dado.

Al mismo tiempo, con los ojos de la mente, se veía a sí mismo sentado en su lujoso salón, con la taza dorada llena de café al lado, y el periódico doblado junto a la taza; una escena de serenidad e importancia. ¿Él, corriendo bajo la lluvia, por un sendero encharcado, para ir a estrangular a una desconocida? Incluso a Leonard Whelk esto le parecía altamente improbable.

Apuró el café y dejó toda la vajilla cuidadosamente apilada al lado del fregadero, para la mujer de la limpieza que vendría a la mañana siguiente. Un boletín de noticias le hizo correr nuevamente al salón, pero se trataba sólo de un accidente de automóvil, en el que habían perecido seis personas.

Trasladó la radio al dormitorio, y se tomó un baño con la puerta abierta. Se estaba peinando trabajosamente su barbita corta y

cuadrada, cuando escuchó el tintineo metálico con que la emisora preludiaba sus noticias.

«—Una llamada anónima a un café de la localidad —anunció la voz de un locutor— a primera hora de esta noche ha conducido a los comisarios del sheriff hasta una joven a la que se encontró muerta bajo un puente, en Alameda. Ha sido identificada como Elsie Janicek, de veintitrés años, de La Vereda. Las autoridades siguen investigando el caso.»

Hubo otro tintineo metálico, y comenzaron a radiar una música que Leonard Whelk no escuchó ya. Elsie Janicek. Meditó velozmente, pero su memoria no le trajo el recuerdo de aquel nombre, relacionado con el olor a jabón y almidón, a vapor de agua y pobreza.

Declaró, aquel lejano día de octubre, que al salir de la escuela no entró en su casa, sino que dejó los libros en el portal, se bebió un trago de agua de la fuente de la calle, y se dirigió a recortar el césped del jardín del señor Husted. Su madre adoptiva, antes de salir él aquella mañana para el colegio, le dijo que ella tenía que ir de compras, por lo que cuando salió de la escuela él se limitó a dejar los libros en el portal, para que ella supiera que se había ido a trabajar a un jardín, como de costumbre.

Pero alguien le había visto, al parecer, entrar en la casa, y alguien había entrado en el piso después de salir él. Naturalmente, no podía ser aquella muchacha de veintitrés años, sino alguien de su familia; alguien que tuvo buenos motivos para no acudir a la Policía, pero que había contado lo que sabía…

Elsie Janicek, muerta. Tan muerta como Foxy Birucoff.

Whelk utilizó el costoso frasco de colonia para caballeros y se puso el pijama y el batín. Ya no sentía la tensión de los primeros instantes, porque de haberse confiado la muchacha a alguien, ya se sabría. Sin embargo, volvió a llevarse la radio al salón, cuando se dispuso a leer. Siempre leía hora y media antes de acostarse.

Libby y Kit también escuchaban la radio, sintonizando una emisora que radiaba la música que les gustaba, con un locutor maravillosamente guapo. Y cuando daban noticias, ambas chicas se marchaban a la cocina en busca de bocadillos de jamón con

mantequilla y vasos de leche.

Libby no vigilaba ya a Tess y los otros; anduvo descuidadamente por encima de las migajas de pan.

—¿Estaba muy preocupada tu tía? —le preguntó a Kit.

—No demasiado.

—Es muy guapa, ¿verdad?

—Es adorable —repuso Kit sin el énfasis que se les permite a los bebés, los locutores de radio y los jóvenes—. Y tiene el cabello tan negro…

—El tuyo es muy bonito —alabó Libby—. Tan poco corriente…

—Yo daría cualquier cosa por tener tu cabello —afirmó Kit, y ambas se estuvieron contemplando, mientras en la cocina aumentaba el griterío—. Yo, en tu lugar, me lo peinaría con raya en medio. Yo tengo la cara demasiado pequeña, pero a ti te sentaría muy bien. ¿Quieres que te lo corte?

—¡Yo no lo he roto! —se oyó la distante vocecita de Tess. Luego se oyeron más gritos.

—No sé… —dijo Libby, contemplándose en el espejo—. ¿Con trenzas, tal vez? Aunque éstas tardan mucho en crecer…

—Puedes cortarte el pelo… —la animó Kit—. Vamos, ¿dónde están las tijeras?

Aquello le gustaba, pero de repente le pareció ver las imágenes de sus padres.

—¿Qué hora es? —inquirió, apresuradamente—. Será mejor que preparemos el camastro de Tess.

Era una especie de catre que estaba siempre plegado.

Kit se dirigió a la cocina, pisando las numerosas migajas de pan, vio que Tess sollozaba sobre el sofá, y le gritó a Daniel con indignación:

—¿Cómo puedes ser tan malo?

Daniel estaba jadeando y se restregaba el ojo derecho.

—Me ha largado una patada a este ojo —se quejó el muchacho. Había ya dejado de sentir respeto por la nueva amiguita—. Además, esto no es asunto tuyo.

Kit se sintió terriblemente mayor que Daniel.

—Sí, lo es, si te portas como un mal educado.

—¡Quién habló! —se burló el aludido—. La marimandona.

Libby entró en la cocina, con el catre a cuestas y la radio.

—Cuando esté instalado el catre haremos palomitas de maíz —dijo, conciliadora.

Todos se dispusieron a ayudar a las cocineras. La radio no dejó de dar música hasta que volvieron a dar noticias:

—Según un comisario de la oficina del sheriff…

Libby giró un botón, reduciendo el volumen, y le ordenó a William en tono perentorio:

—Dame la mantequilla.

Ninguno de ellos se fijaba en la puerta trasera por la que había entrado Kit poco antes. La puerta estaba situada al fondo del pasillo, junto al dormitorio de los señores Mannering, y se abría al patio, ahora oscuro y húmedo. Libby la había cerrado mucho antes, y sin embargo, ahora parecía bostezar, abriéndose un par de centímetros, de cuando en cuando, perezosa, indolentemente…

Leonard Whelk no bajó el volumen de la radio. Estaba decidido a no prestar atención a los anuncios y la abominable musiquita que formaba la totalidad del programa, pero las infernales letrillas respecto a los amores perdidos y frustrados, y las tristes melodías, comenzaban a actuar de forma deprimente sobre sus nervios. Cuando se dio cuenta de que tenía las manos crispadas sobre los brazos del sillón, procuró serenarse. Luego se dirigió a la cocina y se preparó una bebida.

Podía brindar, ¿no? La chica había muerto, la Policía no podía seguir el rastro de la llamada anónima al café, y aunque algunas huellas hubiesen sobrevivido a la continua lluvia, él ya no se hallaba en posesión de los zapatos delatores, que ya no podrían ser examinados al microscopio en ningún laboratorio policíaco.

Pero ahora era el momento en que alguien que podía no haber escuchado el primer boletín de noticias llamaría a la Policía para comunicar la ausencia de Elsie Janicek, que había salido a entrevistarse con un tal Leonard Whelk.

A esta idea, la frente se le empapó de sudor, a pesar de su reciente fricción con colonia. Sorbió lentamente la bebida; no le gustaba mucho el alcohol aunque apreciaba su valor terapéutico. Su mano se cerró en torno al vaso, que dejó lentamente sobre la mesa, en el mismo instante en que cesaba la música y reanudaban el

noticiario.

«—Según una reciente declaración, Elsie Janicek, cuyo cadáver ha sido hallado esta noche bajo un puente de Alameda, llevaba dos semanas empleada como lavaplatos en el café ”Rudy”, de la misma población. Otra complicación para la Policía es que Elsie Janicek, procedente de Polonia y llegada hace unas semanas, no hablaba inglés. En la ciudad de Duke se ha producido…»

Ninguna mención de huellas de pisadas. Ninguna referencia a la llamada anónima…

La reacción demorada de Leonard Whelk le hizo dar un vuelco a su corazón.

«Sé quién eres realmente y también lo que hiciste.»

«Elsie Janicek no hablaba inglés.»

6

Le había engañado. Le había contado lo que sabía a un cómplice o bien…

La mente de Whelk dada vueltas vertiginosamente como una pelota en manos de un chiquillo, hasta que al final llegó a la comprensión de la terrible verdad. Debido a una serie de circunstancias imprevistas había asesinado a una joven inocente.

¿Pero cómo se habían producido aquellas circunstancias? Aquel café poseía una reputación muy dudosa, y una de sus empleadas que terminaba su turno después de anochecer había ido hasta el puente, esperando que algún conductor la llevase a casa en aquella noche tan lluviosa. Y cuando Leonard Whelk le dirigió la palabra cortésmente en un lenguaje que ella no entendía, la joven se había limitado a inclinar la cabeza…

Ahora, sin embargo, se hallaba completamente seguro con respecto al crimen, ya que nadie podría relacionarle con una lavaplatos de origen polaco; inevitablemente, la atención de la Policía se centraría en los demás empleados y el dueño del café, en el que Leonard jamás había puesto los pies. Y, naturalmente, investigarían en torno a la persona que tuviese por costumbre acompañar a Elsie después de su trabajo, y con respecto a las andanzas de la joven.

Pero la otra seguía con vida y cuando se enterase de la muerte de la polaca iría directamente con el cuento a la Policía. Whelk se dijo, para tranquilizarse, que había mucha gente que no escuchaba la radio, por ejemplo, él mismo, como regla general, y quizá todavía

estuviese a tiempo de silenciar aquella horrible voz para siempre antes de que fuese demasiado tarde, si lograba dar con ella.

Tenía que conseguirlo, porque ya no se trataba de proteger a Foxy Birucoff, sino de salvar su vida, como Leonard Whelk.

Tenazmente, en una lucha a vida o muerte, Leonard Whelk empezó a concentrarse.

Los asesinatos como el cometido en aquella noche de tormenta, eran muy raros en el Valle. De cuando en cuando se producía una pendencia, que terminaba con el cuello de una botella partida, y también habían habido dos o tres atropellos de borrachos. Pero esto era una violencia instintiva, y siempre había varios testigos completamente sobrios.

La muerte de la Janicek era algo muy diferente. Había tenido lugar en las tinieblas y en un lugar escondido, y aparte de las señales que empezaban a amoratarse en aquella garganta juvenil, no había otros signos de violencia. No habían intentado ultrajarla. El bolso que hallaron cerca del cadáver contenía unos dieciocho dólares.

Desde el principio, el sheriff y los de su equipo tropezaron con graves inconvenientes. El hombre que descubrió el cuerpo pensó, al alumbrarlo con el incierto rayo de luz de su linterna, que la joven aún podía estar respirando, por lo que descendió por la pendiente donde crecían los tamarindos, lugar donde, según quedó claramente establecido, el asesino había estado esperando. Y ahora todas las huellas estaban arruinadas.

En el café, la camarera fue interrogada exhaustivamente en relación a la llamada telefónica anónima respecto al accidente ocurrido en el puente. Medio complacida y medio molesta al verse objeto de la atención general, la joven sólo pudo repetir que se trataba de una voz masculina, bastante calmosa, y que cuando ella le preguntó por segunda vez quién era, había colgado. Repitió su descripción del individuo de pelo blanco, paseando su mirada de uno a otro rostro, como si ésta fuese la única información que precisasen.

De ser el criminal quien llamó —espoleado por su amor propio, o por la ansiedad del resultado del horrible delito, ansiedad tan común entre los asesinos—, la Policía estaría ahora buscando a un individuo de cabello negro, bastante joven. También era posible que no buscasen a ningún hombre, aunque el estrangulamiento casi nunca es obra de una mujer.

Hicieron preguntas respecto a la víctima y a sus antecedentes. La tía, ya anciana, con la que vivía la muchacha, se desmayó al enterarse de la triste noticia y ahora estaba en manos del médico. La joven llevaba dos semanas trabajando como lavaplatos, y fue contratada porque parecía fuerte, era joven, y no hablaba inglés, aparte de decir «hola» y «por favor», con lo cual no podría murmurar ni crear conflictos en la cocina.

Por lo que todos sabían, no tenía amigos de su propia nacionalidad. Nunca había recibido una llamada telefónica ni otros mensajes en el café. Siempre parecía animada y contenta, pero esto no demostraba nada. Finalmente, alguien manifestó que una tal Sylvia Johnson, que vivía cerca de donde vivía la tía de Elsie, y poseía un negocio de coches de alquiler, la llevaba y traía a menudo del café, previo pago. Como se trataba de un arreglo financiero y no amistoso, la Johnson, que tenía otras dos carreras por cumplir, pensó, cuando llegó tarde al puente por culpa de la lluvia, que Elsie se había marchado a su casa en algún otro auto. Ciertamente, no se le ocurrió avisar a la Policía.

¿Se esperaba la muchacha siempre en el puente? Sí. Sylvia Johnson no estaba segura de si alguien se le acercaba cuando Elsie salía del café, o si ello era imposible por su desconocimiento del inglés, pero éste era el arreglo concertado. En el puente había un farol, y allí Elsie se sentía tranquila.

¿Quién odiaba a esa joven, ni fea ni bonita, o había experimentado una emoción bastante fuerte para desear su muerte? La llamada telefónica era la única y endeble pista que tenía la Policía, y siempre era posible que hubiese sido efectuada por algún asustado ciudadano que hubiese descubierto el cadáver y no desease verse envuelto en la investigación policíaca.

Pacientemente, le hicieron repetir a Glad todo lo referente a dicha llamada; con suma paciencia, con la ayuda del camarero del mostrador, del dueño del local y de la otra camarera, hicieron una

lista de todos los individuos de pelo blanco que conocían. Aunque el pobre Sip no era un parroquiano asiduo, estuvo presente en la mente de todos, aunque nadie tuvo el mal gusto de mencionarlo.

Terminada la lista, comenzaron a investigar respecto a los clientes que habían salido del establecimiento a las seis, aproximadamente.

—Particularmente, si alguien se insolentó con las chicas, o sostuvo una discusión con alguien —sugirió uno de los comisarios.

—Mi local no es de esta clase —protestó el propietario, levantando una mano.

El comisario le miró fijamente; tenía una hija de la edad de Elsie Janicek.

—Oiga, no me diga qué clase de establecimiento es el suyo… —le espetó, con aspereza.

Si la camarera fuese quien le había llamado, pensaba Leonard Whelk, inmóvil en su sillón y fija la vista al frente, al instante habría comprendido que le llamaba desde un local público. La música no habría sonado como procedente de una radio particular, y las voces que se oían por teléfono no eran las que forma la barahúnda de un local. Pensándolo bien, siempre hay algunos ruidos que forman como el telón de fondo de una conversación telefónica.

Por ejemplo, en las raras ocasiones en que él telefoneaba a su secretaria a su casa, la había oído susurrar en voz muy baja.

—Mamá, por favor, haz que se calle Jinny —y a lo lejos, dos profundos ladridos. Al menos se trataba de dos niños y un perro, aunque jamás lo había preguntado.

Las cabinas telefónicas también tienen su propio eco, y las casas situadas cerca de los aeródromos dejan oír de pronto unos espantosos truenos que dejan sordo al interlocutor. En aquella llamada telefónica, pensaba ahora Leonard Whelk, habían habido unos cuantos ruidos sumamente inquietantes. No la música, ni ningún perro, ni ningún niño, sino algo perdido y tragado por la frase imprevista pronunciada por la mujer. Algo… casi sabía qué era, algo repetitivo. Un nombre, que ahora se le escapaba de la memoria. Repetido una y otra vez, como si acabaran de despertar a

alguien dormido en otra habitación.

Pero no era esto, porque un durmiente habría oído la siguiente frase:

«Sí, saldré sin que nadie lo sepa. Y usted no falte.»

Por otra parte, tal vez por esto ella no había acudido a la cita; era demasiado avariciosa para compartir su secreto con otra persona, si había alguien más en su casa. ¿Mas podía estar segura de que él no intentaría ponerse fuera de su alcance? Con toda seguridad, procuraría ponerse de nuevo en contacto con él a la primera oportunidad.

Si no había escuchado las noticias por radio.

La interrupción que supone una llamada telefónica en una mansión en completo silencio siempre resulta fatal para los nervios, pero esta vez le pareció a Leonard Whelk como si aquéllos estuviesen a punto de estallar. Mientras ciertas frases se entrecruzaban en su mente —amenazas y respuestas—, se detuvo un momento con la mano sobre el aparato antes de levantarlo.

—¿Whelk? —le preguntó una voz masculina—. Aquí Fingaard. ¿Cree que debo llamar a la Policía? Supongo que ha oído las noticias.

—¿Noticias?

—Han estrangulado a una pobre muchacha no muy lejos de aquí. Lo han dicho por radio. He pensado —añadió Fingaard con solemne excitación— que en estas circunstancias, la Policía tiene que estar al corriente de lo de nuestro vagabundo.

«Nuestro vagabundo». Maldito y estúpido Fingaard… Cualquiera podría, pensó Whelk, estrangular a una mujer delante de sus ojos, y poco después el mayor preguntaría si aquella muerte no era debida a algo extraño que la joven había tragado. Bien, debía contemporizar con el mayor.

—Oh, no sé, mayor. Tal vez fuese alguien que corría para refugiarse de la lluvia.

—El puente se halla en aquella dirección —afirmó astutamente el mayor—, y a mí me parece altamente sospechoso que el sujeto aquél tomara esa dirección cuando yo salí a investigar. Creo que lo mejor será que llame a la Policía. Se trata de la precisión del tiempo.

—Bueno, si usted cree que…

—Oh, Whelk, esta comarca se está poniendo imposible, y todos tenemos el deber de colaborar. Incidentalmente, esto me recuerda que Jessamyn le llamó a usted antes para invitarle a tomar una copa cualquier noche.

—¿Oh, sí? —preguntó Leonard Whelk. Nada en su tono traicionó la inmovilidad que acababa de adquirir, contemplando una reproducción de Degas—. Sí, oí el teléfono, pero…, tal vez fuesen las seis y media, ¿verdad?, pero cuando salí del baño, el teléfono dejó de llamar. Le dará las gracias a su esposa en mi nombre, ¿no es cierto, amigo mío?

—Supongo que no será una invitación muy de su agrado —rio el mayor—, pero a Jessamyn le diré lo contrario. A propósito, dígame antes de que llame a la Policía: ¿el fulano que oyó usted corría hacia el puente o en dirección contraria?

—No estoy seguro… Naturalmente, por entonces no le presté mucha atención. Pero opino que se alejaba del puente, o quizá de su casa, mayor, de lo contrario, yo no le habría llamado a usted.

Esta idea lógica debió satisfacer por completo al mayor.

—Ya entiendo. Bueno, a pesar de todo creo que les llamaré.

¿Qué era lo que estaba pensando antes de que aquel memo le interrumpiese? Ah, sí, el ruido de fondo de la conversación telefónica. «Hola», habían dicho más de una vez, y después un nombre…

Si lograse recordar cuál, estaría a salvo. Su mano derecha se cerró en tomo al teléfono, como si la respuesta estuviese en aquel objeto, tratando de recordar…, recordar…

—Kit es una muñeca —le repetía Kit al periquito—, Kit es una muñeca…

El pájaro le dedicó una mirada cargada de malevolencia; no le gustaba que lo molestasen en su jaula con aquellas tonterías, y en aquel instante no sentía anhelo de aprender más cosas. Sabía decir «hola, Paul», silbaba admirativamente y hasta gritaba «aquí, kitty, kitty, kitty», de modo indefinido, porque antes los Mannering habían tenido gato.

—Ahora quiere dormir —le advirtió Libby con cierto nerviosismo, y Kit se echó a reír.

—¿Cómo puede cansarse en su jaula? Además, cuando estos pájaros están adormilados es cuando más aprenden. Kit es una muñeca… —le repitió al periquito.

La situación de la casa habría apabullado a la señora Mannering. Tess todavía no estaba acostada, y aunque sus ojitos comenzaban a cerrarse, estaba saltando por entre las camas de los chicos, arrojándoles almohadas, y se escondía estratégicamente detrás de las puertas corredizas de los armarios cuando alguien la llamaba.

Daniel la sacó una vez y ella le pegó un puntapié con un pie calzado con una bota de cowboy. Entonces, Daniel le largó un directo al estómago, y William, campeón de su hermanita en todas las ocasiones, atacó a Daniel. Harry, que llegó en medio de la pelea, les regó a todos imparcialmente con un pulverizador lleno de agua, y William y Dannel unieron sus fuerzas para caer sobre el intruso.

Harry chilló. Tess, abandonada a sus propios impulso, metió una mano en la pecera para apoderarse de la carpa.

—¿No te da vergüenza, bribona? —la riñó Libby, que en aquel momento llegó a la habitación, y apartó a la niña de la pecera. Tess le dio una patada; Libby le propinó un cachete; Tess se arrojó llorando sobre la cama que estaba esperando a Kit Austen.

En el cuarto de los chicos, habían empezado las acusaciones mutuas.

—Él fue quien empezó.

—Yo no.

—Él me pegó antes…

Harry estaba llorando y doblado sobre sí como si le hubiesen destrozado algún órgano vital. William había conseguido pegarle a Daniel, pero también había recibido su parte, y ahora estaban ambos enzarzados en una lucha mortal y silenciosa.

—¡Quietos! —gritó Libby, con la voz autoritaria de su madre, consiguiendo exactamente el resultado que esperaba: ninguno. Añadió—: Está bien —y acto seguido se encaramó sobre la cama de William para desenroscar la bombilla (hacía tiempo que los chicos habían estropeado el pulsador) y dejar el cuarto en tinieblas. Instantáneamente cesó toda actividad.

—Da la luz, Libby —suplicó William—, y no nos pelearemos más.

—¿Por qué no has traído un látigo, hermanita? —se burló

Daniel.

—Es lo que os merecéis —replicó Libby, pero ya no estaba enfadada y encendió la luz. El periquito de William, arrancado de su sueño en lo alto del cortinaje, voló hacia el comedor y luego al salón, siendo perseguido por los chicos con gran clamor de voces. Libby abrió la boca para advertirles que no asustasen al pájaro, pero comprendiendo la inutilidad de tal aviso, fue en busca de Kit.

Harry se estaba regalando con una lata de higos, de la que se había bebido ya todo el jarabe; Tess, con su carita sucia por las lágrimas, estaba repasando el contenido del cajón de Libby, esparcido por el suelo. Pero la muchacha no vio nada de esto porque se dirigió hacia la arcada del pasillo, junto al comedor.

Kit se había olvidado ya del pájaro y estaba sentada a la mesa, mirando el teléfono. De pronto comenzó a hojear el anuario con una expresión que Libby comenzaba ya a conocer: la mirada de una persona que desea hacer algo prohibido.

—Aquí hay un tal Carnero —dijo Kit, haciéndolo sonar irresistible—. Llámale y pregúntale dónde tiene sus terneras.

—Y sus cuernos —se mofó Libby—. Oh, Kit, basta ya.

Aquella negativa sólo sirvió para aumentar el anhelo de la joven.

—Fíjate en mí —dijo y empezó a marcar el número.

La puerta del patio seguía abriéndose y cerrándose suavemente en la oscuridad.

7

El avión de Bill Webb llevaba retraso, y Susan estaba frenética. Se había demorado al salir de Chicago, le informaron desde el aeródromo, pero esto podía ser simplemente una excusa, mientras en realidad podían estar recibiendo mensaje tras mensaje de las torres de control, en tanto se preguntaban qué le había pasado al vuelo 603.

No podía estarse un momento quieta: se dijo con cierto humorismo que se parecía a la protagonista de *Jane Austen*, dando vueltas constantemente; sólo le faltaba un matorral para aumentar la semejanza. Gregory, finalmente, estaba durmiendo, y por nada del mundo quería despertarlo.

Con sus profundas sospechas de una catástrofe relacionada con las líneas aéreas, pensó que era muy posible que el público en general estuviese informado de un desastre antes que los familiares afectados por el mismo, por lo que en la cocina puso en marcha la radio de transistores, a muy poco volumen a causa del niño. La presencia de Kit en la casa, siempre a vueltas con el aparato de radio, le había enseñado a mostrar cierta sordera ante los anuncios y la clase de música que encantaba a la chiquilla. Excepto durante los boletines informativos, que atraían su atención al instante, Susan estaba envuelta en sus propias inquietudes.

«Bill cayendo envuelto en llamas junto con los demás pasajeros; Gregory atacado de una enfermedad desconocida y mortal.» De nada servía repetir una y otra vez que el avión se había retrasado al salir de Chicago y que Gregory no tenía nada más que un enfriamiento, que a todos los niños suele darles una fiebre muy alta. Cuando se está a solas en una casa, en una noche tormentosa,

aguardando al médico, tales seguridades carecen de peso.

Mientras se estaba sirviendo otra taza de café, dieron otra tanda de noticias, que escuchó atentamente. Se enteró con verdadero horror del asesinato de una muchacha en un puente de Alameda.

Se habría sentido aturdida de cualquier manera, pero un crimen tan cerca la sacudió por completo. El puente sólo se hallaba a unos cinco kilómetros de distancia y, a menos que estuviese muy equivocada, a menos de dos kilómetros de la casa de los Mannering… y Kit estaba en casa de los Mannering, precisamente.

¿Dónde estaría el asesino, hasta que la Policía lo cogiese? ¿En un bar, en un motel, tal vez en su propio hogar? ¿O rondando incesantemente bajo la lluvia, acaso escondiéndose por los jardines o detrás de las cercas para ocultarse de los faroles de los coches?

Kit había salido al anochecer, y Susan recordó el susto que esto le había producido. Bajo la luz del crepúsculo, con su estatua y su paso aplomado, Kit no podía ser tomada por una niña; en realidad, debía parecer más mujer que la difunta Elsie… Elsie lo que fuese.

Susan fue distraídamente hacia el teléfono y luego se detuvo. Sólo se había tropezado una vez con la señora Mannering, pero la mujer le había gustado; y aparte de la expresión de despiste inherente a la buena señora, le había parecido una dama muy competente y comprensiva. Además, debía tener una especie de nodriza, con tantos hijos… alguien que se cuidaría de cerrar bien las puertas por la noche…

Por otra parte, la gente que tiene una ternera como animalito doméstico y suele encontrarla de noche en su dormitorio, según Kit, podía ser considerada .ciertamente como un poco… peculiar. ¿Quién conocía las reglas que regían el hogar de los Mannering por la noche?

Tenía que llamar. La nodriza o asistenta, probablemente muy fastidiada por estar ya a cargo de cinco niños, consideraría la noticia demasiado oficiosa; de igual modo, si tenía más preocupaciones que la propia Susan, tal vez no hubiese escuchado la radio, por lo que en tal caso no estaría al corriente del violento acto cometido tan cerca de su casa.

—Lamento molestarla —ensayó Susan ya a punto de marcar el número—, y sé que no es necesario, pero…

Estaban comunicando.

—¿Qué aspecto tenía el individuo? —preguntó el comisario—. ¿No puede describirlo?

El mayor Fingaard meditó hondamente, arrugando su ajado rostro con el esfuerzo. Su esposa Jessamyn, que llevaba unos ceñidos pantalones negros, y había adoptado una expresión de resignada paciencia, intervino:

—Cariño, recuerda que tu vista no es tan buena como antes, y mucho menos de noche —le sonrió al comisario como lo habría hecho con un chiquillo torpe e importuno—. ¿Un poco de café, oficial?

El Comisario rechazó el ofrecimiento. Consideraba ciertamente atractiva a la señora Fingaard, de acuerdo con los gustos que incluyen a las mujeres flacas de ojos dramáticos, pero pertenecía a la clase de las mandonas, cosa que a él no le gustaba. En realidad, se compadecía del mayor, que estaba sentado en la salita, rodeado de lámparas tamizadas y hermosos muebles, y sonrió con cierto desprecio.

—No pude echarle una buena ojeada al tipo ése —asintió Fingaard—, más bien obtuve una impresión…

—Pero corría en dirección contraria al puente.

—Como si le persiguieran los diablos— afirmó el mayor con más animación—. Tan pronto estuvo aquí como desapareció.

—Y esto fue a las siete menos diez minutos.

—Aproximadamente —corroboró el mayor, buscando instintivamente la mirada de su esposa, viendo que ella estaba sonriéndole desdeñosamente a la taza de café. Se sintió impulsado a agregar—: Bueno, nuestro vecino, al otro lado de calle, también lo oyó.

Esta última frase fue involuntaria, como un desafío a su mujer.

—Como he dicho, ese individuo corría demasiado de prisa para mí —continuó el mayor—, pero Whelk debió de divisarle con más claridad, según mi entender.

La hora era la adecuada, a juzgar por la distancia que había hasta el puente. El comisario le dio las gracias al mayor Fingaard y se marchó; a sus espaldas, a través de la puerta que el mayor mantuvo abierta hasta verle llegar a salvo al coche, oyó la áspera voz de la esposa, increpando:

—¿Tenías que dejarle entrar para que nos arruinase la alfombra?

La puerta se cerró obedientemente. El comisario, alegrándose de alejarse de aquella casa, condujo su coche un centenar de metros, hasta la blanca mansión en cuyo buzón se leía «Whelk».

Conocía el nombre de manera vaga, como perteneciente a alguien de cierta categoría. ¿Generoso donante del orfanato policíaco? ¿Voluntario del cuerpo de bomberos? ¿Orador en las juntas de la comunidad? Algo por el estilo. El comisario cruzó la verja y continuó por un sendero enarenado casi en tinieblas; hasta que llegó cerca de la casa no distinguió las luces detrás de las cortinas.

Había un timbre y un llamador de hierro muy antiguo. El comisario escogió el timbre, mientras contemplaba con muda aprobación los bien atendidos arbustos y cuadros de flores. Casi tuvo que dar media vuelta cuando se abrió la puerta.

—¿El señor Whelk? Soy de la oficina del sheriff; estamos investigando una llamada de su vecino, el mayor Fingaard.

Se limpió los pies escrupulosamente antes de entrar; la alfombra del vestíbulo era asombrosamente pálida. Este hecho, aparte de vestir Whelk pijama y un lujoso batín, le colocó en una posición excesivamente incómoda. Whelk le invitó a tomar asiento en la salita.

—No sé si se habrá enterado, caballero, de que una joven ha sido asesinada esta noche en el puente de Alameda.

—Sí, lo oí por radio. ¡Lina cosa insólita… y terrible!

El comisario se mostró de acuerdo.

—El mayor Fingaard nos ha comunicado que usted oyó a alguien que corría por aquí fuera a las siete menos diez minutos, aproximadamente.

—Sí, y desde entonces me lo he estado reprochando —admitió Whelk, sacudiendo la cabeza—. En realidad, me reprocho haber llamado al mayor Fingaard, con lo cual he perdido un tiempo precioso antes de salir a ver quién era. ¿Cree que realmente oí los pasos del asesino?

Pero el comisario no podía emitir ninguna opinión, dado su carácter oficial. Naturalmente, su misión era investigar toda la actividad de aquella noche en las proximidades del puente.

—¿Cree que fue a la hora que le he dicho?

—Tal vez un poco antes —repuso Whelk—. Naturalmente, no

miré el reloj; en realidad, no lo llevaba encima. Una llamada telefónica me hizo salir del baño con cierta premura —señaló las huellas húmedas todavía visibles sobre la alfombra junto a la mesita—, pero el que llamaba colgó antes de poder contestar. Volví al cuarto de baño, procedí a vestirme, y creo que entonces eran casi las siete. Sabía que Fingaard había sufrido en otra ocasión el asalto de algún vagabundo o algún gamberro, y como resulta muy raro oír correr a una persona a estas horas, pensé que lo mejor sería advertirle.

—Pero usted no vio a nadie.

—A nadie, a pesar de que di la vuelta a toda la casa —de pronto, su expresión pareció excitarse—. Hay que ver de qué modo va uno recordando todos los detalles. Hasta este momento no se me ha ocurrido pensar que los pasos que corría no eran… regulares. No sé cómo describirlos, salvo que un pie… no parecía tan pesado como el otro.

El rostro del comisario no traicionó sus pensamientos.

—¿Como un cojo?

—No, algo como… —Leonard Whelk sonrió y no continuó—. Es sólo una impresión, probablemente sin valor alguno. La noche es muy mala, oficial, y espero que no me encerrará entre rejas si le ofrezco algo con que calentar el cuerpo…

El comisario, que había rehusado el café de la señora Fingaard por principio, aceptó una copita de un líquido dulzón, ofrecido por Whelk. Lo necesitaba. El pobre Sip tenía una pierna más corta que la otra. Al andar —junto con su pelo canoso y sin cortar—, esto le daba un aspecto de balanceo evangélico. Corriendo, produciría el ruido que acababa de describir Leonard Whelk.

Elizabeth la ternera de Guernesey, de los Mannering, estaba tozudamente delante de la ventana del cuarto de los chicos, lamiendo de cuando en cuando los cristales con una lengua como un secante, esperando que reparasen en ella.

La habían comprado cuando sólo contaba cuatro días, por lo que no había oído ni visto a ninguna otra vaca desde entonces y, a los seis meses de edad y unas cuatrocientas libras de peso aproximadamente, creía que era una niña o una gallina. Le

gustaban los caramelos, el pan con mantequilla, y aunque parecía importarle que le retorciesen la cola, permitía que Tess y los chichos se izasen sobre sus lomos; su compañía era mejor que ninguna. Cuando ya estaba harta de las impertinencias de sus amiguitos, se retiraba al gallinero, abriendo la puerta con los cuernos, y se tendía satisfecha entre las negras gallinas. El pavo real replegaba su vistosa cola con horror, pero las gallinas ya estaban acostumbradas a la presencia de la ternera, de la que eran viejas amigas.

Esta noche, la ternera saltó por encima de las barras del establo que el señor Mannering había construido, yendo esperanzadamente en busca de voces conocidas, arañazos en su lomo y hasta retorcimientos de cola. No era una extraña en la casa, puesto que solía entrar a menudo, hallando siempre cobijo y calor. Ahora esperaba bajo la lluvia, con la luz que se filtraba por la ventana cayéndole sobre la cabeza, hasta que, impaciente, empezó a mugir.

—¡*Elizabeth* está ahí fuera! —gritó Daniel.

Todos los chicos corrieron a la ventana para verla. Tess no fue; estaba completamente dormida, agotada por sus travesuras, tapada hasta la nariz en el catre. La luz de la bombilla se reflejaba en su carita, manchada inocentemente por las lágrimas, y enmarcada por los rebeldes rizos.

Con los incesantes cambios de humor de los chiquillos, William se sentía enfurruñado, y Harry obediente. Daniel, menos variable que los otros, estaba como de costumbre, y cuando Harry se ofreció magnánimamente para ir en busca de la ternera, Daniel se le opuso, diciendo:

—¿Si sales con esta lluvia, te encogerás. ¿Eh, William? Si Harry sale con esta lluvia se convertirá en una cosa tan pequeña como…

Alargó la mano hacia la puerta. Harry se echó a reír, pero William continuó desanudándose las botas con tanta fiereza como si estuviese condenado al cadalso.

—¿Qué te pasa a ti? —preguntóle Daniel.

—Nada —se quitó una bota y la puso boca abajo; de la misma surgió una lluvia de polvo y tierra. Luego hizo lo mismo con la pareja.

Nadie, y menos que todos William, sabía a qué se debían aquellos súbitos cambios de humor, tan pronunciados como sus

frecuentes arrebatos de animación. Los ingredientes, como en el caldo, podían ser innumerables, como no poseer una honda, que Harry le hubiese llevado la carpa a un amigo, cobrando por ello cincuenta centavos, que en la escuela fuese considerado como un pésimo futbolista… Fuese cual fuese el origen, Harry les inquietaba a todos con frecuencia, y Daniel procuraba siempre consolarle con diplomacia.

Elizabeth presionó su morro contra el cristal de la ventana, y dejó oír otro mugido.

—Será mejor que vayas a encerrarla en su establo —le sugirió Daniel.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó Harry, con cierta vergüenza, porque se asustaba de la oscuridad.

Debía de haberse sorprendido por la presteza con que Daniel accedió a su petición. Los dos muchachos, inadvertidos de Libby y Kit, ajetreadas en el teléfono, abrieron la puerta de la sala y salieron a la lluvia. Unos instantes después estaban de regreso; Harry resplandeciente, Daniel con la cara muy larga, y *Elizabeth*, pateando felizmente detrás, por encima de la alfombra oriental.

Harry condujo la procesión hasta la habitación donde estaban las chicas. Kit, que seguía con el teléfono, se volvió de espaldas y se llevó una mano al otro oído para aislarse de aquel ruido, y Libby saltó de su silla y levantó las manos autoritariamente. La ternera, que tomó aquel gesto por un ademán de bienvenida, lanzó un mugido de satisfacción.

Normalmente, a Libby le gustaba tanto como a los chicos y a Tess tener la ternera en la casa; ésta se limitaba a dar vueltas por todas partes, sin miramientos para los muebles, las porcelanas y las alfombras, y sin parecer importarle la falta de hierba. Pero ahora se sintió molesta por la interrupción, debido a la casualidad de haber encontrado las dos páginas del anuario pegadas con jalea de fresa de un bocadillo consumido antes, que les había permitido volver a visualizar el apellido del tipo al que habían llamado antes, el lobo que había citado a Kit al extremo del puente.

8

Leonard Whelk, en conjunto, se sintió satisfecho de la visita del comisario. La había esperado —por esto se había Tomado el trabajo de darse un baño y luego dejar las huellas húmedas sobre la alfombra hasta el teléfono—, porque si los Fingaard tenían que ofrecer una coartada en su favor era solamente llamando a la Policía y sosteniendo seriamente la tesis del merodeador nocturno.

Y, según le indicaron todos los detalles, el comisario se sintió impresionado por el lujo del salón y las demás circunstancias. Probablemente, pensaba Whelk con inconsciente desdén, el comisario debía poseer unos muebles arañados por sus hijos, por lo que apenas podía creer en la existencia de mansiones como la de Whelk.

Sólo una vez se estremeció, y no de miedo sino de placer. Las repetidas preguntas respecto a la exactitud del tiempo del paso del supuesto merodeador habían sido para él un verdadero regalo. Sabía que había recibido la amenazadora llamada telefónica, aproximadamente a las seis; por esto había fijado las seis y cuarto como la hora de la cita, a fin de que a su comunicante anónimo no le quedase tiempo libre para tomar ninguna disposición.

Y mientras conversaba con el comisario recordó que el campanario de la iglesia dejó oír las seis mientras hablaba por teléfono.

También había habido otro sonido, pero esto ahora no importaba. «El campanario.» No podía haberlas oído por este extremo de la línea telefónica, aunque el viento y la lluvia soplaron en tal dirección, porque ni aquella noche ni en ninguna otra ocasión las había oído. Y no se trataba de un reloj de pared en la casa de la

mujer; este sonido tenía unos ecos limitados. Leonard Whelk recordaba que las campanadas habían sonado distantes y etéreas, casi tan inadvertidas en aquel momento como su propio pulso.

¿Completando su triunfo había ofrecido una pista demasiado clara hacia el pobre Sip? Probablemente no; no conocía a aquel individuo, ya que sólo le había visto una vez de refilón, si bien había oído hablar mucho de él. En cualquier caso, la Policía estaría sumamente ocupada mientras Leonard Whelk hacía lo que tenía que hacer.

…Las campanas. Aparte de que la mujer, con lo que sabía, tenía que ser una residente local, Leonard Whelk podía descartar las iglesias lejanas; en una noche de tormenta, con mucho menos tráfico que de costumbre, no habría podido llegar desde muy lejos en quince minutos.

—Saldré sin que nadie lo sepa —había dicho, sugiriendo una salida secreta, sin faros de coche ni ruido de motor. Sugirió que llegaría al puente lo mismo que Whelk: a pie.

Él poseía un buen conocimiento de la localidad, ya que había recorrido toda la comarca a edad muy temprana, cuando se dedicaba al cuidado de los jardines, a lavar coches y hacer recados. Habíanse edificado algunos edificios nuevos, pero en conjunto la zona no había variado; en los buzones se veían los mismos nombres, y también se leían los mismos letreros en las tiendas. Sí, había algunas innovaciones, incluyendo dos iglesias… ambas sin campanas. La única que tenía campanas era la capilla de la antigua misión.

Una de las pocas cosas que Leonard le había comprado al anterior dueño de su casa era un mapa del Valle, cuidadosamente marcado y señalado. A veces le producía un placer secreto identificar el embrollado amasijo de calles donde Anna Birucoff había lavado y planchado, mostrándose autoritaria con él, y saber que la antigua casa estaba —podía situarla exactamente por un recodo del río— «aquí».

Bien, ya tenía la iglesia y el puente, y dentro del ángulo formado por el compás tenía que hallarse la mujer. Leonard Whelk puso en funcionamiento la radio que había cerrado el comisario del sheriff y continuó estudiando el mapa.

¿Era tan imposible? No mucho. Ésta no era la sección normal de

Alburquerque, atestada de casas tan iguales como guijarros; la mayoría de las casas que se hallaban dentro del radio que le interesaba tenían al menos un acre de extensión. Y no debía de ser imposible, pensaba Leonard Whelk, dejando que sus manos le colgasen a los costados.

¿Dónde estaba ahora la mujer? Esto era lo más enloquecedor. Atareada con lo que la había impedido acudir a la cita… o escuchando la radio, dándose cuenta del peligro que había corrido y… ¿quizá llamando a la Policía? En tal caso, no habría aviso: la Policía la protegería y se arrojaría sobre él.

¿Cuánto tiempo tenía a su disposición?

Aunque se sentía tan desamparado como un hombre desnudo, no se atrevía a despojarse del pijama y el batín, para cambiarse. El comisario podía pensar en otra pregunta y regresar para formulársela. Estudió el mapa, sin darse cuenta del tabaleo de sus dedos sobre la mesa, mientras ansiosamente esperaba las noticias de la radio. Entonces sonó el teléfono.

¿Sería Fingaard, que deseaba saber el resultado de la visita del comisario? ¿O…? Sobreponiéndose al malestar que sentía en el estómago, Whelk levantó el receptor.

—¿Hola? —sus dedos se engarfiaron en el aparato.

—Usted no acudió al lugar de la cita —pronunció la misma voz de antes, baja y controlada.

¡De forma que todavía no lo sabía!

—No, yo… vino alguien —replicó Whelk, conteniéndose rápidamente. No debía perder tiempo—. Pero ahora estoy libre. ¿Dónde está usted?

—Me defraudó que usted no viniese. Hubiese podido significar tanto para los dos…

De manera que ella había ido más tarde. La frente de Whelk se cubrió de unas finas perlitas de sudor, pero su voz continuó serena. No podía dejar escapar a aquella mujer

—Le repito que ahora estoy libre y puedo ir a verla donde me indique. ¿Dónde está usted? Tal vez sería más fácil para usted si yo…

Entonces, ocurrió algo muy extraño. Hasta el oído de Whelk llegó un sonido bajo y nasal, de origen animal. Whelk, atento a todos los sonidos, como un prospector lo está a cada movimiento de

la varita mágica, catalogó aquel sonido como el mugido de una vaca. Era algo que debía recordar.

—¿Hola? —añadió cuidadosamente—. Verdaderamente, estoy ansioso por conocerla, y deseo…

—Lo pensaré —fue la respuesta, y la línea quedó interrumpida.

—¡Valiente granuja! —exclamó Kit, dirigiéndose a Libby, un segundo más tarde—. Quiere verme. Seguro que podría hacerle subir hasta la meseta.

—Eres estupenda —se admiró Libby—. Bueno, ahora tenemos que llevar la ternera al establo.

Elizabeth había entrado en el cuarto de los chicos, donde estaba masticando unas palomitas de maíz caídas en el suelo. Cuando terminó, acarició con su morro la carita de Tessi, y luego se apartó del catre.

—Vamos, cariño —le dijo Libby, cogiéndola por el cabestro. Conducida por ambas muchachitas, la ternera se dejó llevar hasta la oscuridad de su establo. Libby cerró apresuradamente la partalada y ambas regresaron a la casa.

Los chicos habían puesto en funcionamiento la televisión, teniendo antes la previsión de ponerse los pijamas para que Libby les dejase tranquilos.

—¿Quieres traer la radio, Kit? —le pidió Libby, y resignadamente comenzó un segundo aseo de la cocina.

Kit trajo la radio, y entonces empezó una brillante competición entre la misma y el televisor, en el que dos vampiros se perseguían mutuamente con unas hachas por las bodegas de un castillo solitario. Los chicos contemplaban la película con cierta zozobra.

—Caerá en una mazmorra a través de una trampa —exclamó Harry, y esta prudente frase la repitió en voz alta varias veces hasta que se oyó un chapoteo dramático.

— ¡Ahora cae en un lodazal! —gritó Daniel.

«—Y ahora cinco minutos de noticias locales —proclamó la radio—. Los comisarios del sheriff todavía…»

Kit bajó el volumen rápidamente. Por encima de los estridentes chillidos del vampiro le gritó a Libby:

—¿No te dije que me he comprado un salto de cama precioso?

De franela gris, con un cuello como… —y empezó a describírselo adecuadamente.

—¿Tos ferina? —le preguntó Susan Webb al doctor—. Pero si no ha tosido ni una sola vez. .Sí, a veces parece ahogarse un poco, pero esto le ocurre siempre que llora. Además ¿dónde ha podido atrapar la tos ferina?

Un leve movimiento de las cejas del médico indicó que no era él quien podía contestar aquella pregunta. Con el bolígrafo apuntando ya sobre el papel de recetas, preguntó:

—¿Qué farmacia utiliza, señora Webb? —a lo que Susan contestó sin poner mucha atención.

«Kit», pensaba. Kit había traído consigo la tos ferina desde Chicago. Seguro.

El doctor firmó la receta. Luego recomendó que continuase con las aspirinas y el alcohol, y el medicamento que acababa de recetar, que él mismo encargaría de paso a la farmacia. También le aconsejó que durmiese junto a la cuna del pequeño a fin de impedir que el niño durmiese boca arriba.

—¿Quiere decir —Susan le miró estupefacta— que podría asfixiarse?

—Sí —admitió el doctor, juiciosamente, como si ella le hubiese preguntado algo completamente natural.

—¿No sería mejor, pues, que lo llevásemos a una clínica? —volvió a preguntar la atribulada madre—. ¿Qué haría yo si…?

—Limítese a procurar que duerma de lado —añadió el doctor, examinando la punta de su bolígrafo y retirándola al interior del mango antes de metérselo en el bolsillo—. Y llámeme por la mañana. Entonces veremos si ha progresado.

«Monstruo», pensó Susan. No lo dijo en voz alta porque el doctor no habría querido volver nunca más, y en caso necesario tampoco se molestaría en alzar un solo dedo para que admitiesen a Gregory en un hospital. Por tanto, se limitó a decir:

—Muchas gracias, doctor —llegando al extremo de encender la luz de la fachada para iluminarle el camino.

Había intentado no estar inquieta mientras esperaba la llegada del doctor, con respecto a la continua comunicación de la línea

telefónica de los Mannering. La promesa de Kit de no monopolizar el aparato probablemente no valía nada, pero con toda seguridad la asistenta no lo permitiría, particularmente porque debía saber que los señores Mannering podían llamar de improviso desde cualquier lugar. Era probable, trató de tranquilizarse Susan, que se tratase de una pariente o amiga de la asistenta, muy charlatana como suelen ser todas las mujeres, que se hubiese enterado del asesinato del puente, y estuviese relatándoselo a aquélla.

Volvió a llamar al aeropuerto siendo informada de que el Vuelo 603, retrasado al salir de Chicago, se había detenido inopinadamente en Kansas City, por lo que llegaría con dos horas de demora.

—¿Por qué? —quiso saber Susan.

Todavía no poseían la debida información, pero el Vuelo 603 llegaría a Alburquerque, aproximadamente, a medianoche.

Tal vez una pasajera hubiese dado a luz, pensó Susan, tratando de controlar sus nervios, o algún fanático hubiese telefoneado a la compañía para comunicarles la existencia de una bomba a bordo del avión. O habríanse averiado tres motores de los cuatro del aparato, o un enmascarado se habría presentado en la cabina del piloto, obligándole a dirigirse a Cuba o a cualquier otro país comunista.

Además, para aumentar su angustia, Kit se hallaba en una casa situada a menos de dos kilómetros del lugar donde se había perpetrado un asesinato, y Gregory tenía tos ferina. «Nunca más —pensó Susan, mientras se apresuraba a comprobar que el niño seguía durmiendo de costado—, nunca más volveré a quedarme sola con tantos conflictos. Kit tendrá que regresar a Chicago, y Bill se marchará en coche, en tren… o a pie.»

Pero era una noche peligrosa para arrojarle un guante al destino, y Susan se apresuró a recogerlo.

El pobre Sip, que había estado bebiendo una taza de café en la cocina de una cafetería, había sido atrapado por fin por el comisario que acababa de hablar con el mayor Fingaard y Leonard Whelk.

Sip no tenía una dirección fija. Normalmente, vivía con su hermana, pero raras veces se le hallaba allí; hasta en invierno

deambulaba por los caminos del Valle, braceando mucho y hablando en voz alta consigo mismo, y durmiendo ocasionalmente en los cobertizos y garajes. Tenía períodos de lucidez y sobriedad, pero ambos no solían coincidir.

Era un hombre cuya edad oscilaba entre los cincuenta y los sesenta años, de pelo gris y cara arrugada, aunque bastante amable y gentil. Entraba en las fincas para hacer bajar a los gatos de los árboles y arrancar los espinos de las patas de los perros, a pesar de que debido a su mal aspecto los propietarios raras veces apreciaban sus esfuerzos. Cuando pasaba cerca de las escuelas, solía arrancar flores silvestres que ofrecía a las jovencitas, pero como usualmente llevaba una botella de whisky en la otra mano, las muchachas le huían. Unas semanas antes había encontrado a unos rapaces atormentando cruelmente a una ratita blanca, y se la compró con los últimos centavos que le quedaban para terminar de emborracharse. Era esta ratita la que ahora estaba escrutando al comisario del sheriff desde la mata de pelo gris del pobre Sip.

El comisario había matado varias serpientes de cascabel, pero las ratas le asustaban. Cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos aquella faz puntiaguda y rojiza había desaparecido.

—¿Dónde has estado, Sip? —le preguntó al mendigo

—El mundo está lleno de incrédulos —replicó Sip con voz dura, y el comisario suspiró. Por encima del hombro miró a una de las cocineras, que declaró:

—Sip se presentó aquí a las siete y media.

Sabían que Sip no había estado en casa de su hermana desde aquella mañana, y el pobre estaba innegablemente mojado; tenía las hombreras de su estropeada y raída chaqueta empapadas, a pesar de haber estado sentado al amor de la lumbre de aquella cocina, y sus botas también estaban caladas. Pero el mal tiempo no le importaba tanto a Sip como a las demás personas, y el comisario probó de nuevo.

—¿Dónde has cenado, Sip? Yo ahora cenaría de buena gana —y al oír aquella declaración, la rata, que se había vuelto a asomar por detrás de la nuca de su dueño, le miró con suspicacia, con sus diminutos ojillos rojos resplandeciendo en su morro blanco, mientras sus bigotes se agitaban prodigiosamente

—Incrédulos —repitió Sip, y tras un destello de inteligencia, sus

pupilas volvieron a nublarse—. Gente malvada. Deberían ser borrados de la faz de la tierra.

—Sí. Bueno, Sip, será mejor que me acompañes —le indicó el comisario tristemente. Contempló las manos de Sip, huesudas y arrugadas, posadas sobre la mesa, las manos que sostenían flores y botellas de whisky, y que tan pacientes eran con los espinos, y se preguntó si era concebible que hubiesen estrangulado a una joven. Posiblemente sí, si la había sorprendido en un acto de crueldad, y había sido fiel a sus ideas sobre los incrédulos.

El pobre Sip comprendió la necesidad, si no la razón. Volvió la cabeza con dignidad, diciendo a la cocinera:

—Mi amiga todavía no ha comido.

—¿Tu…? —se extrañó la cocinera, mirando al comisario; pero no tardó en comprender el significado de aquella observación—. Cierto, aún no ha comido. Debe de estar muriéndose de hambre.

Y delante de la horrorizada mirada del comisario, colocó un platito con leche y un poco de pan seco sobre la mesa. Sip, entonces, cogió a la rata y la depositó sobre el borde del plato. La rata empezó a lamer, pero no antes de que el comisario se hubiese apartado bruscamente de la mesa, haciendo volcar su silla

La cocinera, que tenía una cara muy gruesa y tolerante, exclamó:

—Sip ama mucho a su ratita —luego añadió en otro tono—: No estará en ningún lío, ¿verdad?

—Aún no lo sé.

—A lo mejor llegó aquí mucho antes de las siete y media —continuó la mujer, con inmensa listeza—. Yo estaba muy ocupada con el asador y cuando levanté la vista, allí estaba Sip.

El comisario sabía que iba a tropezar con esta dificultad por todas partes, porque la mayoría de la gente apreciaba al pobre Sip; casi le adoraban y reverenciaban como a un árbol histórico. Por otra parte, en aquel mismo momento, el cadáver de una muchacha, de la edad de su hija, estaba pasando por todas las formalidades oficiales, como si la vida, la juventud y sus planes no la hubiesen animado unas horas antes.

—¿Por qué no dejas aquí a tu amiguita? —le sugirió esperanzado al pobre Sip—. Esta cocina está muy caliente y te lo agradecerá. Además, más tarde podrán darle otro platito de leche.

Pero Sip, sin dignarse contestar, cogió a la rata y se la metió en un bolsillo de su chaqueta.

El comisario contempló la taza de café, vacía, de la mesa, y se metió, a su vez, la mano en el bolsillo, mirando inquisitivo a la cocinera, pero ésta se limitó a sacudir violentamente la cabeza, y los dos hombres salieron a la lluvia, acompañados de la rata.

9

Leonard Whelk trazó un círculo muy tenue en el mapa.

Tras una larga meditación, el mismo sólo incluía una zona de un kilómetro en torno a la iglesia. Indudablemente, el sonido de las campanas podía viajar hasta lejos, particularmente en una noche lluviosa y de vendaval, pero no creía que a mucha distancia tuviese aún potencia para penetrar en una casa y hacerse audible por el teléfono. También tenía que considerar la distancia hasta el puente, y aquel radio de un kilómetro casaba con todo.

Contempló los nombres de las calles, nombres simples, al estilo español: La Plata, Hermosillo, El Pueblo. No conocía a nadie en las mismas, pero indudablemente alguien le conocía a él.

El distrito no le decía nada tampoco de su enemiga. Al revés que la mayoría de distritos de Alburquerque, el Valle no contenía residencias semejantes entre sí, por lo que sus habitantes tampoco debían serlo; una casita de adobe en ruinas podía estar contigua a una mansión de sesenta mil dólares, y a través de una bella piscina podía divisarse un cobertizo lleno de neumáticos viejos y chatarra.

Pero Leonard Whelk sabía algo muy valioso respecto a la mujer: no era de origen español, lo cual dejaba fuera del círculo casi a la mayoría de los habitantes.

Como presidente del hospital Fund, poseía una lista de los residentes locales, con sus direcciones. Afortunadamente, cuando este asunto hubiese concluido, podría quemarla. Cuando el asunto hubiese concluido… No quiso pensar que el asunto podía concluir de dos maneras distintas. Con las manos húmedas pero seguras, comenzó a utilizar el lápiz, tachando los apellidos de Baca, Chávez, González…

—Lo pensaré —habíales respondido la mujer, y la arrogancia de esta respuesta puso unas manchas de color en las pálidas mejillas de Whelk, por encima de la barbita cuadrada. Antes la odiaba por lo que sabía; pero ahora su odio era más profundo y personal. Le tenía atrapado, y deseaba apretarle tanto los tornillos que no tuviera escapatoria posible, a menos que cediese a sus pretensiones… para volver a empezar de nuevo poco después.

El lápiz tachó los apellidos Hernández, Luján y Montoya. Antes ya había tachado los Giménez y los Gutiérrez. Ella estaría sentada en su casa, considerando los términos de su petición que serían casi ilimitados. ¿Cuándo, por ser la presión de su secreto excesiva para ella, se confiaría a otra persona? ¿Cuándo pondría en funcionamiento la radio y se enteraría del verdadero alcance de su poder?

¿Y cuál era aquel sonido que había oído por el teléfono la primera vez? Foxy Birucoff, después de asesinar a su madre fríamente, había ido a trabajar en el jardín del señor Husted. Veinticinco años más tarde, a pesar del peligro en que se hallaba, Leonard Whelk era capaz de considerar un asunto similar con el mismo desapasionamiento.

Las campanas ya le habían ayudado; lo otro, la voz repetitiva, podía ayudarle también. De manera extraña, aunque se había impuesto a su atención a través del choque experimentado, no podía identificarla como masculina o femenina Había chicos que tenían voces semejantes pero Whelk, buceando en su mente, comprendió que no era éste el camino.

En realidad, cuanto más pensaba en ello, más peculiar le parecía el sonido de aquella voz. El tono dq la mujer había sido secreto, misterioso, como adoptando precauciones por tener a alguien cerca. Por lo mismo, cuando alguien telefonea, obliga a callarse a cualquier persona que esté cerca.

Mientras meditaba, la lista de sus posibles interlocutores iba disminuyendo. Whelk contempló los nombres que quedaban, viendo con excitación que algunos le resultaban familiares. George DeHaven, por ejemplo, un hombrecillo cuyo cabello parecía pegado con cola; Whelk le había entregado ropa planchada al viejo DeHaven, y últimamente había experimentado un enorme placer al firmar un contrato con la firma de los DeHaven.

Pero DeHaven era soltero.

Y allí estaba Blair, cuyo nombre podía tachar también. Conocía a los Blair ligeramente, ya que había visitado su casa con ocasión de la campaña para los fondos del hospital, por lo que sabía que Mimí Blair era una mujercita gordinflona y excitable, con una voz tan estridente que a veces era difícil saber si era ella quien hablaba o el canario que tenían dentro de una jaula de adorno.

No conocía a Richard Mannering ni…

El lápiz de Leonard Whelk se detuvo; era como si un gran pulso hubiese latido en alguna parte de su cuerpo, suspendiendo y silenciándolo todo.

Ésta era la voz repetitiva: un pájaro. Instantáneamente quedaron debidamente explicadas todas las rarezas relacionadas con la voz, incluso la falta de sexo, su parloteo incesante, mientras alguien telefoneaba. Los propietarios de pájaros parecen estar sordos al parloteo de sus animalitos; Mimí Blair, por ejemplo, no parecía darse cuenta de los frecuentes trinos de su canario…

Whelk permaneció unos instantes inmóvil, mirando al vacío. Una vez alargó la mano hacia el teléfono y volvió a retirarla. Había cometido ya una equivocación y no estaba dispuesto a cometer otra.

La muerte de Elsie Janicek le tenía sin cuidado, excepto de una manera desapasionada. Era una suerte que la atención de la Policía estuviera muy ocupada aquella noche en que él también no tardaría en hallarse sumamente ocupado.

En la fabulosa fiesta de Santa Fe, dada por unos amigos que partían para Europa Richard Mannering le dijo a su radiante esposa:

—¿Encuentras a faltar el estruendo de los pequeños pies?

—Oh, sí —asintió la señora Mannering—, me estoy conteniendo para que tú no te eches a llorar.

Los Mannering amaban mucho a sus hijos, pero de cuando en cuando les gustaba alejarse momentáneamente de ellos; en realidad, la señora Mannering le confió una vez a su marido que le encantaba oír los gritos y peticiones de los hijos de otros matrimonios, sabiendo que no era ella quien tenía que atenderlos.

Pero ahora sus cejas se juntaron al añadir:

—Sin embargo, me gustaría estar en casa. Volveré a probar.

Dicho la cual se puso de pie.

Richard Mannering le gritó por encima del hombro:

—Si contesta una vaca, cuelga —y reanudó su charla con el vecino de mesa.

Transcurrieron quince minutos antes de que la señora Mannering volviera a cruzar el vestíbulo del hotel, y aunque se detuvo varias veces para corresponder a los saludos de sus amistades, su esposo conoció por su aspecto que no había conseguido comunicar con la señora Beale, la asistenta.

—Lo he intentado dos veces, pero la línea sigue ocupada —exclamó al tomar asiento—. No lo entiendo, porque la señora Beale no suele hablar nunca por teléfono.

—Pero Libby sí —repuso Richard, con sensatez—. Me parece verla, tendida de espaldas con los pies levantados contra la pared, charlando sin cesar con alguna de sus amigas idiotas.

—Pero la señora Beale sabe que nosotros siempre llamamos.

—Y la señora Beale sabe exactamente donde estamos, y es una mujer de toda confianza —replicó Richard Mannering—. Precisamente, si no tenemos noticias suyas no tenemos por qué estar inquietos.

—¡Ponte el pijama! —le gritó Libby a Tess, acompañando la orden con una patada contra el suelo.

Pero estando Tess en otra cama por culpa de la amiga de Libby, ésta estaba en mala situación para imponerse a la pequeña, y lo sabía. Y lo peor era que Tess también lo sabía. A la niña le gustaba dormir en el cuarto de los chicos, donde podía pelearse con ellos a cada minuto y, humildemente, hacer toda clase de recados, aunque no desease admitir que era su criada.

—Ya sabes que siempre pides dormir aquí, y ahora… ahora… —le gritó nuevamente Libby con extraña ferocidad.

—Ahora quiero un huevo frito —la cortó Tess.

—Ya has cenado, acabo de limpiar la cocina y no pienso freír ningún huevo.

—Yo lo freiré —replicó Tess implacable, empezando a coger la sartén.

Después de dormir un rato en la cama de William, se había

despertado de mal humor, tanto por haber dormido con la luz encendida como por haberlo hecho sin desnudarse. Pero gradualmente habíase ido dando cuenta de la situación: sin sus padres, sin la señora Beale, y en una cama extraña. El poder estaba de su parte.

A los cinco años, con sus rizos indómitos, los téjanos y las botas de vaquero, parecía demasiado pequeña para mostrarse autoritaria. Pero Libby no se dejaba engañar por aquel aspecto, por lo que se colocó delante del fogón defendiéndolo como si se tratase de su virtud, hasta que Kit Austen intervino con su habitual prudencia:

—Será mejor que le frías un huevo, o lo haré yo.

—Está bien, lo freiré —asintió Libby, rabiosa. Colocó la sartén sobre el hornillo, dando un fuerte golpe y luego cerró la nevera de un portazo. Usualmente, pensaba en Tess como en una niña bastante simpática, a la que ayudaba a cepillarse el cabello antes de metérselo debajo del gorro griego; pero esta noche, con Kit en la casa, consideraba a su hermanita tan deliciosa como una nube de mosquitos.

—Eres tan cerda como tus hermanos —le comunicó mientras ponía la manteca en la sartén—. Siempre estás comiendo.

Y William, que estaba zampándose un bocadillo con mucha mostaza, exclamó como si acabase de realizar un dichoso descubrimiento:

—Por esto les llaman cerdos a los cerdos: porque siempre están comiendo.

Desapareció hacia su cuarto sin más comentario ni pedir leche o agua, y Libby estaba demasiado preocupada para preguntarse el motivo. Ella y Kit habían dejado la radio en favor del tocadiscos, que ahora tenía puesto un disco que Libby había comprado con sus economías. Ninguna de ellas tenía la menor sospecha de que la radio estaba oculta en el fondo del armario de los chicos, amarrada por Daniel con ayuda de un cable de extensión.

Tess insistió en vigilar el huevo, arrastrando una silla hasta el hornillo y dejando que aquél se friese hasta que algunos fragmentos volaron de la sartén en todas direcciones.

—Tess —le dijo Libby, conteniéndose—, ya está frito.

—No, aún no —replicó la pequeña, probando los restos rojizos con un tenedor.

En el cuarto de los chicos se oyó un alboroto. Casi al instante, todos irrumpieron en la cocina.

—Eh, chicas —anunció Daniel, dándose importancia—, han estrangulado a una muchacha.

Kit y Libby cambiaron entre sí miradas de tolerancia.

— ¡Aquí! —añadió Daniel, excitado.

—Debajo de tu cama, supongo —se burló Libby, poniendo el huevo frito de Tess en un plato.

—No, de veras, Lib —intervino William—. Yo también lo he oído. Bueno, nosotros…

Acababa de traicionarse.

— ¡Maldito charlatán! —le recriminó Daniel

— ¡Tonto! —le espetó Harry, porque Libby, inmediatamente, tras girar sobre sí misma, había exclamado:

—¿Dónde está mi radio? —y abandonó corriendo la cocina.

—Bueno, la han estrangulado —repitió William, en beneficio de Kit. Secretamente, la encontraba excesivamente bonita e impecable y deseaba que se quedase para siempre en casa. Alargó las manos y casi las juntó sobre la garganta de la joven.

—Era una chica como…, como tú.

—¡Oh!, seguro —repuso Kit, y acto seguido, sin que viniese a cuento agregó—: Si te lavases la cara alguna vez, serías mucho más guapo.

Harry emitió un indescriptible sonido de desprecio y se apartó de ella, gruñendo, mientras Libby volvía con la radio bajo el brazo. Daniel pisó el cable de extensión, con el propósito de impedirle avanzar y al instante se rompió el cordón de la conexión.

—¡Ooooh! —gimió Libby, y Daniel, verdaderamente alarmado, exclamó apaciguador:

—Papá lo arreglará por la mañana, Libby.

…La mañana. Para los hijos de Richard Mannering, todavía quedaba muy lejos.

En la oficina del sheriff estaban interrogando al pobre Sip; un ritual sin importancia, porque el mendigo se limitaba a repetir constantemente que el mundo estaba lleno de incrédulos e impíos, y ocasionalmente, después de una de estas declaraciones, les dedicaba

a todos una sonrisa. La ratita, que no estaba acostumbrada a viajar en coche, estaba asustada y picoteaba una de las mangas de la remendada chaqueta de Sip.

El sheriff contemplaba al pobre con perplejidad. La lista de nombres conseguida en el café no les había conducido a ninguna parte. No habían hallado el menor rastro del hombre de cabellos blancos… aunque confiaban poco en esta pista; pero aquel fracaso significaba el final a todas sus esperanzas de encontrar al culpable.

A la escasa luz de un farol, o al reflejo de los faros de un coche, el cabello canoso de Sip podía pasar por blanco… excepto que su longitud era mucho más notable que su color, por lo que describirle como un hombre de cabellos blancos era tanto como describir a un enano como un hombre de ojos pardos. Por el estado de sus ropas y zapatos, Sip había aguantado algún tiempo el chaparrón de la lluvia, pero esto no era extraño, ya que aceptaba los cambios de tiempo con la misma naturalidad que los animales que tanto le encantaban.

El sheriff se sentía mucho más impresionado por la descripción del paso irregular del individuo que corría, dada por Leonard Whelk a su comisario. Conocía a Whelk de modo oficial, ya que actuaban juntos en los comités, y sabía que aquél no era hombre dado a las fantasías.

En cierto modo, la culpabilidad de Sip sería una solución cómoda, casi ideal, pero el sheriff no estaba demasiado dispuesto a aceptarla. Sería demasiado fácil, y aunque le gustaban las cosas fáciles, el papel de asesino en un crimen tan brutal como aquél no parecía encajar en absoluto en los antecedentes del mendigo.

Sabía que esto era una necedad. Los pilares de la comunidad a veces son bígamos en otra ciudad: a veces, el inteligente cerebro de la Universidad se trastorna y empuña un hacha, liquidando a toda su familia, y los altamente respetables presidentes de Banco desarrollan un gran talento para el fraude.

Pero no era éste el caso del pobre Sip, a quien el sheriff conocía de toda la vida.

Suponía que tenía que detener al hombrecillo, cosa sencilla si le acusaba con algún tecnicismo legal, ya que en caso contrario, las críticas recaerían sobre él. Mas, por otra parte…

Mientras el sheriff le contemplaba silenciosamente, Sip empezó

a rebuscar por sus bolsillos con ansiosa expresión, en tanto en su renegrido rostro parecián aumentarse las arrugas.

—Está en su manga —le indicó el sheriff, involuntariamente, refiriéndose a la rata, pero Sip movió negativamente la cabeza.

—Mi tabaco —explicó en uno de sus destellos de lucidez.

El sheriff le empujó su paquete de cigarrillos, pero Sip los observó con disgusto y prosiguió la búsqueda. La rata, sin prestar atención a aquella actividad, desapareció por la parte superior del brazo, susurrando sobre la tela con sus patitas.

La expresión de Sip mostró un súbito desencanto.

—Lo dejé en casa de la señora Herrera. Ella no es una incrédula —añadió sencillamente.

El sheriff se alertó al instante.

—¿Qué señora Herrera?

Pero el momento de lucidez de Sip ya había pasado y se limitó a preguntar, como si los papeles se hubieran trocado:

—¿La granja Chile?

El sheriff conocía perfectamente su territorio, por lo que cogió la guía telefónica y buscó a Tomás Herrera, en la Isleta. Unos momentos más tarde estaba hablando por teléfono.

—Desde las cinco y media hasta un poco después de las siete… ¿está segura, señora Herrera…? Bien, muchas gracias… Sí, lo sé.

Encarado con el enigma del asesinato de una muchacha extranjera en una noche lluviosa, de tormenta, habría tenido que sentirse desanimado al ver que su primer sospechoso había estado comiendo unas enchiladas y bebiendo vino en la cocina de los Herrera a la hora del crimen, pero no fue así.

—Bueno, Sip —exclamó aliviado y poniéndose de pie—, buscaré a alguien para que lo acompañe a casa en el auto.

Sip, cuya única preocupación la constituía la falta de tabaco, le miró con benevolencia y empezó a dirigirse a la puerta. Pero el sheriff no deseaba que el mendigo anduviese por los caminos con aquella noche, ya que alguien podía pensar mal, y le detuvo:

—Un momento, Sip —y pasó al cuarto contiguo.

Pero Sip no esperó. No por desafío ni por cualquier otra reacción contra la autoridad, sino por el vago deseo de abandonar aquellos muros de reclusión, saliendo a la libertad de la noche. Y a su amiguita no le gustaban los autos; la había sentido acobardada y

temblando en su bolsillo durante el trayecto. Además, tenía una vaga noción de que le quedaba una cosa por hacer, algo que le mantenía inquieto.

Una ternera, sola y desamparada, delante de una ventana iluminada. Sip no estaba seguro de cuándo la había visto, pero sabía que no hay que dejar las terneras bajo la lluvia. Alisando el cubrebolsillo sobre la rata, salió a la noche.

10

Susan Webb después de intentar una vez más comunicar con la casa de los Mannering, infructuosamente, soltó el receptor con furia ¿Cómo podía una persona en sus cabales monopolizar de este modo una línea telefónica? ¿Es que no pensaba en las posibles llamadas, a veces de emergencia? ¿Y si ella hubiese necesitado urgentemente a Kit? No era así, pero esto la asistenta no podía saberlo.

Con la mano aún sobre el aparato, inquieta por Bill y angustiada por el pequeño, buscó el número de la oficina del sheriff y lo marcó con dedos febriles. Nunca más volvería a invitar a Kit a pasar una temporada en su casa, nunca más…

—Aquí Susan Webb —dijo con voz contenida cuando desde el otro extremo le dijeron «¿Diga?»—. Mi sobrina está en casa de unos señores, los señores Mannering, no muy lejos del lugar donde esta noche han asesinado a una muchacha. He tratado de llamar allí, para ver si estaban enterados de la noticia, y en fin… para que cierren bien todas las puertas y ventanas, pero la línea está comunicando continuamente.

Dicho así parecía una tontería, algo muy típico de las personas que se dedican a molestar a la Policía con toda clase de nimiedades… Pero la sensación de angustia que experimentaba en la boca del estómago en aquellos instantes no era ninguna tontería.

—¿Qué desea que hagamos, señora? —preguntó la voz, tras una pausa.

—Bueno, si tienen un coche libre —repuso Susan, débilmente—, tal vez pudieran enviar a alguien a echar un vistazo a casa de los señores Mannering y asegurarse de que todo está en orden. Además —añadió, como disculpándose por aquella extraña petición—, estoy

sola en casa, mi esposo está en un avión y el pequeño está enfermo. Y mi sobrina sólo tiene catorce años…

La persona que estaba escuchando sus lamentaciones le preguntó la dirección de los Mannering y le aseguró que se cuidaría del caso. Susan colgó, se frotó los fatigados ojos un instante, se echó hacia atrás el cabello y fue a mirar a Gregory. Estaba otra vez de espaldas, y su madre le dio vuelta dulcemente. Se despertó instantáneamente, dejó escapar unos cuantos gruñidos, y volvió a adormilarse.

Susan salió de puntillas de la habitación, se dejó caer en un sillón, de cara a la puerta del vestíbulo, y volvió a enfrentarse con la pregunta que se había planteado hacía poco:

«¿Cómo sabré que se trata del chico de la farmacia cuando llame?».

El sendero se hallaba a un lado de la finca, por lo que no vería el coche cuando llamasen a la puerta. Claro que se hallaba a casi cinco kilómetros del lugar donde habían estrangulado a la muchacha extranjera, pero el estrangulador debía haber puesto ya cierta distancia entre él y su víctima. Incluso podía estar buscando una casa con luces encendidas y ningún coche a la vista, lo cual significaría que el marido estaba fuera…

Susan saltó del sillón y apagó la luz exterior, que estaba encendida desde que se había marchado el doctor. De nada bueno servía dejar ver el garaje vacío y permitir adivinar que ella aguardaba a alguien.

Una tontería, claro; se estaba comportando como una chiquilla que acaba de leer un cuento de fantasmas y teme acostarse. Pero la muchacha del puente estaba muerta, la joven que no sabía hablar inglés, y esto no era un cuento de fantasmas sino un hecho verídico y real.

Susan ya había recibido varias veces medicamentos de la farmacia; una vez las trajo un muchacho y otras un anciano. Si ahora se trataba de otro empleado, no lo reconocería. Y esta noche, debido a sus nervios, padecía como si cada rama fuese una figura agazapada, y el susurro de las hojas de los árboles una mano en la puerta o la ventana.

Mientras se decía que ya era una mujer adulta y que tenía un hijo, Susan se levantó, cogió un cigarrillo y volvió al sillón. Sabía qué era lo que se hallaba en el fondo de todo esto: su profunda

responsabilidad por Kit. El temor que la poseía era como algo encerrado dentro de un tubo de ensayo, lanzando proyecciones en todas direcciones, de forma que en ningún aspecto estaba relacionado con ella ni con su seguridad.

En el cuartito que tenía a su espalda, Gregory comenzó a gemir y a toser violentamente, como si hubiese oído el diagnóstico del doctor y quisiese justificarlo. Susan lo cogió y le acarició la caliente espalda hasta que calló. Antes de volver a abandonar la habitación de puntillas, cerró la ventana, y sin saber por qué el chasquido de la falleba la hizo sentirse más insegura que antes, como si hubiese retado a alguien a deslizarse subrepticiamente en la casa.

De nuevo en su sillón, trató de leer, pero sus ojos se dirigían constantemente a la puerta, con los oídos atentos a lo que pudiera ser una llamada falsa y peligrosa. Al menos había hecho lo que estaba en su mano: cuidarse de la seguridad de Kit.

Leonard Whelk volvió a doblar el pañuelo delante del micrófono telefónico.

La posesión de un pájaro acrecentaba el odio que sentía hacia aquella perversa mujer. Odiaba y temía a los pájaros; incluso los Blair, aquellos asquerosos y repugnantes canarios, le erizaban el pelo. Y el pájaro de esa otra mujer debía de ser grande; los periquitos y los loros saben hablar, pero jamás en un tono que pueda confundirse con un ser humano. ¿Una cotorra? ¿un grajo charlatán?

Debido a su odio, recordó casi al instante un pájaro que divisó una vez en una tienda japonesa propiedad de unos residentes del Valle. Leonard Whelk apenas pasaba nunca por allí, pero una vez había sido suficiente para grabar aquel pájaro en su memoria. Debía ser de un tamaño doble al del petirrojo, con un plumaje negro y amarillo, y había reunido un círculo de admiradores con sus ojillos burlones y su preguntona voz: «¿Qué pasa?». Cuando la gente se reía, el pájaro reía también, con una estridencia que a Whelk le hacía estremecerse hasta los huesos.

La tienda estaba abierta hasta las once de la noche, lo cual formaba parte de su popularidad, y Leonard Whelk, tras haber acercado audiblemente su radio al teléfono, marcó el número.

Cuando le contestaron, habló a través del pañuelo.

—Oiga, estamos celebrando una pequeña fiesta. ¿Podrían alquilarme su pájaro por una hora, aproximadamente?

—Oh, no, no lo alquilamos —replicó la voz, tras una pausa de estupefacción—. Es nuestra mascota, ¿sabe?

Los dedos de Whelk se aflojaron con alivio sobre el aparato.

Había vislumbrado una serie de cajitas de aspecto muy extraño en una estantería al lado de la jaula del pájaro. Comida para pájaros.

—¿No conoce —preguntó a continuación, con el tono de una persona que desea divertirse en una fiesta— a nadie de por aquí que pueda prestarme un pájaro que hable un poco? Por supuesto, lo trataremos bien y pagaremos lo que sea.

Había contado con este halago y no se equivocó. La otra voz sonó indulgente.

—Un momento, por favor —desde el otro extremo de la línea le llegaron a Leonard Whelk retazos de una conferencia: una broma, seguramente… no, que hable… oh, sí… ya. De pronto, el receptor volvió a cobrar vida—. El señor Britt… ¿le conoce? Vive en Segunda. .. posee un loro que habla muy bien. La señora Sedillo de la calle Cuarta, tiene un grajo, pero ya es muy viejo y no creo que ella… La señora Mannering compra comida para los periquitos… y ya no sabemos de nadie más.

—Muchas gracias —contestó Leonard Whelk, aumentando el volumen de la radio.

—Buena suerte —le deseó el tendero.

Sí, buena suerte. La señora Mannering estaba en su lista, dentro del círculo, y los Mannering poseían un periquito al menos.

Esperar.

Unas horas antes solamente, por una desdichada coincidencia, una mujer que reunía todos los requisitos se presentó en el puente. Esta vez debía asegurarse y andar con sumo tiento; la Policía seguramente habría arrestado al pobre Sip, y ahora ya no podía contar con la majadería del mayor Fingaard. Debía identificar o al menos recordar perfectamente el sonido oído en la segunda llamada telefónica, aunque debía actuar con suma rapidez.

De haber estado cerca de la costa habría pensado que se trataba de una sirena para la niebla. ¿Qué otra cosa podía ser?

Bajo su mano, sonó el teléfono, excitándole estúpidamente. Si la mujer le llamaba por tercera vez, amenazándole con exigencias, no la dejaría retirarse tan pronto. Sin prisa, como si no se hallase al lado del teléfono, Leonard Whelk levantó el auricular.

—¿Señor Whelk? Espero no molestarle… Soy Jessamyn Fingaard —no sólo le molestaba sino que las pupilas de Leonard Whelk adquirieron un brillo siniestro—. Me he creído en el deber, como vecina suya, de advertirle que seguramente recibirá usted la visita de ese desdichado… ¿cómo se llama…? Sip no sé qué. Se lo aviso por si no quiere abrir…

—Ha sido usted muy amable —respondió Whelk. Su cerebro estaba reflexionando a toda marcha.

—Es terriblemente enojoso, y no sé por qué no hacemos algo para que lo encierren. Ah… ¿le dijo Bob que le telefoneé antes?

Maldita mujer…

—Sí, creo que sí…

—El miércoles por la noche vendrán algunos amigos y pensé que si usted estuviese libre… ¿A las ocho y media?

A Leonard Whelk le molestaba particularmente aquella viperina mujer, cuya arrogancia parecía reconocer y combatir su aversión a todo su sexo, pero se sintió ligeramente confuso, como un hombre atacado por un ratón mientras está dando caza a un tigre.

—¿El miércoles…? Sí, estaré libre… Muchas gracias. Iré —y colgó sin más cortesías.

¿Es que la Policía no había arrestado al viejo, o después de interrogarlo lo habían soltado? ¿Poseían una nueva pista que no habían hecho pública? ¿Habían recibido la llamada telefónica de la MUJER? La frente de Whelk se pobló de gotitas de sudor ante esta idea, y se levantó tambaleándose cuando sonó el timbre de la puerta.

El viejo idiota yendo de puerta en puerta. Pero la mujer también sabía dónde encontrarle. Whelk abrió y se encontró ante un tipo que sólo podía ser el mendigo Sip.

—¿Qué desea?

El oscuro rostro estaba sonriendo, y alargó una mano como un chiquillo pedigüeño.

—¿Dinero… bebida?

De nada servía tenerle como enemigo; como otros animalitos, tal

vez éste pudiera servirle algún día.

—Un momento —repuso Whelk con sequedad. Cerró la puerta, fue a su dormitorio en busca de unas monedas, y volvió al vestíbulo.

—Tome —le dijo a Sip, pero cuando Whelk abrió la puerta nuevamente, el mendigo estaba vuelto de espaldas contemplando los destellos que la luz arrojaba sobre los charcos de agua bajo la ventana del salón, como sumido en sus pensamientos.

Aceptó las monedas de Whelk con varias inclinaciones de cabeza, y luego con voz sorprendentemente clara y recriminatoria, le espetó:

—No debería permitir que su ternera saliese con esta noche.

—Buenas noches —le despidió Leonard Whelk con firmeza, cerrando la puerta y apagando la luz exterior. No tenía tiempo de escuchar las simplezas de un idio…

Sus dedos se detuvieron sobre el interruptor de la luz. Ternera. «Ternera».

Cuando oyó aquel mugido pensó al instante en una vaca, pero desechó tal idea porque el sector del Valle era puramente residencial. Había algunos establos, pero había que ir mucho más lejos para hallar vacas. En realidad, no había pensado en ninguno de estos animales, tratando de interpretar de otra manera lo que era claro como el agua.

Una ternera. Una ternera blanca y marrón, como un perrazo enorme. Alguien se rió por ello… Leonard Whelk cerró sus ojos, tratando de recapturar los detalles de una especie de sueño…

No conducía su propio coche… Estaba con… Hugh MacDonald, de la agencia que se cuidaba de los anuncios. Iba a comer a la «Posada», cuando MacDonald aflojó la marcha del coche y exclamó:

—¿Qué te parece? Tener una bestia como ésta en calidad de animal doméstico…

A Whelk no le gustaban mucho los animales, por lo que apenas se fijó en la observación. Pero ahora, forzando cada célula de su cerebro, recordaba un jardín bien cuidado y la puerta de una casa, en cuyo umbral se hallaba una ternera blanca y marrón, a la que alguien empujaba por detrás.

Para ir a la «Posada» desde el centro de la población, MacDonald había tenido que seguir por la Cuarta, doblar por La Plata, y

después a la derecha, por Hermosillo. Febrilmente, Leonard Whelk fue a revisar su lista de residentes.

«Mannering, Richard L., Hermosillo, 793.»

Esta vez no había error posible. Rápidamente empezó a vestirse.

11

—Tess —exclamó Libby abochornada—, ¿cómo es posible…?

—Porque es una mona, estúpida —contestó Harry, rápidamente. Amaba mucho a su hermanita, cosa que disimulaba burlándose de ella constantemente, excepto cuando estaba a solas con ella, en cuyas ocasiones inventaba para los dos.

Todos los niños estaban congregados, horrorizados, delante de la puerta del dormitorio de los señores Mannering… cerrada por dentro. Unas semanas atrás, la señora Mannering, que estaba en cama con gripe, y sola excepto por la pequeña Tess, tuvo que levantarse por las atronadoras llamadas dadas en la puerta del patio, inmediato al cuarto, y mientras batallaba febrilmente con su bata, la puerta se abrió, dejando pasar la cabeza de un joven vendedor de manzanas que gritó inquisitivamente:

—¿Señora…?

Con los niños resultaba del todo imposible tener las puertas exteriores cerradas durante el día, pero sí era posible instalar una cerradura en la del dormitorio. El señor Mannering avisó a un cerrajero, el cual puso una cerradura, y era ésta la que ahora Tess, jugueteando con ella, había puesto en movimiento.

—Papá te matará —la amenazó Daniel

—Bueno, Harry me mojó —contestó Tess; cuando se veía acorralada por la censura pública, siempre se mostraba batalladora. Exhibió sus mojados tejanos y su blusa empapada como si fuesen heridas mortales. Gritó belicosamente—. Estoy seca, ¿verdad? ¡Oh, sí, seguro que estoy seca!

—¡Pero no por eso tienes que andar enredando con las cerraduras! —insistió Libby con vehemencia. De pronto, dio un

salto de lado y asió la muñeca de Harry, obligándole a soltar el pulverizador de plástico. Harry intentó recobrarlo, pero Kit Austen le cogió el brazo y se lo retorció calmosamente.

—Ve a buscar un tenedor —dijo William, con tono práctico, y Tess obedeció.

El señor Mannering solía ser el más tranquilo de los padres, pero de cuando en cuando, cuando sus hijos comenzaban a destrozar la casa ante sus propios ojos, estallaba en una tremenda cólera que pagaban también los inocentes. En tales momentos, los chicos se afanaban por recoger las ramitas y leños o los fragmentos de cristales rotos, Libby se atareaba celosamente en la cocina, y Tess procuraba tornarse invisible.

Esta vez, lo sabían todos, esto ocasionaría una de tales crisis. Incluso Kit estaba trastornada.

William probó el tenedor en la cerradura, y aunque consiguió doblar todas las púas, no ocurrió nada.

—Espera, con un abridor —observó Daniel, y todos contemplaron sus infructuosos esfuerzos, hasta que Harry preguntó:

—¿Y el chisme que tenemos en nuestro cuarto con el otro chisme en la punta?

El chisme resultó ser el mejor sacacorchos de los Mannering, con el que Harry, derrochando infinito tiempo y paciencia, dignos de mejor causa, había conseguido horadar innumerables veces la cabecera de su cama. Hubo una corta discusión sobre quién había utilizado el sacacorchos, en el curso de la cual la cabeza de Tess chocó violentamente contra la pared. Normalmente, la niña habría devuelto inmediatamente el golpe, sin importarle a quién pegaba, pero a una hora tan desacostumbrada se limitó a tirarse al suelo y sollozar desesperadamente.

Libby le levantó la mano.

—Vamos, Tess, a la cama, y vosotros —añadió, dirigiéndose a los muchachos—, será mejor que dejéis la cerradura antes de que se estropee del todo.

—Ya está completamente arañada —observó Kit con la complacencia de la impunidad.

En el espacio de breves instantes, acababan de infligirle a la cerradura las señales de un año de servicio. Más arriba, el cristal de la puerta parecía tenebroso por la oscuridad interior; Tess, mientras

jugaba, había conseguido bajar la cortina. Todos los niños se sentían ligeramente desazonados a la vista de aquella negrura, desazón que nada tenía que ver con el temor a la cólera paterna. Una habitación cerrada por dentro siempre resulta enojosa, pues como pensaba Libby: «¿Y si necesitamos algo? ¿Y si un chispazo…?»

Ambas preguntas eran infundadas. No podían necesitar nada del dormitorio de sus padres, y nadie, aparte de Tess, había estado allí desde la partida de los señores Mannering. Sí, Libby sabía que encima de la mesita de noche había un encendedor, pero Tess no…

—No habrás tocado nada de ahí dentro, ¿verdad? —le espetó de repente a su hermana menor. De modo casi supersticioso, no mencionó el encendedor.

—No —repuso Tess, enrojeciendo. En cualquier caso habría contestado lo mismo. En realidad, comenzaba a filtrarse hasta el pasillo un leve olor metálico, pero se trataba solamente del tocadiscos sumamente recalentado, que seguía girando en silencio sobre la cama destinada a Kit.

—Bien, vamos, Tess, ponte el pijama —ordenó de nuevo Libby, con sin par rudeza—. Chicos, todos a la cama.

—Libby, vete al infierno —le contestó Daniel, pero siguió a los otros por el pasillo.

El viento había disminuido, de modo que la puerta del patio, a muy pocos centímetros de los niños mientras estaban concentrados en la cerradura, parecía estar firmemente cerrada. Y seguía lo mismo cuando Tess, en pijama y con la cara teóricamente lavada, regresó quedamente con una brazada de instrumentos.

Los hallazgos preliminares de la autopsia de Elsie Janicek eran desalentadores, y al sheriff no le dijeron nada nuevo. Si la joven había sido estrangulada, seguramente habría luchado, pero no había conseguido señalar a su asesino, ya que no había en sus uñas rastro alguno de sangre o piel. Parecía increíble que, habiendo llegado tan pronto al lugar del crimen, no hubiesen encontrado la menor pista.

La tía de la joven, ya recuperada gracias a los cuidados del médico, no pudo añadir nada, aparte, en medio de una gran congoja, de que Elsie era una buena chica, muy trabajadora, y feliz en su nuevo país. No, no tenía amistades con hombres; era muy

tímida. Y no, jamás mencionaba a los demás empleados del café, ni a nadie que, concebiblemente, hubiese podido abordarla al entrar o salir de su trabajo. Elsie era una buena chica…

Sin embargo, los comisarios interrogaron a todos los empleados del café, particularmente respecto a los parroquianos que habían salido del local aproximadamente a la misma hora que la difunta. Así encontraron a un individuo, muy prometedor, un tal Marcos Romero, que salió del establecimiento musitando amenazas, pero éstas iban dirigidas contra su esposa que, como de costumbre, le había servido para comer unas tortillas chamuscadas. Romero, a su vez, le puso un ojo morado a su costilla y ésta presentó una denuncia judicial.

Al final, no tenían más que una llamada telefónica anónima e inútil por su mismo anonimato, que podía haber sido hecho por un hombre que no quería que su esposa supiese que había estado cerca del café, o por alguien que era culpable de evasión de impuestos, o culpable de … lo que fuese. Si el asesino había efectuado la llamada, ello daba el mismo resultado, ya que era imposible seguir la pista.

Existía una posibilidad, que hizo temblar al sheriff. El vicio de las drogas era un gran problema en aquel Estado, con sus dos puntos de entrada a Méjico, y las distancias eran recorridas continuamente por potentes automóviles, que se tragaban vorazmente los kilómetros. No es posible aplicar reacciones normales a las personas adictas a la marihuana, el peyote, la mescalina, el LSD o la cocaína. Tales seres suelen declarar más tarde:

—Vi a esa chica y me volví loco de repente. Necesitaba utilizar mis manos… estas manos que…

Los adictos a las drogas eran unos locos, imprevisibles por desgracia.

Y en tal caso, el asesino podía hallarse ya a centenares de kilómetros lejos, conduciendo su coche de modo desenfrenado. Y a menos que se traicionase con otro crimen semejante, estaría perfectamente a salvo. Sólo habría rozado la vida —y la muerte— de Elsie Janicek de manera fortuita y tangencial; ambos, en el momento del encuentro, no habrían sido más que meras cifras en la numeración del destino.

Ocupado por estos pensamientos bastante pesimistas, aparte del informe referente a una dama que no podía sacar a pasear a su chihuahua debido a la presencia de un enorme perro pastor alemán que ladraba en otro jardín, hojeó apresuradamente los papeles que tenía sobre la mesa. Uno, garabateado por el comisario Whiters, decía: «Señora W. Webb…, sobrina está en Mannering, Hermosillo, 793. Investigar si se encuentra bien.»

«Las cosas que tenemos que hacer», pensó el sheriff. Buscar unos niños en una zanja, cuando están pacíficamente dormidos en un pajar. Alejar a los pastores alemanes de los chihuahuas. Arrestar a los esposos por crueldad mental, y hacer de niñeras.

Pero esta noche no era posible desprenderse de ningún coche para atender a tales tonterías. Deliberadamente, el sheriff colocó el mensaje referente a la señora Webb en la parte inferior del montón de papeles.

No podía coger su coche, aunque la distancia fuese de unos tres kilómetros, al menos. Aparte de que un coche resulta ruidoso y visible, muy fácil de identificar, debía quedarse en el garaje por si venía alguien.

Leonard Whelk se sintió aliviado ante el mero hecho de quitarse el pijama y ponerse una camisa de lana y unos pantalones viejos, y el suéter encima; en pijama se sentía incapaz de emprender ninguna acción, lo mismo que una dama en camisa de dormir.

Antes de matar a la joven del puente, la huida hubiera sido posible. No práctica, ya que la voz de la mujer le habría seguido por doquier incesantemente…, pero posible. Una maleta hecha apresuradamente, como impelido por un súbito viaje de negocios, y la desaparición en una gran ciudad bajo otro nombre. Pero había sido un hombre acosado, temeroso de cada rostro desconocido, de cada pausa oficial en los Bancos y tiendas, de cada llamada telefónica… Pero habría sido posible.

Ahora ya no. La vieja amenaza se había convertido en otra distinta. La señora Mannering, la identidad amenazadora que él había conseguido descifrar en la noche, sólo tenía que escuchar la radio, ir hasta el teléfono, y llamar a la Policía. Entonces, el sheriff querría hablar con Leonard Whelk, y a pesar de la calma que él

pudiese aparentar, los comisarios irían descubriendo su verdadera identidad, fase a fase. Así llegarían hasta Foxy Birucoff, y entonces estaría perdido.

La señora Mannering debía ser silenciada permanentemente, antes de que pudiese hablar y arruinarle.

Una parte del enorme éxito de Whelk en sus negocios había residido en la habilidad de su cerebro para pensar con independencia, buscando soluciones inmediatas a los problemas, mientras su atención estaba ocupada en otra cosa. Esto era lo que hacía ahora. Pensar que el mayor Fingaard, para quien el aspecto físico era una religión, poseía una bicicleta, y que ésta estaba guardada en un garaje abierto.

Una bicicleta es un medio de transporte sumamente rápido si se sabe manejar, y Whelk creía no haberlo olvidado durante aquellos años de coches y taxis. Una bicicleta no hace ruido, y mejor aún, si alguien divisa una bicicleta en medio de una noche lluviosa, inmediatamente la asocia con un chico y no con un hombre.

Salió por la puerta trasera y anduvo rápidamente hacia la residencia de los Fingaard. La luz de unos faros le obligaron a refugiarse entre unos árboles, pero el coche no tardó en pasar de largo. Entonces se deslizó, en medio de una oscuridad completa, por el senderito de los Fingaard, a salvo entre las sombras, y al socaire de la casa.

El piso superior resplandecía de luces; en cambio, el piso inferior sólo estaba iluminado por una sola lámpara. ¿El mayor Fingaard arriba, haciendo gimnasia, mientras su esposa abajo se aseguraba de que no había una sola colilla en la planta baja? ¿O el mayor terminando un capítulo de su lectura mientras Jessamyn se daba masaje y se untaba la cara con potingues, pretendiendo ser más joven de lo que era?

Fuese lo que fuese, la casa ostentaba un aspecto preocupado, bajo los algodoneros, y Leonard Whelk avanzó con ligereza. Tuvo que dejar la silenciosa hierba por la grava al acercarse a la puerta abierta del garaje, pero no le importó. Aunque la casa tenía las cortinas corridas, no se atrevió a encender un fósforo, pero conocía perfectamente el lugar donde solía estar ubicada la bicicleta.

Como otros personajes de su clase, el mayor estaba gobernado por sus hábitos. Tras atravesar el suelo de cemento del garaje, en

silencio gracias a sus suelas de crepé, Leonard Whelk alargó las manos y tanteó el manillar de la bicicleta, en el lugar exacto donde esperaba encontrarla. Soltó el freno, en silencio, y comenzó a sacarla fuera. Sin previo aviso, el infierno pareció desatarse a su alrededor.

Arañazos, jadeos, golpes… si el garaje entero se hubiese derrumbado sobre su cabeza, el ruido no habría sido mayor. Aturdido y sobresaltado, Whelk estuvo paralizado más de un segundo, y luego echó a correr. A tiempo lo hizo, porque casi inmediatamente brilló una luz, que casi le atrapó en su cono.

—¡Alto! ¡Deténgase! —vociferó el mayor Fingaard, y de la casa se oyó un ruido de pies que corrían.

Leonard Whelk era más joven y ligero, y estaba desesperado. La noche lluviosa lo tragó, y se halló en la calle bajo los árboles, cuando el mayor todavía andaba por el sendero, emitiendo gritos y denuestos. Whelk llegó a su cocina y, jadeando, encendió las luces exteriores. Permaneció inmóvil, procurando serenarse.

No podía permitir que Fingaard llamara a la Policía, lo cual sería seguramente su primer impulso. La primera llamada le había convenido de modo estupendo, pero no deseaba llamar la atención hacia su calle por segunda vez en una noche, y por encima de todo, no quería volver a recibir la visita de un comisario. Cuando volvió a respirar normalmente, y desde su ventana delantera distinguió la vuelta a la normalidad en casa de los Fingaard, fue al teléfono y marcó el número.

—¿Fingaard? ¿Ha habido alguien por ahí hace un momento?

—¡Sí, maldición! —gruñó el mayor, jadeando aún por la indignación y el ejercicio—. Estuve a punto de atraparle. ¿Puede creerlo? El muy bergante quería robarme la bicicleta. Pero después de las otras tentativas, instalé una trampa en el garaje. Sí, até el manillar al cajón de las herramientas, y supongo que esto le produjo un susto de primera.

—Seguramente —rió Leonard Whelk, para satisfacción del mayor—. También yo oí algo en mi garaje, y llegué a tiempo.

—¡Bravo! —le alabó el mayor—. Veamos…, ¿debó telefonear, o ir en persona a ver al sheriff? ¿Qué opina, Whelk?

—En realidad —replicó el aludido, gravemente, porque ahora pisaba un terreno muy resbaladizo—, conozco al muchacho. Su

padre me ayuda a veces…

—Oh…

—Es un poco difícil. La madre murió hace unos meses, y tienen varios pequeños… La verdad, no quisiera causarles ningún quebranto por una simple travesura.

—Sí, pobre padre… —se compadeció el mayor.

—Exacto, pobre padre. Ya tiene bastantes problemas. Yo ya le hice un sermón —añadió Leonard Whelk, contemplando la reproducción del Degás—, y le avisé. Mañana iré a hablar con su padre, y no creo que vuelva a darnos más molestias. Usted debe pensar que soy un tonto sentimental…

—Es usted una excelente persona, Whelk —le interrumpió el mayor calurosamente. Indudablemente, ya no recordaba que era su bicicleta la que estuvo a punto de ser robada—. Sí, esto es mejor que causarle una nueva pesadumbre a la familia.

—Bien, celebro que apruebe mi conducta —manifestó Leonard Whelk, permitiéndose una sonrisita—. Me duele una muela y pienso acostarme ahora mismo.

El mayor sonrió con simpatía, le sugirió un remedio infalible para el dolor de muelas, cuyo componente principal parecía ser el coñac, y colgó. No podía imaginarse el furor que consumía en aquellos instantes a su interlocutor.

Debido a la necesidad, ahora tenía otra idea. Rápidamente, apagó todas las luces, cerró la puerta delantera, salió por la de atrás, y cerró también. No era de esperar que un hombre, bajo el agobio de los sedantes, contestase al teléfono ni a la puerta.

Y echó a correr a campo traviesa.

12

Susan Webb, que estaba segura de no poder pegar un ojo hasta que su marido estuviera en casa, agotada por sus preocupaciones, se había dormido en el sillón. Tenía la cabeza inclinada en un ángulo que al día siguiente le produciría tortícolis, y el libro se había deslizado al suelo.

No soñaba con aviones, niños, en Kit, ni en ninguna otra cosa relacionada con sus inquietudes inmediatas. Sin motivo alguno, tenía a un elefante encadenado en la casa, un animalito doméstico que, de repente, había crecido desmesuradamente.

¿Dónde esconderse de un elefante que desea matar y sólo matar? Susan abrió los ojos, cegados por el sueño, sacudió la cabeza, y se acordó de Gregory. Tal vez, mientras ella dormía, tal vez…

No. Si había tosido, el esfuerzo no le había hecho dar la vuelta en su cunita. Susan salió del cuartito, enojada consigo misma por haberse dormido, y se dirigió a la cocina en busca de una taza de café. Pero captó un ruido fuera.

Una pisada… ¿o una tos reprimida? Otra pisada, cautelosa. Susan se quedó paralizada en el centro del salón. Los de la farmacia enviarían un coche… ¿y por qué andaba así el intruso? Entonces comprendió que el elefante de su sueño podía haber sido el coche, y encendió la luz exterior a fin de facilitar el acceso a la casa.

El alivio le dio el valor necesario para ir hasta la puerta. Los pasos de fuera se hicieron más vivaces. Cuando sonó el aldabón, el sonido resultó confortador y alegre, el verdadero epítome de la llamada del chico de la farmacia.

—¿Quién es? —preguntó la joven, sin embargo.

—De la farmacia Crewe —respondió una voz, y un segundo más

tarde, Susan cogía un paquetito de manos de un muchacho pecoso, al que no había visto nunca.

—Esta noche todo el mundo me pregunta quién soy —observó riendo el muchacho—. Será por el asesinato, ¿eh?

—Bueno, no resulta agradable que haya un asesino suelto —contesto Susan, devolviéndole el albarán de entrega.

—No —asintió el chico—, especialmente si está en este distrito. Yo opino que no le cogerán.

El muchacho tal vez fuese también un buen estrangulador.

—Claro que le cogerán —replicó Susan fríamente, y el chico se encogió de hombros, guardándose el albarán.

—Lo único que tiene que hacer es ocultarse en una zanja mientras la Policía está dando vueltas, y luego marcharse a su casa y decirle a su esposa que ha sufrido un accidente, quizá que ha atropellado a alguien y que, por tanto, será mejor que no le diga a nadie que él ha salido. Después, cuando vuelva a sentir el malvado impulso, saldrá de nuevo y… Buenas noches —concluyó el muchacho, ante la fulminante mirada de Susan.

—Buenas noches —la puerta se cerró de golpe.

Tal vez a causa del tono entusiasta del muchacho, Gregory estaba llorando otra vez. Esto era conveniente, ya que Susan tenía que administrarle el medicamento. Desenvolvió el paquete y penetró en el cuartito, sintiendo oprimido su corazón.

Pero no tenía ahora ya ningún motivo. No tenía que abrirle la puerta a nadie hasta que llegase Bill. En realidad, avisaría a la Policía al primer ruido sospechoso. Además, los Mannering ya estaban advertidos, y Kit estaba a salvo. Una asistenta a cargo de los niños se encargaría seguramente de cerrar bien las puertas y ventanas.

(¿Escondido en una zanja?)… Bueno, había una zanja de regadío detrás de la casa… (Cuando vuelva a sentir el malvado impulso…).

—¡Maldito idiota! —exclamó Susan, delante mismo del encendido rostro de Gregory, y el niño, asustado por aquella fiereza, dejó de llorar al punto.

Una quietud que Mannering habría reconocido como falsa y digna de ser investigada al instante, se había abatido sobre la

mansión de los Mannering. Kit había abandonado temporalmente el teléfono, y ella y Libby, barricando la puerta de su cuarto, estaban poniéndose rizadores en el pelo, muy absortas en la operación. Tess estaba ocupada con la cerradura, destrozando las tenacillas de su madre. William, de nuevo convertido en un santito, rezaba, mientras Harry, en el cuarto de baño, se ensuciaba el cabello con lociones, cepillándose luego enérgicamente. Dejó correr el agua, a fin de que los dientes del peine pudiesen escurrirse lentamente por el orificio de desagüe.

Daniel estaba preparando una trampa.

Lo maravilloso era que nadie hubiese pensado en preparar una trampa aquella noche. Las trampas resultaban muy divertidas y siempre daban lugar a peleas muy interesantes. Las trampas más simples consistían en un recipiente de plástico lleno de agua, equilibrado sobre la puerta de un dormitorio, puerta que se dejaba entornada para que su ocupante tuviese que empujarla, con lo cual se le venía encima el agua… y también el recipiente. Las trampas más complicadas —estilo Daniel— incluían cordel, latas de conservas, canicas, y ocasionalmente, pasteles.

A pesar de estar todos ocupados, oyeron el sonido que interrumpió el silencio nocturno, algo que oscilaba entre el aullido de un coyote y el grito de una criatura pidiendo auxilio. Y todos, incluso William por entre sus manos cruzadas, exclamaron:

—¡El pavo real se ha escapado! —y continuaron con lo que estaban haciendo, excepto Libby que se dirigió, con el pelo lleno de rizadores, al cuarto de los chicos.

—¿Daniel…? ¿Queréis, por favor, ir a buscar al pavo? Nosotras no estamos vestidas… ¿Daniel…?

Pero Daniel había escondido su trampa, metiendo la cabeza bajo las ropas de la cama. Desde allí contestó:

—Si te miro me convertiré en piedra. No la mires, William.

—Amén —le dijo William al techo, aún de rodillas, y volviéndose a contemplar a su hermana—. Oh, estás horrible.

—Lo sé —afirmó la muchacha, enarcando las cejas hasta hacerlas desaparecer casi bajo un rizo y asintiendo con la cabeza repetidas veces, como un monigote—. Estoy espantosa. Y si tú cuidases más tu pelo también a veces estarías horroroso.

—No lo necesita. Tiene un pelo precioso —rio Daniel, por

debajo de las sábanas.

Libby pateó con impaciencia.

—¿Harry, quieres ir tú? —le preguntó a la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué es hoy, martes? —repuso Harry, sin dejarse ver—. No puedo tocar a ningún pavo real en martes. Lo prometí.

Libby miró a William, pero luego trasladó la vista hacia la cama ocupada por su hermano.

—Daniel Mannering, esta noche no has ayudado en nada. Yo ya entré el pavo antes y ahora te toca a ti.

—Entonces, si se ha escapado ha sido por negligencia tuya —replicó Daniel, con pedantería.

—No. La ventana del gallinero está rota.

—¿Entonces, bien mirado, de qué sirve hacer que entre otra vez? —preguntó Harry, con lógica, desde el cuarto de baño—. ¿Para que vuelva a salir?

—Podríais poner una estaca cruzada en la ventana ¿no? O clavar una tela…

De pronto, Tess estuvo entre ellos, con la carita triunfante.

—¡Lo conseguí! —exclamó—. Abrí la cerradura.

Hubo una carrera desenfrenada para comprobar la veracidad de aquella afirmación. Harry pisó el tenedor que William había arruinado con sus esfuerzos, y lanzó agudos ayes de dolor, pero nadie le hizo caso y todos contemplaron ensimismados la puerta del dormitorio de sus padres, completamente abierta a las tinieblas interiores.

—¿Con qué lo hiciste, Tess? —inquirió Daniel con inusitado respeto.

—Con esto. Espera… —Tess enseñó las tenacillas. Después se agachó y recogió del suelo un cortauñas y una lima que no podían haber tomado parte en la operación. Frunció el seño, intrigada.

—Bueno, no importa —la tranquilizó Libby—. Eres una buena chica, Tess, pero ahora guarda todo esto y que nadie vuelva a acercarse a esta puerta. Bien, supongo que tendré que ser yo la que salga a buscar el pavo.

—Yo iré —se ofreció William, pero ya era tarde.

—No, iré yo —le detuvo Libby, virtuosamente—. ¿Por qué no? Yo soy la que carga con todo el trabajo de la casa. Vosotros recibís

una pensión semanal de papá, os llevan a todas partes, os compran «Coca-Colas», y sois tan perezosos como… como…

—Cerdos —apuntóle Daniel.

—¡Ay, mi pie! —se quejó Harry desde la cocina, contemplando la suela de su zapato, sin marca alguna. Pero Libby no le hizo caso. Ya en su habitación, se calzó unas zapatillas, sacó un suéter de un cajón —con aquel clima casi nadie poseía un impermeable—, y le dijo a Kit, que estaba forcejeando con un rizo rebelde delante del espejo:

—Volveré en seguida.

—Voy contigo.

—No. Cogeré la linterna y un trapo para tapiar la ventana.

Sin miramientos, Libby cogió una camisa de franela de Harry, que estaba tirada en el suelo.

Normalmente, el pavo real era un ave tranquila, que arrastraba su inmensa cola con dignidad, tan amaestrado que cuando empezaba a anochecer él mismo iba en busca del refugio que le ofrecía el gallinero, como un hijo que no quiere angustiar a sus padres. Pero una pulmonía había matado a su compañera en septiembre, y ahora se escapaba a cada oportunidad para buscar otra.

Cuando Libby, provista de la linterna, salió por la puerta trasera, ésta gruñó metálicamente.

Leonard Whelk, tras haber impedido que el mayor Fingaard avisase a la policía gracias a su cuento inventado bajo el apremio del momento, revisó los elementos verdaderos de su historia. En realidad, existía el hombre que le ayudaba en ocasiones en el jardín, el cual tenía un hijo muy moreno, con una cara que parecía una comadreja depravada, y que poseía una bicicleta. No era tan grande como la de Fingaard, pero sí podía soportar el peso de dos jóvenes, también soportaría el de una persona mayor.

Iba corriendo por entre los campos de alfalfa, sin preocupaciones porque con la alta hierba cortada cada año, no había nada que impidiese el paso de una segadora, cuando menos el de un hombre. La lluvia le azotaba el rostro, al ser impulsada por el viento, pero esto tampoco le preocupaba. Estaba obligado a hacer lo preciso;

desde hacía varias horas.

La cabaña de adobe del jardinero no estaba muy lejos de su lujosa vivienda, por lo que era difícil que alguien llegase a verle u oírle.

Whelk se acercó a la construcción por detrás. Aún antes de que las ventanas iluminadas le dejasen entrever una confusión de parachoques y guardabarros, los ramalazos de música y las carcajadas le dijeron que estaban celebrando una fiesta.

Mejor. Pasó con cierta dificultad por unas alambradas, rodeó unos cubos de basura, y se metió cautelosamente por entre el equipo de unos niños: un triciclo, unos camiones de plástico destrozados, unas viejas botas de agua… Recordó que la bicicleta se hallaba en un rincón a su derecha, apoyada contra la pared del cobertizo, de forma que era visible desde la carretera como un destello azulado…

De alguna parte, como un trueno, un Vil perro comenzó a ladrar con tanto histerismo como un ratón gigantesco. A pesar de su desagrado por los perros y su falta de conocimiento respecto a los mismos, comprendió que aquél pertenecía a la raza de los mordedores. Se inmovilizó, y cuando a la luz proyectada por una ventana distinguió que el perro enderezaba la cabeza para volver a ladrar, se deslizó por la puerta del cobertizo.

El perro avanzó y se detuvo en seco; a sus espaldas se acababa de abrir la puerta trasera de la casa, y un hombre salió tambaleándose. Le gruñó algo al perro, el cual saltaba alegremente en torno al recién llegado, quien murmuró algo más en español, y se encaminó al cobertizo donde Whelk estaba ya aplastado contra el muro. El perro reanudó sus ladridos hasta que el hombre le propinó un puntapié, alejándolo de su lado.

Whelk estaba tan envarado como las planchas de madera que tenía a la espalda; apenas se atrevía a respirar, a medida que el otro se aproximaba. Ya no podía apretarse más contra la pared; estaba atrapado, cogido por un borracho que todavía no estaba bastante bebido para dejarse engañar.

Los macizos hombros casi le rozaron, bloqueando la luz, y Leonard Whelk se dispuso a lanzar un feroz puntapié hacia arriba, cuando el hombre dejó oír un inconfundible sonido y vomitó sobre los zapatos de Whelk.

El proceso pareció durar indefinidamente, y Whelk apenas pudo dominar la furia que le poseía. De nuevo volvía a ser Foxy Birucoff, sujeto a toda clase de humillaciones e indignidades, pero ahora no podía moverse, no podía revelar su presencia. La parte serena de su cerebro, sin embargo, le informó de lo que podría hacer con la bicicleta del hijo del jardinero cuando lograse apoderarse de la misma.

Los hombros dieron un estremecimiento final y se enderezaron, y el hombre, que resultaba invisible en la oscuridad del cobertizo, empezó a retroceder. Un invitado, seguramente, pensó Whelk, que no había querido demostrar su estado ante los demás. ¿Se daría cuenta por fin de la presencia de Whelk en el cobertizo?

No. Se tambaleó hacia la puerta, tropezó con algo, buscó el tirador y forcejeó. Whelk, cuando el otro hubo salido, se apresuró a abandonar su refugio, pero se había olvidado del perro. Desde las tinieblas se le abalanzó y Whelk sintió un desgarrón en el tobillo. Dio media vuelta y agachándose cogió un pedrusco y lo lanzó contra el perro con todas sus fuerzas. Arrojó otro casi al instante, y entonces oyó abrirse una puerta lateral y una voz femenina que llamaba perentoriamente:

—¿*Missy*? ¿Quieres entrar?

El perro debió de obedecer, creyendo cumplida ya su misión, porque dejó de acosar a su enemigo. Leonard Whelk se apoyó, agotado, contra el tronco de un algodonero. Un puro esfuerzo de voluntad le dijo que el dolor de su tobillo era insoportable y que necesitaba más que nunca la bicicleta. Pero, ¿cómo encontrarla?

En el interior de la casa continuaba la fiesta. Whelk se limpió los zapatos contra la rugosa corteza del árbol y luego los restregó con un manojo de hierba, y se quedó quieto como una estatua al divisar los faros de un coche. Y entonces distinguió las ruedas de una bicicleta a menos de dos metros de donde estaba.

El coche se esfumó. Whelk corrió hacia la bicicleta, apoyada en un muro de la casa, la condujo hacia la carretera y la montó. Después de unos momentos de vacilación por la falta de costumbre, pedaleó veloz y silenciosamente en medio de la oscuridad.

El Valle parecía envuelto en una capa de inquietud, debido al desacostumbrado sonido de la lluvia. Las mujeres no saldrían solas, ni querrían quedarse solas en sus casas, ni tampoco había mucho

tráfico en los caminos. Y si alguien se asomaba a una ventana sólo vería a un chico montado en bicicleta que, de repente, se internaba por un camino lateral, desapareciendo de improviso.

…Hermosillo, 793.

13

La petición de Susan Webb para que la Policía investigase si su sobrina continuaba a salvo en casa de los señores Mannering seguía descansando debajo del montón de papeles.

Aunque había algunas solicitudes de posible interés, la mayoría eran llamadas de mujeres amedrentadas como la señora Webb, que habían oído merodeadores por la parte exterior de su casa, o entrevisto tenebrosas figuras en el jardín. Incluso en circunstancias normales, no le era posible al sheriff acudir a todas las llamadas, ya que disponía de pocos hombres a sus órdenes. Pero esta noche, el comisario que estaba a cargo del teléfono tenía instrucciones de contestar:

—Sí, señora, lo haremos tan pronto como tengamos un coche libre.

Lo cual, a juzgar por el estado actual de las cosas, no llegaría a ser jamás.

Lógicamente, la búsqueda del estrangulador de Elsie Janicek se había convertido en una serie de incidencias de tono menor. Un joven que fue atrapado asaltando una cabina telefónica, confesó, por temor a verse acusado del crimen, que en el momento del asesinato él y dos amigos estaban atracando una pastelería. Un coche que fue detenido por exceso de velocidad resultó ser un vehículo robado, y el conductor estaba reclamado en Santa Fe por otros delitos. Cuando interrogaron al cuñado de una de las camareras del café del puente, descubrieron que en su casa poseía grandes cantidades de cigarrillos de marihuana.

Nada de esto ayudaba a la investigación por la muerte de Elsie Janicek, pero consumió el tiempo de las pesquisas, las cuales, por

otra parte, no conducían a ninguna pista. El sheriff estaba muy enojado contra el hombre que, en su afán por ayudar, había destruido lamentablemente las huellas que hubiera podido haber en la pendiente hacia el río; y de manera inconsciente también comenzaba a estar resentido con la difunta Elsie por no haber arañado al menos a su asesino. La mayoría de las víctimas muertas por estrangulamiento lo hacen, proporcionando el tipo de sangre y a veces otras pistas más valiosas.

¿Por qué no ella? ¿Porque conocía al criminal y se fiaba de él? Pero la tía declaró que era una muchacha muy tímida, sin amigos —aunque las tías no tienen por qué estar enteradas necesariamente de ese aspecto de sus sobrinas—, y la gente del café opinaba lo mismo. Ciertamente, cuando salía del bar, a la hora en que, lógicamente, hubiese podido tener concertada una cita, su amiga la recogía todos los días con su coche.

Normalmente, cabe esperar que una joven extranjera, que sólo había dos o tres palabras de inglés, huya como una liebre al ser abordada por un desconocido, particularmente con la pinta que debía tener aquel sujeto, beodo, desastrado o drogado.

El sheriff habría podido reflexionar más profundamente a este respecto de no ser por una súbita racha de llamadas telefónicas. Les contestó a los policías de Santa Fe que mantendría arrestado a su delincuente hasta la mañana siguiente. Aconsejó a la mujer, cuyo chihuahua todavía se sentía amenazado, que fuese a pasearle a otra parte. Replicó fríamente a otra llamada, la cuarta que recibía de esta clase, que sí, que estaba enterado de que el pobre Sip estaba vagando por los caminos como de costumbre. Habían establecido firmemente que no estaba relacionado con el crimen del puente…

—Sí, señora. No se preocupe.

Y mientras les aseguraba a los de la emisora local que el arresto del asesino de Elsie Janicek era sólo cuestión de horas, se sintió colérico contra el pobre Sip. Aunque no fuese más que por aguardar las apariencias, esta noche entre todas las noches, el mendigo hubiese debido estar durmiendo tranquilamente en casa de su hermana. La gente atemorizada —y el Valle estaba lleno de personas amedrentadas— hace siempre cosas brutales y espantosas, de las que se avergonzarían en otras ocasiones…

El pobre Sip se tambaleaba por los caminos relucientes por la lluvia. Andaba por el centro de los mismos, moviendo mucho los brazos ante un par de faros de coche, coche que siempre se detenía, si bien volvía a arrancar al instante, y el mendigo reanudaba la marcha, pero a pesar de las llamadas efectuadas no había podido comunicarle a nadie su inquietud por la ternera. La pobre bestezuela estaría ya empapada, aterida por el frío.

De cuando en cuando le hablaba a su amiguita con voz acariciadora:

—¿Estás bien calentita? Pronto estaremos en casa —y le chascaba los dedos.

Sabía, de manera confusa, que el hombre que le había dado las monedas, el de la barbita cuadrada, no era el dueño de la ternera. Porque en caso contrario habría salido a mirar, y no habría cerrado la puerta con tanta furia. Además, la casa no tenía cerca.

Preocupado por este problema, el pobre Sip continuó andando con incertidumbre. Hasta sus oídos, familiarizados con el sonido porque solía contemplar a los chiquillos cuando iban o volvían de la escuela, le llegó el ruido de una bicicleta.

No llevaba flores, ni ninguna honda hábilmente hecha, nada aparte de la buena voluntad de saludar. Levantó un brazo y lanzó un gruñido, no sabiendo que su voz resultaba ininteligible, y desde debajo de los árboles, el ciclista invisible intentó atropellarle. El pobre Sip se quedó demasiado aturdido para poder escabullirse, aunque le hubiera sido posible. Y el impacto de la bicicleta le envió, como un espantapájaros abandonado, a las profundidades de los hierbajos de la cuneta del camino.

—Richard —exclamó la señora Mannering con firme voz—, creo que deberíamos regresar a casa.

Su esposo la contempló tristemente.

—Todavía queda mucho tiempo entre el champaña y el desayuno.

—Lo sé, y sería también muy bello poder acostarme para olvidarme de todo esto.

Se contemplaron mutuamente, sabiendo que apenas transcurrirían unos segundos antes de que recogiesen todas sus

cosas y se despidiesen de sus amables anfitriones. La fiesta, una de estas raras fiestas que no tardan en llegar a su culminación manteniendo el tono alegre indefinidamente, comenzaba a bajar de tono para ellos, ante la noticia dada por la telefonista de que su teléfono, hasta entonces ocupado, estaba descompuesto.

—Casi siempre está descompuesto —dijo Richard Mannering, sin ganas de discutir, cosa que era cierta. Debido a una misteriosa extravagancia, solían recibir llamadas, pero ellos no podían llamar, o utilizaban el teléfono para comunicarse con amigos a quienes se les había informado que aquel teléfono no funcionaba. Durante el día esto resultaba enojoso; de noche, y en su ausencia, era enervante. A pesar de la eficiencia nunca desmentida de la señora Beale, siempre cabía la posibilidad de un incendio o una súbita enfermedad; también cabía la posibilidad de que la tormenta fuese más fuerte en Alburquerque y que las líneas telefónicas del Valle, que eran tan resistentes como un cordel, hubiesen sido derribadas En tal caso, la casa estaría a oscuras, lo cual no sería fatal porque tenían velas y linternas y sin agua, ya que la bomba eléctrica no funcionaría.

Una vez se admite la angustia, ésta lo absorbe todo. La señora Mannering, que en defensa propia había aprendido a olvidarse de su casa cuando estaba fuera, comenzó a cavilar y a imaginarse toda clase de cosas raras. La señora Beale no podía estar en todas partes a la vez… ¿y si uno de los niños había estado enredando con un calentador antes de acostarse? ¿Y si Daniel, lleno de recursos en caso de emergencia, había sido electrocutado al querer reparar el daño?

Era espantoso leer, cuando ocurría un suceso mortal: «los padres de los niños estaban trabajando fuera», o visitando a unos parientes, o ausentes por cualquier otro motivo. Y ahora, estando en una fiesta…

Simultáneamente, y sin consultarse, los Mannering empezaron a explorar las posibilidades de llamar a algún vecino con quien estuviesen en buenas relaciones, y despertarle, aunque todavía no eran las once, para pedirles un favor. Los Hazelton, no; él había sufrido un ataque cardíaco el mes pasado. Tampoco los Bishop, que la semana anterior se habían quejado de un agujero perforado en su ventana, agujero que apuntaba a los Mannering, especialmente a

Harry.

—Llamaré a George Mayhew —profirió Richard Mannering, súbitamente aliviado, levantándose y acariciando ligeramente la cabellera de su esposa—. No te preocupes más.

Y brevemente mientras su esposo estuvo ausente, la señora Mannering no se preocupó. No hacía mucho tiempo que conocían a los Mayhew, una pareja de ancianos, preocupados siempre por la juventud, con presencia de ánimo suficiente para detener un alud. La señora Mayhew, bellamente ataviada y manicurada, parecía capaz de capear cualquier emergencia; su esposo era más taciturno, pero la clase de hombre que siempre sabe cómo orillar todas las dificultades. Y una llamada telefónica a esta hora no les obligaría a abandonar el lecho, ya que no solían respetar excesivamente las costumbres del Valle. El desasosiego de los Mannering tocaba a su fin.

Este consuelo duró cinco minutos, hasta que Richard Mannering volvió a la mesa.

—No contesta su teléfono; debe de estar estropeado —explicó, con una nota de indignación en su tono de voz—. Bien, será mejor que nos vayamos. Me excusaré con Charles y Jen, y si mientras tanto quieres subir arriba y empaquetar las cosas…

Para la señora Mannering, mientras se dirigía hacia el ascensor, andando atrevidamente sobre el reluciente suelo, el tiempo era una cosa sumamente huidiza ¿Cuánto tiempo tardaría Richard en despedirse, abonar la habitación que en realidad no habían ocupado y tener preparado el coche? Y aún les quedaba el trayecto hasta Alburquerque, una hora de día pero mucho más en una noche como aquélla.

Naturalmente, no ocurría nada, pero…

A Leonard Whelk le dolía horriblemente el tobillo mientras seguía pedaleando. Sin embargo, ello le producía un salvaje placer; la mujer pagaría por esto, aunque no llegase a saberlo. Otra parte de su cerebro le hizo recordar al perro; podía estar rabioso, a pesar de que había parecido gozar de excelente salud. Un perro rabioso debe mostrar algún síntoma de su enfermedad.

Sin embargo, tendría que hacerse curar el mordisco, aunque no

esta noche y menos por un médico de la localidad. No podía correr el riesgo de que la mujer del jardinero descubriese el robo de la bicicleta y recordase los ladridos del perro. ¿Es que las mordeduras siempre dolían tanto?, pensaba Leonard Whelk sin dejar de pedalear. ¿Y si todavía sangrase, lo cual le parecía cierto, no podría originar una infección?

No se detuvo a examinar la herida, ya que la vista de su propia sangre le habría aterrado, como de costumbre. Si se cortaba afeitándose, no se miraba la cara, limitándose a aplicarse una servilleta de papel humedecida, y más tarde un lápiz antiséptico, pero siempre sin mirar. Cualquier herida, por pequeña que fuese, era el escape de su vida hacia la eternidad.

Se sentía extremadamente mortal, sin darse cuenta desde el día en que con tanta facilidad había terminado con la existencia de su madre adoptiva.

La lluvia fue suavizándose mientras pedaleaba, pero el viento seguía refrescando, extinguiéndose cuando él pasaba por entre los árboles, y azotándole con dureza a campo abierto. De repente se sintió poseído por unas extraordinarias ansias de reír, que podían explicarse por la certidumbre de que pronto habría silenciado a aquella mujer para siempre. Ya no volvería a llamarle, burlándose de él, ni llamaría a la Policía.

Había muy pocas casas iluminadas. Y de repente, divisó a una figura que se tambaleaba en el centro del camino, moviendo los brazos y gritando… el idiota, el favorito de la Policía, que habría podido ser el perfecto culpable.

Whelk se sintió impulsado por una súbita malignidad. Estaba demasiado oscuro para que aquel estúpido borracho le reconociese, si es que era capaz de reconocer a alguien, y tenía tiempo para preparar el golpe. Con esta idea, Whelk aumentó la velocidad de su carrera y de improviso se precipitó contra la figura del pobre Sip; sintió, con honda satisfacción, el impacto de la rueda delantera y el manillar. La bicicleta se desvió alocadamente, volcando, a pesar de los esfuerzos de Whelk, pero éste no tardó en volver a incorporarse, sin ver ya al viejo por ninguna parte

Que se quedase donde estuviese, y que la Policía se ocupase de él. Continuó pedaleando, más tranquilo, como si la presión se le hubiese escapado por una válvula abierta.

Llegó a Hermosillo, con un leve susurro de los neumáticos. Un buzón ostentaba el número 599, y más allá divisó el 657.

Sí, allí estaba el 793.

Whelk echó un largo y deliberado vistazo a la casa antes de dirigirse al senderito particular. Sí, ahora la reconocía: una casa grande, distinguible incluso en una noche oscura debido a su colorido rojizo, con la puerta pintada de azul y otra en forma de verja en el patinillo. Un jardín en forma de media luna delante, con olmos chinos y una inmensa magnolia. Al fondo, unos algodoneros ponían una cerca natural a todo el resto.

Había dos ventanas con las cortinas corridas e iluminadas en la parte delantera. El garaje, abierto, a un extremo del patio, estaba vacío; más allá, bajo unos olmos, había un «Volkswagen», como un montón de chatarra apoyado contra un árbol.

Tal como Whelk pensaba, la mujer intentaba completamente sola su audaz maniobra. Su esposo había salido, como testimoniaba el garaje vacío, y fuera no brillaba ninguna luz que indicase que le esperaba pronto. Dejó la bicicleta a la sombra del muro del patio. Entraría en la casa, o haría que la mujer saliese; no tenía un plan preestablecido, pero la necesidad formaba tanta parte de su ser como el respirar, y sabía que lograría su intento. Tenía que encontrarla; por el momento, sólo esto importaba.

Había una cosa que sí podía hacer mientras tanto, para lo cual había traído la navaja. Sin hacer el menor ruido, ahogadas sus pisadas por el ruido de la lluvia y el susurro del viento, comenzó a buscar lo que buscaba y que no tardó en encontrar: el lugar donde el cable telefónico se introducía en la casa.

Resultó mucho más fácil cortarlo de lo que había supuesto.

14

—La necesito —suplicó Harry.

—No —denegó Libby, con sequedad.

—Tú la cogiste.

—Sí, pero para entrar al pavo. La última vez que la cogiste tú, pusiste las baterías al revés.

—Por favor, Lib… —insistió Harry—. Sólo un momentito…

Era demasiado corpulento de complexión para poseer la agilidad de William, pero cuando quería podía sollozar muy bien, y Libby se enterneció. Sin saberlo, se hallaba en la misma situación que su madre cuando les negaba algo a sus hijos, sabiendo que, a su pesar, acabaría por ceder. Era posible mantenerse firme en asuntos tales como el café, las cerillas o permitirles nadar en la acequia; pero en otras cosas, como «¿puedo coger la linterna?», a la señora Mannering se le volvía el pelo gris.

—¿Para qué la necesitas? —quiso saber Libby, debilitándose su resolución.

—He de sacar algo de mi tumba —replicó Harry.

Todos los chicos tenían tumbas. Eran una invención de Daniel, espolead por el descubrimiento del esqueleto de un topo que originó un entierro de primera clase, y cuya tumba consistía en dos montones de adobe con diversas entradas, a veces desde la cima, a veces desde la parte frontal. A su topo, Daniel añadió la piel de una serpiente y un pájaro que mató un gato. William guardaba cosas muy dispares en su tumba: gomas, una honda que le había cogido a Harry, y una lata de pollo en conserva. Una vez enterró allí su pensión semanal, pero no tardó en comprender la tontería que había cometido.

Tess también tenía su tumba, muy pobretona comparada con la de sus hermanos, pero llena de una heterogénea colección: huevos de gallinejas encontrados en el campo, la vieja pata de un sofá, y cupones del jabón. Una de las amenazas más terribles entre los hermanos era la de: « ¡Voy a destrozarte la tumba! »

—¿Qué necesitas sacar ahora de la tumba? —preguntó Libby suspicazmente.

—Algo. No puedo decírtelo —repuso Harry, con aire inocente—. Por favor, Lib.

—Está bien —concedió su hermana, sacando la linterna—. Pero sólo un momento. No pensarás salir así, ¿verdad?

Harry se miró el pijama y sus pies descalzos.

—Sólo un segundo —prometió—. Gracias, Lib.

Abrió la puerta trasera, salió de la cocina a través de la despensa y desapareció tras un cono de luz. Libby regresó a su habitación, donde Kit estaba escuchando un disco con la puerta parcialmente abierta, y tropezó con una cuerda. Instantáneamente le cayeron encima canicas y harina junto con una lata de cereales, de plástico.

Kit prorrumpió en una carcajada, de la que se arrepintió al momento.

—Lo siento, Lib, pero si vieras el aspecto que tienes…

Libby se vio en el espejo ovalado de la cómoda, e inspeccionó el daño con una serenidad desacostumbrada en ella. Sus rizos estaban tan blancos como la nieve. Las canicas de Tess iban rodando ruidosamente por todos los rincones y en torno a las patas de las camas.

—Espera y verás. Voy a… —exclamó Libby, pero al oír unos pasos que se dirigían hacia la puerta se llevó un dedo a los labios. Luego, en tono alto, preguntó:

—¿Te gusta No puedo esperar? Yo opino que es un sueño.

—Oh, sí, me encanta —contestó Kit, siguiéndole el hilo a su amiga—. ¿Qué hay en la otra cara?

Los pasos gatunos, indudablemente de Daniel, volvieron a dejarse oír. Libby salió del cuarto rápidamente, exclamando:

—Ahora verás.

Fue a la cocina, donde rompió dos huevos entre dos canicas que había recogido del suelo de su cuarto, les dio unas vueltas con el tenedor, y entró seguidamente al comedor a oscuras

La puerta del cuarto de los chicos también se veía a oscuras… falsamente, ya que sabían que Harry había ido a su tumba. Nadie parecía respirar.

—Supongo que a Daniel no le importará que le coja su bolígrafo —susurró Libby.

Hubo un crujido de sábanas, y Daniel salió por la puerta. Al instante le cayó un recipiente sobre la cabeza. Las canicas, engrasadas por la clara de huevo le cayeron sobre el rostro, dejándole medio ciego

—¡Clávale una patada en la espinilla! —le aconsejó William, pero aunque Daniel intentó llevar a cabo esta recomendación tan juiciosa Libby se zafó de él con suma facilidad.

—¡Tú empezaste, y mira mi cabello! ¡Ahora tendré que lavármelo!

— ¡Qué pena! —se burló Daniel, limpiándose la cara.

—Y tú tendrás que quitar la harina de mi cuarto.

—Y tú las manchas de huevo del mío.

—No hace falta; todo lo tienes en tu pelo —replicó Libby, echándose a reír, y Daniel alargó un pie generosamente manchado de amarillo.

—¿Cómo llamarías a esto?

—Un pie, repuso Libby, empujándole a su vez—. Oh, está bien, ya barreré yo la harina; No quiero que vuelvas a entrar en mi habitación.

—No pienso ir a tu habitación, con tu amiguita allí —contestó Daniel con dignidad, y se volvió hacia William, que estaba canturreando «Daniel tiene huevo en la cabeza… Daniel tiene huevo en la cabeza.»

La puerta trasera resonó fuertemente, y Harry entró corriendo, dejando un reguero de pisadas. Jadeaba y parecía asustado, como si su tumba, en la oscuridad, hubiese tenido un habitante siniestro.

— ¡Eh, chicos! —gritó excitado—. Creo que ahí fuera hay alguien.

Pero Harry siempre creía ver a alguien fuera; aunque lo negaba indignado, le asustaba la oscuridad. A Libby no se le ocurrió volver a preguntarle qué le había hecho salir de noche.

—Cámbiate de pijama —le ordenó secamente—. Estás empapado.

—Hay alguien —insistió Harry, pero con voz dudosa.

—Bien, cierra la puerta trasera, ya que eres el último que ha entrado —volvió a ordenar Libby, y Harry obedeció, retirándose de ella a fin de ocultar la lata de té instantáneo que, previsoramente, había cogido de entre los comestibles del día anterior, y por cuya falta su padre se había mostrado tan irritado. Al señor Mannering le gustaba tomar té helado con su cena, incluso en otoño, o le habría gustado de haberlo tenido. Y la señora Mannering compraba una lata cada semana, y una vez por semana los chicos la cogían, bien en el coche, bien cuando descargaban las compras. En una ocasión muy excitante, el té había llegado hasta la despensa, pero ya no habían permitido que esto volviese a ocurrir.

Daniel se lavó la cabeza, descubriendo un fallo en la casa: el lavabo estaba atascado por gran cantidad de púas de peine, y el agua estaba cayendo por el suelo. Harry y William se dispusieron furtivamente a hacer té. Tess, destapada en su catre, había dormido durante todo este alboroto.

Kit, en el cuarto de Libby, como era limpia por naturaleza, había barrido la harina del suelo, y Libby penetró en el cuarto de baño para lavarse la cabeza. Al final del pasillo, la puerta del dormitorio de los Mannering estaba abierta.

Ya habían olvidado todos el temor de Harry.

Había estado a punto de chocar con Leonard Whelk en el bosque.

El bosque, según lo llamaban los chicos como parte del lenguaje familiar de los Mannering, era un grupo de olmos que se hallaba a unos quince metros de la casa, limitando la propiedad por el Norte. Allí crecían rosas silvestres en verano, y los lagartos se deslizaban tratando inútilmente de escapar a las tretas de los chicos.

Leonard Whelk había decidido rodear la casa. La pierna le dolía bastante, y aunque el dolor le servía de estímulo andaba lentamente. Más tarde necesitaría todas sus fuerzas y su agilidad, y no quería efectuar un movimiento desdichado que pudiera rasgarle la tela del pantalón que, aunque poco, le contenía la herida.

Estaba razonablemente seguro de la ausencia de todo perro. La mujer tal vez no hubiese oído sus maniobras con el cable telefónico,

entre el rumor de la lluvia, pero un perro sí. Y los residentes del Valle tenían la mala costumbre de soltar a los perros para que ladrasen de noche.

Whelk pasó junto al «Volkswagen»; en un impulso, protegido por la pared del garaje, encendió una cerilla y miró dentro del vehículo, pero la llave no estaba en el encendido. De los olmos pasó a la sombra de los algodoneros, tanteando el terreno, pisando con cuidado, y de repente se inmovilizó al escuchar como un gruñido a su derecha. Prestando atención, escrutando las tinieblas, logró al fin descubrir la silueta de una especie de refugio, y dentro del mismo una cosa blanca que se movía en su dirección. La ternera…, la ternera que tanto le había ayudado.

Leonard Whelk se hallaba ahora sobre el césped, por lo que podía andar más confiado. La parte trasera de la casa estaba a oscuras, excepto por dos ventanas con persianas. Una, más pequeña y situada más alta, probablemente sería la de un baño; y a través de la otra, cuando se aproximó, le llegó el sonido de una música. Música…, una radio. ¿Cuánto tardarían en dar otro boletín de noticias, refiriéndose entonces indudablemente a la muchacha muerta en el puente? Aquel ramalazo de pánico pasó, dejándole levemente angustiado. Con la línea telefónica cortada, la mujer no podría hacer nada aunque oyese la noticia. Temiendo por su vida, incapaz de avisar a la Policía, tal vez saliese en dirección a la casa de un vecino, para usar su teléfono. Aunque no había vecinos muy cerca; no lo bastante, al menos, para poder oír un grito.

Whelk se apartó de la ventana. Al doblar la esquina de la casa divisó la puerta trasera

Allí estaba la cocina. De la misma no surgía ningún ruido, aunque había varias ventanas iluminadas. La gente se olvida a veces de cerrar la puerta posterior, y si él conseguía colarse dentro, amparado por el ruido de la música… Cuidadosamente, probó la manija de la puerta Ésta estaba cerrada.

Un rumor súbito… —¿una voz o un locutor en la radio?— le obligó a buscar refugio entre unos álamos; como resultado del veloz movimiento, la frente se le bañó en sudor. Apartó las ramas de un árbol y permaneció completamente inmóvil, mientras se abría la puerta trasera. No sabía que había metido un pie en la adornada tumba de Harry, en cuya cima crecía una planta de leguminosa.

De la casa salió un chiquillo, provisto de una linterna. Whelk calculó que tendría unos ocho o nueve años, y vio que llevaba pijama y estaba descalzo… y también vio que se encaminaba directamente hacia donde él se hallaba. Procurando no hacer el menor ruido, Whelk apartó las ramas que tenía a su espalda y se internó más profundamente entre los árboles. En esto le ayudó el hecho que el niño, descalzo, estaba dirigiendo el haz de rayos de su linterna hacia el suelo, en vez de concentrarlo al frente.

El inevitable avance continuó Algo, un insecto nocturno, se aventuró por debajo del suéter de Leonard Whelk. Lo soportó, a pesar de la intensa tortura que representaba, porque la linterna se hallaba ahora a menos de un metro de distancia, con la luz alumbrando un curioso montoncito de tierra. Y entonces, ante su horror, el niño le habló

—Tengo que sacar el té de la tumba —le confió.

Whelk ignoraba que Harry Mannering siempre hablaba consigo mismo cuando estaba a oscuras. Contuvo la respiración, deseando ser un árbol más, y el niño se agachó, con la linterna medio enterrada entre la hierba, y empezó a sondear el montón de tierra.

Por fin se enderezó y exclamó:

—Ya he sacado el té de la tumba —y empezó a alejarse.

El insecto que tan alevosamente se había introducido por debajo del suéter de Leonard Whelk, ahora empezó a picarle. Sin poder dominarse le pegó un manotazo, y ante el impacto el niño se detuvo en seco, echó un asustado vistazo por encima del hombro y corrió hacia la casa. La puerta trasera resonó a sus espaldas.

¿Lo diría? Whelk esperó ansiosamente entre los árboles que apareciese la madre, guiada por el muchachito, hacia el lugar donde él estaba escondido. Y no deseaba ningún testigo; debía coger a la mujer a solas. Era, pensó rabioso, una hora muy avanzada para que un niño de aquella edad estuviese despierto.

No ocurrió nada; la casa mantuvo su silencio. Whelk empezó a pensar que, debido a su precipitada entrada, el niño no habría cerrado la puerta. ¿Y qué era lo que dijo respecto al té? Seguramente, la mujer no querría hacer té a esa hora de la noche; habría oído el portazo y haría que el niño se acostase al momento. Sí, debía estar bastante atareada. Cautelosamente, Whelk abandonó el amparo de los árboles y empezó a aproximarse a la puerta. Se

hallaba a medio camino de la misma cuando oyó el metálico sonido de un cerrojo al girar.

Muy bien; regresaría hacia la puerta principal La mujer habría apagado ya las luces de allí, y escuchando con el oído pegado al muro él podría determinar, a pesar del grosor de las paredes, quién se hallaba en la casa con la mujer. La presencia del niño le había alarmado. ¿Habría alguien más?

Whelk no pensaba en su víctima como la señora Mannering aunque conocía el nombre. Era sólo una voz, una amenaza, una mujer, la MUJER y sabía qué clase de mujer era. Avariciosa, esperando a que su marido estuviese fuera para llamarle, planeando extorsionarle constantemente. Descuidada e indolente, permitiendo que su hijo saliese de noche, mientras estaba tumbada en la cama esuchando la radio.

Su desprecio le tornó más atrevido, y Whelk rodeó de nuevo la casa, entrando por primera vez en el patio. Allí también había una ventana iluminada, con cortinas de bambú que proporcionaban una mejor vista del interior que las demás ventanas.

El sonido de la lluvia, decreciendo ya, sonaba más fuerte en aquel rincón, pareciendo haberse reunido en él todos los gorgoteos de la noche. Una chimenea en un rincón, unos muebles blancos, una máscara mejicana que sonreía desde una viga. Whelk lo observó todo de un vistazo y después se concentró en las cortinas de bambú. Según sus cálculos, estando los dormitorios en la parte trasera de la casa, éste sería el otro extremo de la cocina. Esperó y la vio.

Fue una imagen poco satisfactoria, como la que se forma en un televisor con el canal mal centrado, pero la vio, y resultó ser tal como la idea que de ella se había forjado. Era alta, más alta que él (otro motivo más para odiarla), y vestía una especie de bata. Tenía la cabellera llena de rizadores, de forma que parecía una mujer africana. Y estaba haciendo algo en el extremo más lejano del cuarto.

Esta mujer, con los rizadores, era la dueña del destino de Whelk. Por un instante, Leonard Whelk tuvo que contenerse para no romper la ventana y saltar sobre la mujer. Allí también había una puerta, pero mientras estaba considerando la conveniencia de probar el tirador, los faros de un coche alumbraron el senderito particular.

Whelk apresuradamente, abandonó el patio en busca de las tinieblas detrás de la cerca.

15

¿Qué pasaba? ¿Había llamado la mujer a la Policía poco antes, o se trataba de un amigo que venía a buscarla a ella, y también al niño?

A este pensamiento, toda la sangre de Leonard Whelk pareció concentrarse en su pierna, pulsándole la herida locamente. Aunque la noche era fría, su cuerpo estaba envuelto en unas ropas humedecidas por algo que nada tenía que ver con la lluvia. Esperó, aguzando la vista, y oyó la portezuela de un coche y luego el fragmento de una frase.

No era la Policía; era una voz femenina, e inmediatamente después, como una clara reminiscencia de lo ocurrido en el puente, escuchó un taconeo apresurado. No podía tratarse del marido de la mujer, regresando con una invitada femenina, porque en tal caso habría llevado el coche al garaje. Whelk continuó esperando y escuchando; no se dio cuenta, hasta que la cara comenzó a dolerle, que tenía los dientes fuertemente apretados, y no por el dolor del tobillo.

—Yo iré a abrir, Libby —gritó Kit por la puerta cerrada del cuarto de baño, y se dirigió seguidamente al salón. Cualquiera de los hermanos Mannering habría preguntado la identidad del visitante antes de abrir la puerta; tantas veces se lo habían repetido sus padres, que la advertencia se hallaba bien grabada en sus mentes. Pero Kit no lo hizo; encendió la luz de fuera, tiró del pestillo y abrió la puerta.

La misma se estremeció fuertemente, como resultado de la

maniobra de Harry, que había quitado dos tornillos del gozne superior. Bien, allí estaba una pareja dedicándole sendas sonrisas obsequiosas. Kit no hizo caso alguno de la mujer pero el hombre era elegante, alto y de cabello negro, con las cejas interrogantes, tal como se ven en los anuncios destinados a los caballeros. Eran los señores Wilder y deseaban saber si los señores Mannering estaban en casa

Kit contestó que no, invitó a los Wilder a sentarse y se presentó a sí misma.

—Esta noche me he quedado con Libby para ayudarla a luchar con los niños. Creo que sus padres llegarán mañana al mediodía.

Ésta era la Kit que conocía Susan Webb: graciosa, etérea y, sin embargo, seria y formal. A los Wilder les encantó, y sus miradas adquirieron la pesadez de la cola de pegar. Kit, que se había olvidado de sus grotescos rizadores en el pelo, continuó cortésmente:

—No sé si conocen ustedes a mis tíos ,los señores Webb…

No, los Wilder se disculparon por no conocerlos. Había venido en realidad —el hombre se metió una mano en un bolsillo y extrajo un pequeño volumen— a devolver el libro y a dar las gracias, ya que habían gozado mucho con su lectura.

—Y a pedir unos cigarrillos, si es posible que los tengan —añadió—, ya que todo está cerrado.

—La señora Mannering y yo —agregó la señora Wilder, sonriendo como una bruja— somos grandes amigas.

—Oh, claro, perdóneme —exclamó Kit con voz cortés, y salió del salón con dignidad. Había visto un cartón de cigarrillos en la despensa y lo abrió. Le habría dado a la mujer un paquete, pero no quiso que el caballero la juzgase tacaña, por lo que cogió dos. Al pasar por delante del cuarto de los chicos, la puerta se movió sin hacer ruido.

Los Wilder intentaron rehusar el segundo paquete, pero finalmente lo aceptaron muy agradecidos, y añadiendo que se sentían muy complacidos por haber conocido a una mujercita tan encantadora y que… ¿verdad que les dará recuerdos a los señores Mannering y besos a sus hijos?

—Lo haré, y estoy segura de que los señores Mannering lamentarán no haber podido recibirles. Buenas noches.

Kit obsequió al caballero con una de sus lánguidas miradas, y mantuvo la puerta abierta hasta que la pareja llegó a su coche. Cuando el vehículo empezó a alejarse, después de dejar ver unas manos que se agitaban en despedida, cerró la puerta, apagó la luz exterior, y se dirigió directamente al cuarto de los chicos.

Al aproximarse se oyeron unos cuantos murmullos apresurados, pero cuando ella abrió la puerta reinó el más profundo silencio. La oscuridad no era completa, ya que la linterna que Harry se había llevado a la tumba estaba encendida en el fondo del armario, alumbrando serenamente un lago de té derramado sobre una revuelta confusión de camisas y téjanos.

—¡Verdaderamente! —exclamó Kit en voz alta, pero las inocentes respiraciones continuaron en las tres camas y el catre. Entonces alguien soltó un sonoro ronquido, y desde otra cama surgió como un suspiro. Muda por el enfado, Kit cerró la puerta de golpe, apagó las luces del salón y el comedor y fue en busca de Libby, a la que halló secándose el cabello.

—¿Quién ha venido? —preguntó Libby, por entre los largos mechones de su cabellera.

—Los Wilder. Él debió de casarse con ella por lástima, porque la mujer es una bruja y él un encanto de hombre. ¿Quieres que apague la luz de la cocina?

—Dentro de unos segundos. Necesito tomar unos sorbos de agua. Oh… —exclamó Libby, contemplando un arañazo en la frente —, de buena gana le daría una tunda a Daniel…

Después de un corto silencio la señora Wilder, en el coche, le dijo a su esposo:

—¿Habías visto nunca…?

—Nunca.

—¿Qué edad dirías?

—Apenas la edad de Eva —repuso Wilder, doblando una curva —, aunque el Antiguo Testamento nada dice respecto a los rizadores.

Hubo otra pausa mientras los húmedos caminos iban deslizándose hacia atrás; los Wilder, que habían cenado con unos amigos del Valle, se dirigían a su casa situada en los Heights.

—Creí que te comía con la mirada —comentó la señora Wilder, meditativa—, pero seguramente se habría contentado con moderme a mí.

Wilder se echó a reír.

—Tal vez. Resulta gracioso que una chiquilla de su edad… ¿Quiénes dijo que son sus tíos?

—Los Webb, y acabo de recordar que los conozco.

Wilder encendió un cigarrillo. Después desvió el coche al divisar una sombra al frente.

—Sí —prosiguió—, me parece que él es un tipo alto, que tiene que ver con la aeronáutica, y ella es muy atractiva…, de cabellos negros. Recuerdo que dijiste que nunca habías visto a una joven tan hermosa…

—Exacto —afirmó su esposa—, y por esto todavía me resulta más difícil creer que esa otra muchacha sea su sobrina…

En aquel momento Susan Webb estaba temblando delante de la puerta cerrada de su casa. Acababa de gritar con voz trémula:

—¡Si no se marcha, avisaré a la Policía!

El pobre Sip había vuelo en sí trabajosamente, sin recordar inmediatamente que acababa de ser atropellado; a menudo, por efecto del vino o una pinta de whisky, solía despertarse de improviso en los sitios más extraños. Estaba empapado por la lluvia y la humedad del suelo. Consiguió ponerse de pie, y se palpó angustiosamente el bolsillo derecho.

Su amiguita había desaparecido.

¿Habría caído al suelo sin querer? ¿Se habría escapado? Sip se arrodilló penosamente, buscando por entre la hierba y el barro, llamando a la ratita con voz estrangulada. La rata no tenía nombre, lo cual dificultaba el llamarla. Sip solía hablarle siempre como si fuese una niñita.

—Por favor, vas a enfriarte —decía ahora, extendiendo su mano por el suelo.

Se produjo un susurro entre las hierbas, pero era un insecto.

—Te atraparán los perros —continuó Sip—, o los gatos. Ellos no

te conocen.

Después de una eternidad, las frías patitas se posaron en la palma de su mano. Sip cerró el puño gentilmente, acariciando el suave pelaje, y devolvió cuidadosamente la ratita a su bolsillo. Después volvió a incorporarse y echó a andar.

Por el momento no se acordaba de la ternera ni de la bicicleta; tampoco estaba angustiado por los incrédulos. Había hallado a su amiguita, la diminuta criatura a la que amaba y que confiaba en él, y estaba completamente en paz con el mundo y consigo mismo. Tenía la vaga noción de que debía volver a casa de su hermana, aunque no poseía una idea muy clara de dónde estaba, pero en este sector del Valle, en su sector, ningún mal podía ocurrirle.

Algo pasó por su mente, pero sin dejar huella. Erguido, incluso majestuoso con su cabellera flotando al viento, Sip se dirigió directamente a casa de su hermana.

Un coche pasó por su lado, desviándose exageradamente al otro lado del camino, y luego hubo un largo intervalo de oscuridad. De pronto se presentó a su vista otro par de faros, y Sip agitó los brazos. El conductor paró el camión, y le gritó con humor:

—Sip… ¿te llevo a alguna parte?

Efectivamente, el pobre Sip se sentía fatigado como nunca, y cosa rara, le dolían el hombro y la cadera. Trató de trepar al camión y fracasó, y el conductor, presumiendo que era por culpa del vino o la edad, le ayudó a subir con gran alarde de energías. El pobre Sip lanzó un gruñido. No consiguió mantenerse erguido en el asiento, por lo que se agazapó sobre su cadera izquierda, jadeando lenta y penosamente.

Pero el camionero sólo esperaba cosas raras de Sip.

—Vaya nochecita —exclamó más para sí que para el pobre—, pero la lluvia era necesaria. ¿Te has enterado de la chica que han apiolado en el puente? Esta noche es mejor no vagar por ahí, con estos tipos locos, nunca se sabe. Yo voy hasta Córdoba, ¿te conviene?

—Gracias —repuso Sip, con un gran esfuerzo. Normalmente, sabía dónde estaba Córdoba, y sabía también que desde allí no tendría ninguna dificultad en llegar a casa de su hermana. Pero aun en caso contrario, deseaba continuar en aquel camión que le ofrecía un refugio contra la lluvia que, por otra parte, nunca hasta ahora le

había molestado.

—Atraparán a esa rata —concluyó el conductor, sonriendo, y los dedos de Sip se apretaron contra el bolsillo. Luego dirigió la mano a la portezuela, como deseando abrirla. El camionero, obedientemente, acercó el vehículo a la cuneta.

—¿Te quedas aquí…? De acuerdo, Sip… —y el camión reanudó la marcha con gran estrépito del motor.

Era más oscuro que nunca, o tal vez no había estado jamás en este paraje. Las casas, la mayoría dormidas bajo la lluvia, parecían más cerca unas de otras, y en vez de algodoneros había álamos por doquier. A Sip no le gustaban los álamos, ya que de los mismos nada podía obtenerse: ni sombra, ni frutas ni flores. Musitando en voz baja, se dedicó a buscar una casa iluminada, para preguntarle a alguien el camino hasta la casa de su hermana.

No era fácil hallar una casa iluminada en aquel distrito. Sí, allí había una, con varios coches estacionados delante de la valla, pero Sip no se aproximó a ella. Después de un largo intervalo de oscuridad divisó otra, pero los de dentro no quisieron abrir la puerta a su llamada. Una voz le preguntó:

—¿Qué desea?

—¿La señora Rosa Baca, de Veneranda? —preguntó Sip, esperanzado.

—Nosotros somos los Witting, de Montclair

Pese a su torpe mentalidad, Sip comprendió que se había equivocado. Volvió a probar, pero los pasos se alejaron hacia el interior, y pensó que otras llamadas no conseguirían nada.

Por primera vez en su vida, Sip estaba asustado. Temía al Valle, con todas las ventanas oscurecidas y cerradas, mientras que él estaba perdido, desorientado y dolorido.

Los Mannering, pensó. Una dama llamada Mannering se había mostrado siempre muy amable con él; y una vez le dio una taza de café y la chaqueta que ahora llevaba, dejándole acariciar su pequeña ternera. Tal vez aquella gente no conociese a su hermana, pero conocerían a las personas que vivían en una casa tan grande como la de los Mannering. Y la señora Mannering le conocía y le ayudaría. Animado por esta idea, echó a andar nuevamente, hasta hallar otra casa iluminada.

Susan Webb había apagado las lámparas del saloncito tan pronto como oyó las pisadas en el sendero. Con el vello erizado a lo largo de su espina dorsal, la joven pensó:

«Esto no puede ocurrimos a nosotros…, ¡no!»

Pero en todo cuento de horror tiene que haber una víctima, alguien que se niega a creer hasta el último segundo lo que le está sucediendo. Como la joven del puente.

Llamaron a la puerta, no tranquilamente sino brutalmente, con una especie de demencia ávida. Susan apretó sus manos una contra otra, temiendo que el horroroso ser que estaba fuera, acuciado por su demencia, probase todas las ventanas. ¿Y si lanzaba una piedra, y entraba por el cristal roto? ¿Hasta dónde y hasta cuándo podría correr con el pobrecito Gregory, consumido por la fiebre, que parecía haber ganado diez libras de peso en unas cuantas horas?

Se acercó a la puerta, y con voz débil exclamó:

—¡Váyase!

A guisa de respuesta sólo recibió una especie de gruñido, y otra llamada.

Susan estaba desesperada. Gregory acababa de despertarse y estaba lloriqueando… «¡Oh, Dios mío!, ahora el asesino sabrá que estoy sola con un bebé…»

—¡Si no se marcha avisaré a la Policía! —gritó en el colmo de la desesperación.

Al momento se produjo un pesado silencio.

Nunca había pensado que fuese tan espantoso hallarse al amparo de una puerta, conociendo la existencia de un asesino al otro lado. Los pasos del exterior empezaron a retroceder.

¿Retrocedían realmente o se trataba de un truco? Susan escuchó en tensión, aislándose deliberadamente de los gemidos de Gregory, hasta que algo nuevo en la cualidad de la noche le dijo que el asesino se había marchado. Rápidamente volvió a encender la lámpara y pasó al cuartito del niño, lo sacó de la cuna, aunque todavía gemía y le tocaba un cuarto de aspirina, y se dirigió al teléfono.

—Sí, cariño, espera un momento —le dijo al pequeñuelo, como si pudiera entenderla—, porque voy a llamar a la Policía.

La línea estaba ocupada. Gregory empezó a toser, y se le enrojeció la carita. Susan lo acarició, diciéndose que todo iba bien.

«Le daré la aspirina y luego llamaré al sheriff, y la línea ya estará libre…, y en conjunto todo habrá sido una de estas cosas que después cuenta una, riéndose de sus propios temores.»

Pero en lugar de reír tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas.

16

Leonard Whelk había oído el doble portazo del coche en el sendero de los Mannering; prudentemente retirado en la sombra, vio también cómo las luces posteriores disminuían por la carretera…, ¿cuánto tiempo? Sus nervios le dijeron que durante más de una hora, pero un frío razonamiento replicó que escasamente diez minutos.

De modo que la MUJER nada les había contado a sus visitantes, fuesen quienes fuesen. De lo contrario, tanto si los visitantes como si ella hubiesen estado enterados del crimen del puente, habrían avisado inmediatamente a la Policía. No habrían sospechado que la línea estaba cortada al ver que el teléfono no funcionaban, pero teniendo en cuenta la intimidad que implicaba una visita a tales horas de la noche, no habrían permitido que la mujer volviese a quedarse a solas con su hijito.

No; por algún motivo desconocido, la mujer nada sabía de la joven estrangulada en el puente, a pesar de tener la radio en funcionamiento. Debía de tratarse, pensó Whelk al recordar sus rizadores, de una de esas personas despistadas que oyen la radio sin prestarle nunca atención. O tal vez estuviese tan encumbrada en su posición de poder que toda su atención estuviese concentrada en sí misma. Tal vez le hubiese vuelto a llamar mientras él estaba de camino, proyectando darle a conocer la primera de sus exigencias; quizá esta vez le habría llamado por su nombre…

Aquella idea hizo pulsar con más fuerza la herida del tobillo; durante unos segundos sintió como un fuego ardiendo. Cuando el dolor se calmó, regresó al patio.

La ventana de la cortina de bambú seguía iluminada, pero la

cocina parecía desocupada. La mujer estaría a punto de acostarse, con sus rizadores y su bata. ¿Intentaba dejar aquella luz encendida toda la noche, hasta que su marido regresase? Whelk se aproximó más a la ventana, esperando oír algún ruido indicador, pero el único rumor que llegó hasta sus oídos poco después fue el choque de metal contra metal.

La puerta que se hallaba a medio metro a su derecha, al otro lado de la esquina del muro, no estaba cerrada; ni siquiera entornada. Mientras la contemplaba con incredulidad, como una bestia al acecho, apareció una ligera estría de negrura en la oscuridad, que poco después se desvaneció, cuando la puerta empezó a moverse atrás y adelante, con la aldaba golpeando ligeramente.

Durante un momento, la puerta le pareció tan invitadora, que Whelk la miró con recelo. Tal vez fuese una trampa. Pero esto no era posible…, y si el niño había salido por allí poco antes, también él podía usar el mismo paso para entrar. Los niños son muy descuidados con las puertas, lo mismo que con las luces; siempre es posible adivinar la presencia de un crío en una casa por las luces encendidas en pleno día.

Fue una suerte que Whelk no descubriese esta puerta antes de la llegada de los visitantes. Ahora giró la manija con cuidado y penetró en la oscuridad interior, que olía a fuego, a cera y madera. Con infinita cautela, porque la mujer no debía ser advertida de antemano, cerró la puerta. En aquel momento se posesionó de su espíritu una enorme calma, a pesar del dolor de la pierna y la palpitación acelerada de su corazón.

Estaba dentro de la casa.

—¿Harry? —preguntó Daniel a través de las tinieblas del cuarto, solo disminuidas por la luz de la linterna—. ¿William?

No hubo ninguna respuesta, aparte de la audible respiración de Harry. Tenía inclinación a dormirse de espaldas, con la boca entreabierta, a pesar de las amenazas de sus hermanos, advirtiéndole que se le metería en la boca una araña. William dormía tranquilamente de lado; desde que llegaron ambos a la edad de dormir solitos en camas separadas, tenía la costumbre de

conservar las sábanas y las mantas lo más aseadas posible. Tess estaba durmiendo a pierna suelta, y Harry le había tapado furtivamente con una manta, porque al instalar el catre, Libby no había puesto ninguna ropa en el mismo.

Daniel saltó del lecho y chapoteó entre los restos del té para sacar la linterna del armario. No era su conciencia la que le impulsaba a limpiar el suelo —ello era culpa de Harry por haber dejado correr el agua del lavabo—, sino la seguridad de lo que les esperaba a la mañana siguiente cuando volviesen de la escuela. El cuarto de baño estaba recientemente enlosado, y a todos les habían advertido sobre la conveniencia de no ensuciarlo bajo ningún concepto, y Daniel pensaba que tal vez el agua estuviese ahora disolviendo las paredes de adobe de la casa.

Alumbró a William con la linterna, y el niño murmuró algo como: «Hazlo…, hazlo…, no puedo volar…, hummm», y se volvió del otro lado. Harry, a quien hirió acto seguido el cruel rayo luminoso de la linterna, dormía como un tronco. Daniel sabía por experiencia que era imposible despertarlo en tales condiciones; Harry era capaz de dejarse caer al suelo y seguir durmiendo plácidamente.

—¿Qué pasa, Daniel? —surgió de la oscuridad la vocecita de Tess.

—El cuarto de baño está lleno de agua y papá nos zurrará a todos, esto es lo que pasa —contestóle Daniel.

Ésta era la clase de situaciones que le encantaban a la niña. Sin Libby presente, y sin contar con la ayuda de Harry y William, la niña se sentía llena de fuerza y vigor, como única aliada de su hermano mayor en un momento de crisis. Avispada después de haber dormido un buen rato, y deseosa de mover montañas, exclamó:

—Si tú buscas el cubo, yo iré en busca de la bayeta.

—La bayeta está fuera secándose —le recordó Daniel, olvidándose de la lluvia—, y *Elizabeth* tiene el cubo.

Con los brazos enlazados bajo la nuca, Tess reflexionó sobre el problema. Daniel todavía empuñaba la linterna.

—¿Por qué no ponemos todas estas ropas en el suelo del baño, ya que están mojadas? —sugirió la niña—. Y también unas toallas. Yo te ayudaré.

—Eres una buena chica, Tess —la alabó Daniel, admirado, y ambos se dedicaron a recoger las camisas, los tejanos y la ropa interior, esparciéndolo todo por el suelo del cuarto de baño, andando luego por encima para que absorbieran el agua con más rapidez. Luego ambos exprimieron las ropas, y por el fondo de la bañera corrieron regueros de té.

—También hemos recogido el té —exclamó Tess, palmoteando —. Seguro que Libby no lo habría hecho.

—Libby piensa que es Miss América —gruñó Daniel—, y Kit se cree Miss Universo. Mejor aún, Miss Espacio.

—Miss Monstruo —sugirió Tess, riendo. Pocas veces se hallaba con Daniel en términos tan confidenciales—. Miss Drácula.

Se echó a reír a carcajadas, aunque sin olvidarse de su tarea. Empapó las ropas y las estrujó hasta que el suelo quedó razonablemente seco, y las ropas, las blancas con un curioso colorido marrón, fueron depositadas en la bañera. Después, asombrada por el brillo del suelo, exclamó:

—Voy a buscar una alfombrilla de baño.

—No, Tess, no —objetó Daniel—. Ya la cogeremos mañana.

Tampoco lo dijo por un resquemor de conciencia, ni por temor a despertar a Libby y a Kit, aunque el armario de la ropa blanca se hallaba más allá de su puerta, en el pasillo. Tess, despierta como estaba, deseaba embarcarse en toda clase de proyectos, como fregar el fondo de las ollas y cacerolas, mientras Daniel sólo deseaba regresar a la cama para dormir. Y si Libby les contaba a sus padres que sus hermanos habían estado despiertos hasta tan tarde, aquéllos le echarían un buen sermón a él, por ser ya mayorcito. («Tess dormía en vuestro cuarto, y tú eres el mayor de los chicos. ¿Por qué no la hiciste volver a la cama?»)

Ser el mayor de los chicos era una posición que a Daniel no le entusiasmaba en absoluto.

—No, Tess —repitió—, vete a la cama.

—No tardaré —le confió la niña, y se deslizó a través del comedor hacia la iluminada cocina y luego al pasillo.

A pesar de la línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta de Libby, el pasillo estaba tan oscuro que la niña se puso de puntillas para alcanzar el interruptor. Izándose sobre una maleta, empujó una alfombrilla de baño de uno de los estantes de la ropa

blanca, y tuvo que impedir que se le viniera encima una cascada de toallas y sábanas; cayeron algunas, que apartó hacia dentro con el pie, y cerró la puerta firmemente. Se quedó irresoluta unos instantes, y por fin regresó al cuarto de los chicos, después de haber apagado la luz.

En el cuarto de baño dejó caer al suelo la esterilla blanca y azul.

—Apaga la luz —le ordenó Daniel, y después de obedecer, la niña volvió a su catre.

—Alguien ha cerrado la puerta de los papás —le confió a Daniel con satisfacción—, y estoy segura de que otra vez no podrá abrirse.

—La habrá cerrado el viento —murmuró Daniel—. Duérmete, Tess.

Aunque no oía ningún ruido, Whelk divisó la sombra que se movía por el suelo al otro extremo del pasillo. Con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, observó cómo se abría una puerta inmediatamente a su derecha, y cuando la sombra pareció izarse sobre algo, él se deslizó adentro de una habitación desconocida, cerrando la puerta a sus espaldas.

En el pasillo apareció una niña, descalza y en pijama. Whelk sintió un segundo de pánico al comprender que estaba mirando a través de un panel de vidrio, pero por el otro lado debía de quedar oscurecido por el reflejo de la luz porque la niña no se detuvo, aunque parecía dirigirse hacia aquella habitación. Su mano se posó sobre el tirador, donde notó un mecanismo central de cierre, que presionó hacia dentro. Mantuvo el pulgar sobre el mismo, en plena tensión.

A menos de un metro de donde él estaba, la niña se empinó de puntillas, dio vuelta a un interruptor y el pasillo quedó iluminado. Abrió luego una puerta de la pared, y tras unos cuantos ruidos apagados, la niña volvió a reaparecer cargada con una especie de toalla. Después de pegarle una patada a la puerta del armario para cerrarla, la niña giró su rizada cabecita y miró en dirección a la habitación donde estaba Whelk.

Pero Whelk fue más rápido que ella y se ocultó a tiempo. Aún en circunstancias normales, no le importaban en absoluto los niños; en realidad, le producían la misma sensación de angustia que los gatos.

Especialmente, no le gustó ahora la carita reflexiva de la niña, aún después de haber vuelto ésta a girar la cabeza, haberse empinado para cerrar la luz, y haber dejado a oscuras el pasillo. ¿No sería suficientemente lista para ir furtivamente a avisarle a su madre de que había un desconocido en la casa?

…Un hombre con una barba. Aunque fuesen microscópicas las probabilidades de que la niña hubiese divisado sus facciones, Whelk se sintió tan tirante como un cable. No debía mencionarse a ningún hombre con barba porque… ¿cuántos había en el Valle?

¿Y cuántos hijos tenía esa mujer, y por qué, ¡maldición!, no estaban ya todos acostados?

Leonard Whelk comenzó a respirar más confiadamente, permitiendo que las manos le colgaran a los costados, porque empezaba a albergar una de sus violentas cóleras, y durante un terrible segundo estuvo a punto de echar a correr, forzar todas las puertas y asesinar a todos los moradores de la casa.

Sí, sobre todo la puerta del pasillo, por la que se filtraba la música. Ella debía estar tras aquella puerta, ¿pero tendría el niño consigo en ausencia de su marido? Tenía que cogerla a solas, con rapidez y en completo silencio. Éste era el único método viable. Por primera vez, el pasillo aparecía silencioso y desierto. Whelk comenzó a explorar las posibilidades de la habitación.

La tela que había apartado a un lado con el pie debía de ser un cortinaje. Bajo sus pies había una alfombra. Moviéndose cautamente, a fin de no tropezar con nada, extendió una mano en la oscuridad y chocó con madera pulimentada… sin duda, una cama de matrimonio; al palparla con los dedos vio que estaba en lo cierto. Entonces, la mujer no intentaba dormir sola en esta habitación, pues en caso contrario ya habría tenido encendida la lamparita de la mesilla de noche.

Por tanto, su esposo no tenía que regresar esta noche.

Debía de haber armarios. En aquel instante, la rodilla de Whelk rozó madera y una tela: una silla. La evitó, continuó adelante, y ahogó una exclamación de dolor cuando su tobillo herido trabó relaciones con el borde de algo… ¿una mesa? el odio llameó en su cabeza, haciéndole casi olvidarse del dolor, y transcurrieron varios segundos antes de que pudiera seguir avanzando, tanteando las paredes, hasta encontrar una puerta que abrió sin el menor ruido,

tras la cual colgaban diversas prendas de vestir.

Localizaría la lámpara y la encendería y produciría ruido para atraer a la mujer. Cuando ésta entrase a investigar, pensando que se trataba de uno de los niños… cuando estuviese vuelta de espaldas al armario…

Con un movimiento rápido, que volvió a avivarle el dolor de la pierna, Whelk penetró en el armario, porque la puerta de la habitación se estaba abriendo.

—¿Daniel? —susurró Tess desde su camastro, y luego en voz más normal—: ¿Daniel?

No surgió respuesta alguna de la cama de Daniel, aunque apenas hacía un par de minutos que se había vuelto a acostar. Quizá fingiese estar dormido, cosa que Libby también solía hacer.

—Yo sé dónde están los pasteles —susurró de nuevo Tess.

Los pasteles, para Harry y William, que iban a una escuela nueva que todavía no tenía cafetería, eran un problema para la señora Mannering; cuando quería añadir unos cuantos al envoltorio de bocadillos y frutas para los niños, solía hallar únicamente los papeles vacíos, y la cajita de cartón sin nada dentro. Los chicos afirmaban que era Tess quien los cogía, pero casi siempre la niña se dirigía como una centella al cuarto de los chicos y regresaba con restos evidentes de tal embuste.

En un alarde de severidad, la señora Mannering determinó no servir postres a la hora del almuerzo, para enfrentarse poco después con los rostros desencajados de Harry y William al volver de colegio, afirmando que sufrían un hambre espantosa —en realidad se doblaban sobre sí mismos como atacados de apendicitis—, y que por esto no habían podido contestar en la clase de aritmética. Llevada por su innata debilidad, a pesar de reconocer su error psicológico, la señora Mannering empezó a esconder los pasteles.

Los escondía en todas partes, entre la ropa sucia, en las papeleras, camuflándolos como papeles rotos; en los cajones de las mesas y en los estantes más elevados de los armarios. A veces los escondía tan bien que no volvía a encontrarlos. Pero la mayoría de las veces era lo mismo que esconder unas lechugas de la voracidad de los conejos, o el licor de la de los alcohólicos. En efecto, el

asunto había tomado un cariz de cacería profesional. Si una manta aparecía con una doblez exagerada en una cama, los niños la palpaban al pasar, y a menudo descubrían alguna golosina. O de repente, fino de ellos salía de la despensa con una mirada de secreta alegría en su faz, cuando la señora Mannering se sentía tranquila por haber escondido los postres tras una barricada de productos para limpiar el suelo.

Esta noche, Tess había descubierto, por su actuación profesional, que los pasteles del almuerzo se hallaban dentro de una caja de sombreros en el armario de su madre. Incluso sabía cómo eran: galletas de chocolate, muy dulces y un poco crujientes. Había pensado coger sólo dos, o quizá tres, pero la inesperada presencia de Kit Austen y la crisis de la cerradura la habían distraído de su empeño.

Ahora nada podía distraerla. La luz de la cocina aún seguía encendida, lo mismo que la del cuarto de Libby; por tanto, no tenía que arriesgarse a oscuras por toda la casa. No tenía sueño y, además, alguien tenía que ir a comprobar si aquella puerta volvía a estar cerrada.

Con tan virtuosa idea, Tess sentía también cierta inquietud producida por el vistazo que había echado sobre la puerta de sus padres cuando fue al armario en busca de la estera del baño. El viento, le había dicho Daniel…, pero, ¿qué viento? La casa estaba completamente cerrada, ya que había visto cómo Libby comprobaba todas las puertas y ventanas, y las únicas ventanas abiertas se hallaban tras las puertas cerradas.

Tess saltó del catre y silenciosamente se deslizó fuera del cuarto. Se detuvo a escuchar delante de la puerta de Libby. El tocadiscos sonaba adormiladamente, lo mismo que la voz de Kit.

—Te cuelga un mechón por la espalda. Espera un momento.

—Siempre me ocurre lo mismo —murmuró Libby—. Al menos, siempre que me mojo el pelo.

—Oh, vamos… —la riñó Kit con tolerancia, y Tess se alejó.

Aun sin darse cuenta, la niña necesitaba la seguridad de que había alguien despierto en la casa, donde los chicos dormían ya como leños. Usualmente, era más atrevida que Harry en la oscuridad, y cuando se sentía enferma solía ir en tinieblas hasta la habitación de sus padres, pero esta noche…

Lo que el té en la tumba había sido para Harry, las galletas de chocolate eran para Tess. Encendió la luz del pasillo, abrió la puerta y avanzó hacia la mesilla de noche.

La familiar habitación estaba en penumbra a su alrededor, con su cama amplia y maciza, un cortinaje floreado ocultando un paño de pared, las butaquitas azules, el gran espejo ovalado, 404 que ahora parecía chispear en la oscuridad, encima del radiador. Pero uno de los chicos se le había adelantado, pensó Tess con indignación, porque el armario donde se hallaba la sombrerera en cuestión estaba ligeramente abierto, y antes no estaba igual.

Dio la vuelta a la cama, dispuesta a promover un alboroto si no estaban los pasteles en su sitio, y abrió la puerta del armario de par en par. La sombrerera se hallaba en el segundo estante, a un lado, por lo que la niña tuvo que trepar sobre el primero, asiéndose torpemente a los vestidos colgados, que Aparecían personas que respirasen.

«Respirasen». ¿Y si aquellos vestidos contenían en su interior a diversas personas? El corazón empezó a latirle fuertemente. Tess arrastró la sombrerera hacia abajo, la abrió, levantó un sombrero de señora y metió la mano entre las galletas. Sólo cogió dos. Volvió a dejar la sombrerera en su sitio, tapándola nuevamente, y la dejó en el primer estante. No quería volver a trepar. Dejó caer una de las galletas por entre sus temblorosos deditos, y cuando se inclinó para cogerla divisó las punteras de varios pares de zapatos de su madre.

Y, medio enterradas bajo la falda de un traje de noche, las punteras de unos zapatos de su padre. Se hallaban extrañamente húmedas y enlodadas para hallarse en tal lugar. Tess, asaltada por el pánico que se siente ante lo sobrenatural, salió corriendo de la habitación, como si alguien pudiera perseguirla.

Penetró sin más ceremonias en el cuarto de Libby, no sin antes haber escondido las galletas dentro de su pijama. Libby, que estaba guardando los discos, la miró con acritud:

—¡Tess!

Kit dejó de contemplarse sus recién pintadas uñas, añadiendo:

—¡Santo cielo! ¿Aún estás levantada?

—Hay luz en el cuarto de los papás —murmuró la pequeña—. Fui a beber agua y la vi.

—Bueno, ve a apagarla —replicó Libby con indiferencia.

—No, ve tú —Tess no tenía intenciones de comunicarle su miedo, ya que en tal caso su hermana se burlaría de ella durante varias semanas; además, irrevocablemente la relacionarían con las galletas que faltaban, una de las cuales empezaba a fundirse junto a su estómago, y le achacarían todas las travesuras de los chicos en lo que quedaba de año. Y Libby, para Tess, era toda una mujer, capaz de enfrentarse con todo; los armarios no constituían ningún obstáculo para Libby. Sin esperar más objeciones, salió de la habitación.

—¿Quieres algo de la cocina, Kit? —oyó cómo Libby le preguntaba a su amiga—. Porque supongo que será mejor que vaya a cerrar esa luz. De lo contrario, Tess no podrá dormir en toda la noche.

Tess ya no oyó la respuesta de Kit. Se hallaba en su camastro, comiéndose la primera galleta, confortablemente rodeada por sus dormidos hermanos, cuando Libby apagó la luz de la cocina y se dirigió, siempre con el pelo lleno de rizadores, por el pasillo, hacia el dormitorio de sus padres.

17

La señora Mannering sabía que tendrían que detenerse para tomar café.

No era ese brebaje lo que la preocupaba, ni el licor que habían ingerido previamente, aunque suponiendo que pasarían la noche en el hotel habían tomado una o dos copitas extras: era el cansancio. Con cinco hijos con los que luchar diariamente, ni ella ni Richard estaban acostumbrados a acostarse tan tarde, y además la noche era muy mala para conducir. Inquietos por la falta de comunicaciones telefónicas, milagro sería que no fuesen a chocar contra un árbol, o contra otro coche.

Habían dejado ya atrás La Bajada, y se hallaban ya en la pendiente de Santa Fe que, en invierno, señalaban la línea nevada.

—Richard, para delante de uno de esos cafés que están abiertos toda la noche —le pidió a su esposo, a quien parecía haberse comunicado parte de su alarma.

—Sí, no está mal. Pero de prisa.

No pudo ser tan de prisa. El mostrador estaba agregado a una estación de gasolina, atestada de camiones y toda clase de vehículos, que contemplaban a los Mannering embutidos en sus trajes de noche, como si fuesen unos seres del otro mundo. Había comentarios para todos los gustos.

—¿Serán del circo?

—Algunas estrellas de Los Ángeles…

También se hablaba del trabajo.

—¿Es mío el turno de las dos?

Se oyó la voz de un locutor de radio por encima del alboroto general.

«—Por el momento damos fin a nuestro boletín de noticias hasta…»

El camarero cerró el aparato.

—Es lo que yo os decía, muchachos —declaró alguien—. Si la chica no hablaba inglés…

Otro lanzó una interjección que arrancó una serie de risotadas. El camarero colocó dos tazas de café delante de Richard Mannering, que estaba atento a los manejos de su esposa, atareada en sacar algo del bolso.

La mujer se dirigió a la cabina telefónica, apenas consciente de su falda de tafetán y las sandalias negras, y volvió a marcar el número de su casa, por si la telefonista se hubiese equivocado. Nuevamente, le dijeron que su teléfono no funcionaba, y le dio el número del servicio de reparaciones. La señora Mannering vaciló. Con toda seguridad, el servicio de reparaciones no acudiría hasta el día siguiente…

Marcó el número de los Bishop, que estaban un poco enfadados por el agujero que Harry les había hecho en su ventana. Después de unos momentos de espera interminables, alguien contestó al otro extremo del hilo.

—¿Lois? Soy Alma Mannering. ¿Te he hecho salir de la cama?

—Oh, ya volveré a coger el sueño —le repuso la señora Bishop, pero su tono implicaba que esto no ocurriría ya hasta el alba.

—Cuánto lo siento… Pero nos hallamos en Santa Fe, y no logro comunicarme con los chicos… Estoy inquieta. ¿Tenéis luz vosotros?

—Sí… ha vacilado un par de veces, pero ha resistido firme. Qué raro lo de vuestro teléfono… Naturalmente —la señora Bishop recordó el agujero en la ventana—, con los chicos nunca se sabe, ¿verdad? Son tan… vivarachos…

¿Por qué no les habría hecho más que un agujero Harry?

—Bien, muchas gracias, y lamento otra vez haberte despertado —concluyó la señora Mannering con voz helada. Luego volvió al mostrador y apuró su café, que estaba completamente frío.

—El teléfono no funciona —le dijo a su marido—, pero las luces están encendidas —luego agregó en todo despreciativo—: ¡Los chicos son tan vivarachos!

Mannering buscó algún sentido a esta frase, sin encontrarlo, y dejó unas monedas sobre el mostrador. Al salir, el locutor de radio

estaba diciendo:

«—Nuestro nuevo boletín de noticias. A pesar de las intensas investigaciones llevadas a cabo por el sheriff y sus comisarios, el brutal…»

La puerta se cerró de golpe.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó el señor Mannering a su esposa.

—Sí, gracias.

El pobre Sip encontraba extraordinariamente difícil orientarse en aquella parte del Valle.

Usualmente, cuando vagaba de noche debido a su cojera familiar los coches se detenían para ofrecerle una carrera, o al menos le preguntaban adónde iba. Pero esta noche ninguno se paraba, y hasta parecían esquivarle. No llamó a ninguna otra puerta; la última voz, con su amenaza de avisar a la Policía, le había atemorizado. Cansado y sumamente mojado, con el costado derecho protestando vivamente, continuó caminando en la oscuridad, hasta que los álamos cedieron el paso a los algodoneros, las casas se espaciaron de nuevo, y el viento susurró otra vez en los campos.

Su cerebro sólo podía pensar en una sola cosa a la vez, y ahora pensaba en la señora Mannering, la que le había regalado la chaqueta y la taza de café, la dueña de la ternera. Por lo que cuando un coche aflojó la marcha, bajando el vidrio de la ventanilla, se acercó a preguntar:

—¿La señora Mannering, por favor?

Esta vez entendió la respuesta, aunque le fue ofrecida sin simpatía alguna, y sin que las ruedas del coche hubiesen parado por completo.

—En Hermosillo viven unos Mannering… Doble por la derecha, y después a la izquierda.

El coche aceleró la marcha y desapareció por un recodo.

Ahora el pobre Sip ya estaba orientado. Comenzó a andar alegremente, comunicándole a la rata que llevaba en el bolsillo que no tardarían en llegar. Cuando llegase delante de la casa la reconocería, lo mismo que conocía la casa de unos muchachos que habían tirado una piedra contra la botella de whisky que tenía en la

mano, corriendo y riéndose luego, y la casa donde una niña se hallaba siempre sentada con un gatito negro, y le saludaba cariñosamente cuando él pasaba.

Pero cuando la divisó, una residencia muy grande bajo los olmos, la casa estaba completamente a oscuras.

Se quedó perplejo delante dej senderito particular. Aquella noche le habían ocurrido varios lances, y tenía la noción de que debía de ser muy tarde; tal vez se enfadase con él la señora Mannering si la despertaba a aquella hora. Se sintió desalentado, sin saber por qué, puesto que ya había olvidado el motivo de su presencia allí.

Bien, al menos vigilaría que la ternera no estuviera expuesta a la lluvia; a la señora Mannering esto no le molestaría. Recordó que había una valla al fondo de la finca, y se dispuso a saltarla. También había un pequeño refugio, y dentro distinguió una forma oscura y una cabeza voluminosa. Sip pensó, con aprobación, que la ternera estaba bien resguardada.

—Ssshhh… —le susurró a modo de saludo. Levantó la aldabilla de la portalada y pasó al interior.

Dentro del establo todo estaba seco, con un suave olor a heno. Sin tener conciencia de lo que hacía, Sip dejó resbalar su agotado cuerpo, recostándose contra una bala de heno. Dejó que la ratita saliese del bolsillo para explorar los contornos y mordisquear algo, pero luego alargó la mano y volvió a guardársela. Jamás había hecho experimentos con vacas ni ratones, y estos animales podían ser fatales para su amiguita.

La bala de heno olía agradablemente, así como la alfalfa de otro montón. Sip lo encontró muy pacífico, y gradualmente fue inclinando la cabeza sobre su pecho.

Leonard Whelk había soportado con terrible tensión la intrusión de la niña en el armario. Se envaró, dispuesto a saltar cuando se encendió la lámpara, pero por el ruido de los pasos comprendió que no era la MUJER; una mujer descalza hacía más ruido.

La puerta del armario se abrió, y a través de los intersticios formados por los vestidos colgados, Whelk contempló horrorizado lo que parecía ser un pequeño pijama animado. Hubo cierto barullo

en los estantes, sonó la caída de una caja de cartón, y luego crujió un papel de celofana. Para Whelk, que no estaba enterado de las visitas de los niños a las sombrereras en busca de galletas, la visita de la niña fue una pesadilla, como si la pequeña se divirtiese haciéndole rabiar.

«Es como su madre. Si al menos…»

La niña dejó caer algo y a Whelk le pareció que se agachaba a recogerlo. ¿Distinguiría sus zapatos por entre las faldas de los vestidos? ¿Se le habría abierto de nuevo la herida al chocar su pierna con aquel mueble, y estaría la niña contemplando un reguero de sangre?

Los segundos se convirtieron en horas mientras Whelk, que no había respirado desde que se abrió la puerta del armario, continuaba en su difícil invisibilidad. Le dolía el pecho, y el corazón comenzaba a latir desapaciblemente. Después, con la misma rapidez con que había entrado, aunque esta vez de manera más audible, la niña salió de la habitación.

A contárselo a la mujer. La cual seguramente cogería a sus hijos y echaría a correr. Y Whelk se vería obligado a perseguirla, con el dolor atenazándole la pierna, y teniendo que enfrentarse luego con el regreso a casa. Porque, naturalmente, la alcanzaría, y si ella deseaba vivir, él también, todavía más que ella.

Por otra parte —ahora tenía la barbita sudada y los dedos engarfiados a sus costados—, ¿creería aquella mujer las palabras de una niña tan pequeña?

«Hay un hombre en el armario.»

Whelk estaba seguro de que su entrada en la casa había pasado inadvertida, por lo que la mujer tal vez tomase aquella declaración como un fútil pretexto de la pequeña para no acostarse.

El tiempo, marcado indeleblemente por su pulso, lo diría.

La niña no cerró la puerta del armario, y Whelk, agazapándose silenciosamente contra el fondo, a fin de poder atisbar por entre los vestidos, vio cómo se desvanecía el cono de luz procedente del pasillo. Por tanto, la madre no había hecho caso de la chiquilla; había apagado la luz de la cocina y ahora entraría, antes de acostarse, para apagar la luz de la mesita de noche.

Sí, ya venía por el pasillo.

No era tan alta como le había parecido a través de la cortina de

bambú, y la bata que llevaba parecía venirle un poco grande. La distorsionada visión de Whelk observó, sin concederle importancia, que su cara era muy juvenil para ser madre de dos niños al menos. Todavía ostentaba los horribles rizadores, lo cual, por un motivo ignorado, le inflamó tanto como la burlona voz del teléfono.

(La señora Birucoff también usaba rizadores, no rojos como éstos, muy grandes y rizados, unos tubos de metal perforados que se ponía con enloquecedora regularidad. A veces, llevando a Foxy a su lado, había tenido la audacia de adquirirlos en una tienda. Foxy jamás había comprendido por qué se molestaba con los rizadores, porque ¿quien iba a mirarla? ¿Quién podía apreciar el aspecto de una mujer de manos enrojecidas y antebrazos callosos, que siempre olía a almidón?)

Su visión se aclaró; vio cómo la mujer miraba en su dirección y alargaba un brazo sorprendentemente grácil, sin rojeces ni manchas, hacia la mesita de noche. Entre aquel movimiento y la súbita oscuridad, Leonard Whelk salió sigilosamente del armario, rodeando la cama, y halló la garganta de la mujer.

18

Las galletas de chocolate de Tess, por muy deliciosas que fuesen, le dejaron la boca muy dulce y pastosa, por lo que pensó que necesitaba un buen sorbo de agua. No había ningún vaso en el cuarto de baño de los chicos, y la tía de Pamela Howe —nadie recordaba quién era Pamela Howe, pero formaba parte de la leyenda familiar— una vez se tragó una araña por beber directamente del grifo. Tess siempre se imaginaba a la araña nadando indestructible por el interior del estómago de la tía de Pamela Howe, arrastrándose por sus paredes, y mordiéndola de cuando en cuando. Ella jamás bebía del chorro del grifo.

Pero Libby acababa de apagar la luz de la cocina, ya que había oído el chasquido del interruptor, y Tess no sentía deseos de abandonar el calor del catre para aventurarse en la oscuridad. Por tanto, se abrigó con la manta y se dispuso a dormir.

Daniel roncaba sonora y verdaderamente. William, como siempre, murmuraba en sueños, y Harry dormía como un tronco. La lengua de Tess comenzó a pasearse por su boquita, encontrando restos de chocolate. Un vaso de agua empezó a ser para ella lo que antes habían sido las galletas: algo que era preciso conseguir a toda costa. Suspirando hondamente, aunque nadie podía oírla ni apiadarse de ella, volvió a saltar del camastro.

La cocina estaba a oscuras, pero supo encontrar el interruptor al lado de la nevera. De nuevo brillaron los níqueles y la fórmica del fregadero y la cocina; después de aquella velada interminable, Libby había conseguido dejarlo todo reluciente, salvo una marmita en la que todavía quedaban restos de té. Tess abrió una alacena, cogió un vaso y, a punto de abrir el grifo, de repente, oyó unos

ruidos amortiguados al final del pasillo.

Parecía como si luchase alguien, como cuando se peleaban los muchachos, pero ahora éstos estaban profundamente dormidos. Envalentonada por la luz, Tess se asomó al pasillo.

—¿Eres tú, Libby? —preguntó con su vocecita más dulce, porque intuía que su hermana no estaba de buen humor.

Durante un instante, sus ojos sólo vieron al fondo del pasillo un movimiento como si Libby estuviese bailando alocadamente, en silencio. Después, captó un sonido, como de alguien atacado de náuseas, y los arañazos de unas uñas contra la madera. En medio de la penumbra, la pierna del pijama de Libby desapareció dentro del cuarto de baño y la puerta se cerró.

Tess estaba atontada. Ella y los chicos a menudo se perdían la cena de aquella manera tan poco digna, pero Libby no. Y Libby no llevaba pijama, sino una bata como la de Kit… ¿Entonces…?

Tess recorrió el pasillo, súbitamente asustada. Encendió la luz y miró hacia la puerta del baño.

—¿Te encuentras bien, Lib? —pero sólo le contestó un fuerte estruendo, como si alguien hubiese tropezado con la bañera y, simultáneamente, los rumores de una persona enferma.

Todo esto tenía lugar de nuevo en la oscuridad porque después del relámpago de luz por debajo de la puerta del cuarto de baño, volvieron a reinar las tinieblas.

—¿Lib? —gritó Tess, ya aterrada, y corrió hacia el dormitorio de sus padres para encender la lámpara. La puerta del armario estaba abierta de par en par, y al mirar hacia dentro, observó que los mojados zapatos de su padre habían desaparecido.

—Las cosas no andan solas —le decía a menudo la señora Mannering. Pero aquellos zapatos sí.

Era un terror demasiado intenso para una niña de cinco años. Tess echó a correr, chillando desaforadamente.

Sus gritos habrían podido despertar al pobre Sip, aunque éste no hubiese estado adormilado, y se preguntó vagamente por qué estaban aún iluminadas las ventanas del fondo de la casa, y por qué se apagaban para volver a encenderse poco después. No era un procedimiento muy natural en unas personas que estaban ya

durmiendo.

Estaba muy acostumbrado a los chillidos; las mujeres amigas de su hermana siempre solían hablar a gritos y dar voces estentóreas. Sip era capaz de escuchar inconmovible estos alaridos, sabiendo que no tenían la menor importancia.

Pero estos chillidos procedían de una garganta infantil, pertenecían a la misma clase que los gritos proferidos por los niños cuando alguien roció un perro con gasolina y le prendió fuego. Rápidamente se puso de pie y se abrió paso fuera del establo; ni siquiera observó que la ternera le estaba siguiendo. La ratita, que se le había encaramado al hombro, tenía dificultades para sostenerse allí.

Estuvo a punto de tropezar con una bicicleta colocada traicioneramente en la sombra, y se salvó gracias a la pared que le prestó su apoyo.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó varias veces, ansiosamente.

—¡Mannering! —repetía Susan Webb estremecida, sosteniendo al bebé contra su regazo y el receptor con la mano derecha. Para calmar a Gregory se balanceaba atrás y adelante, hablando al mismo tiempo, lo cual le daba el aspecto de loca o borracha—. Entonces no se me ocurrió… pero con un acento español, podría…

Por fin había conseguido comunicar con la oficina del sheriff, para informarle respecto al hombre que había llamado a su puerta. Más sosegada por el consuelo de las lágrimas, describió su paso irregular y su voz enronquecida, por lo que el comisario con quien hablaba no tuvo la menor dificultad en identificar al visitante.

—Esta bien, señora, es un tipo inofensivo. Si vuelve, no haga caso.

Susan se quedó estupefacta por aquella indolencia.

—Llamé antes —insistió—, porque no podía comunicarme con mi sobrina que está en casa de los señores Mannering. Ustedes me prometieron que enviarían a alguien allí… Fueron, ¿verdad?

Estaba acongojada al pensamiento de que su sobrina, en casa de los Mannering, hubiese podido ser víctima del implacable asesino.

El comisario consultó los informes de la mesa. El de la señora Web no era ya el último, sino uno referente a un perro pastor

alemán y un chihuahua. La noche empezaba a sosegarse en el Valle, a medida que sus habitantes se iban durmiendo, y aunque el teléfono seguía' llamando insistentemente, había ya mucha gente que no oía ruidos extraños en sus patios (perros que se restregaban contra las latas de basura), ni divisaban figuras siniestras a través de sus ventanas (las figuras de sus vecinos, tan nerviosos como ellos). Y mientras hojeaba los informes, un coche de patrulla frenó delante de la oficina.

Escuchó con paciencia el final del relato de la señora Webb, y le notificó que acababa de enviar a un coche patrulla hacia allá.

—Richard —exclamó de pronto con tono de disculpa, la señora Mannering, porque fumaba más que su esposo y teóricamente era tarea suya recordárselo a él—, ¿has cogido cigarrillos?

Richard Mannering se palpó los bolsillos.

—No… Ya encontraremos algún sitio abierto. Vigila.

Iban a buen paso por las mojadas y resbaladizas carreteras, aunque no tan de prisa como antes; estando seguros de que la fuerza eléctrica seguía presente en el Valle, habían recobrado parte de su aplomo. La señora Beale podía contender con todo lo demás; incluso sabía entablillar una pierna rota o levantar una nueva chimenea, si la ocasión se presentaba.

—¡Oh!, bueno —exclamó la señora Mannering, quitándose un zapato y frotándose el pie—, no será la última fiesta, supongo. ¡Pero qué daría por tener unos pies más adecuados para llevar zapatos!

—Los tendrías deformes. Mira en el compartimiento de los guantes; tal vez encuentres cigarrillos. No deberías fumar tanto —la reconvino su esposo, que por asociación de ideas también deseaba echar un poco de humo por la nariz.

La señora Mannering miró en el compartimiento de los guantes sin éxito alguno, pero también sin desaliento. Se sentía extrañamente aliviada, a pesar de las fiestas que dejaban en Santa Fe; era como —lo mismo que una carta escrita y sin echar al correo — si la salud de sus hijos estuviese garantizada con su regreso.

Sí, regresaban a todas las cosas de las que había querido huir poco antes: las peleas constantes de los chicos, normales, pero que alteraban los nervios; los discos de Libby, siempre las mismas

insulsas canciones modernas, también normales, pero horripilantes para los oídos acostumbrados a la buena música. Las frecuentes lágrimas de Tess, su constante preocupación por limpiar las botas y los muebles, que acababan completamente sucios y manchados.

—Allí hay un local —observó Mannering, al divisar unas luces a su derecha, pero en aquel momento, un coche de patrulla se puso en marcha delante del restaurante, girando la luz de la parte superior, y se internó entre el tráfico.

La señora Mannering se estremeció inconscientemente.

—No me gusta ver esos coches por la noche. Podrían dirigirse a nuestra casa.

—¿Para qué? —Richard Mannering había hablado con ligereza, pero sabía qué había querido decir exactamente su esposa. Al regreso de una breve ausencia del hogar, siempre se teme la sirena de un coche policíaco, o la de los bomberos… Siempre es posible que ambas se dirijan a tu casa.

—Bien —decidió la señora Mannering—, no nos detengamos. En casa hay cigarrillos, y ya sólo tardaremos diez o quince minutos en llegar.

—De acuerdo —asintió él.

—Insensiblemente, el acelerador comenzó a ser apretado.

«Muerta», pensó Leonard Whelk, al no oír respirar a la mujer que yacía dentro de la bañera; muerta, silenciada al fin. Se había asido a las cortinas del baño, como antes a la madera del pasillo; Whelk no había esperado tanta resistencia, por lo que había estado a punto de perder el equilibrio, pero por fin consiguió dominar a aquella maldita bruja, enviándola de un empujón a la bañera.

No había habido ningún testigo, a pesar del inesperado destello de luz procedente de la cocina, que le había impedido rematarla en el pasillo.

Whelk había encendido la luz del cuarto de baño por dos motivos. Su zapato de lona del pie derecho estaba completamente mojado, y el tobillo le dolía con renovado furor. Ella le propinó dos puntapiés con el tacón de una zapatilla, hallando la herida con salvaje malicia; por un instante, la agonía del dolor experimentado le obligó a aflojar la presión en torno a la garganta de la mujer, con

lo cual ella dejó escapar un sonido que él no esperaba.

Con el largo trayecto en bicicleta que le aguardaba, no podía demorarse a inspeccionar el daño que ella le había causado, pero al breve resplandor de la luz del baño distinguió la sangre que se escurría por su tobillo, y se sintió enfermo. Se vio forzado a vomitar. La otra razón para encender la luz fue el chillido que oyó al otro lado de la puerta.

La ventana. Cerrada con una aldabilla que podía soltarse en un instante, fácilmente accesible, si se izaba sobre el asiento del excusado. Whelk, de constitución endeble, podía pasar fácilmente por allí. Rápidamente se subió al asiento, preguntándose hasta cuándo sería capaz de soportar los alaridos de la niña sin querer silenciarla también, y su pierna le hizo sentir un dolor semejante a una aguda cuchillada.

Se tambaleó, sus manos se tendieron en la oscuridad y se asieron a una toalla que colgaba de un sostén invisible. Al instante cayó estrepitosamente al suelo. El eco del impacto resonó fuertemente en el inmenso silencio procedente de la bañera.

Pero los gritos habían sido ya remplazados por unos murmullos al otro lado de la puerta, y ahora pudo escuchar distintamente una frase:

—Trae un abridor…

Whelk se incorporó, diciéndose que no debía dejarse dominar por el pánico. La mujer estaba muerta; nunca más volvería a burlarse de él, ni podría señalarlo con el dedo. ¿Iba a dejarse amilanar por un par de niños?

Buscó en el suelo la toalla y se la anudó torpemente en la parte inferior de la cara. Si cargaba contra ellos en la oscuridad, y luego corría velozmente hacia el patio, los niños sólo verían a una figura siniestra y nada más.

¿Qué era esto? La voz de un hombre, una voz muy ronca. La puerta del cuarto de baño se estremeció bajo el impacto de un golpe, que fue repetido instantáneamente.

¿La ventana? Ya no tenía tiempo. Pero no podían atraparle de esta manera imbécil, jadeando y sangrando…

Todavía quedaba algo de Leonard Whelk… ¿o de Foxy Birucoff? Desanudó la toalla, la arrojó al suelo y gritó: —¿La Policía? ¡Gracias a Dios! Un momento, por favor.

Acto seguido se inclinó sobre la bañera y arrastró el cuerpo inerte, con crueldad, sobre el borde, colocándolo de cara al suelo. Andando cautelosamente, buscó el interruptor y luego, resueltamente, abrió la puerta.

Apoyándose en el quicio de la puerta, como incapaz de sostenerse por más tiempo, preguntó:

—¿Lo han cogido ya?

19

«Se lo dijo al idiota». Después de todos los riesgos pasados, después del triunfo alcanzado, era aquél el que se interponía en su camino: aquel despojo humano, encorvado y tullido, con sus ropas empapadas y los ojos llameantes bajo el cabello gris.

Se reprodujeron los alaridos, pero esta vez a cargo de varios chiquillos, no sólo dos, pero Leonard Whelk no los oyó.

—Por favor, quítese de aquí —dijo secamente—. He hecho lo que he podido por esa pobre mujer —con la cabeza indicó el cuarto de baño—. Alguien me ha atacado también a mí y voy a avisar a las autoridades y al médico.

El idiota continuaba mirándolo fijamente. Con todas las células de su cuerpo anhelando la huida, Whelk lo empujó a un lado y echó a correr hacia el patio. La puerta estaba abierta…, pero obstruida por un cuerpo de color blanco y marrón, como atascado en el umbral, que le sacó una lengua húmeda y amistosa.

Whelk lo empujó; *Elizabeth* empujó a su vez y consiguió penetrar un poco más en el pasillo. Whelk se tragó un grito de rabia y giró sobre sí mismo; tenía que encontrar otra puerta. Pero se sintió atraído hacia atrás como por una cuerda invisible; el viejo le había agarrado por el suéter, empujándole sin esfuerzo aparente contra la pared.

—Usted se queda —le ordenó Sip, roncamente.

«Pasaba por delante de la casa —pensaba Leonard Whelk— y oí chillar a una mujer. Naturalmente, al instante me acordé de la tremenda tragedia del puente. Tal vez el asesino… Bien, llamé, y la mujer seguía gritando, por lo que abrí la puerta y entré. Al instante me vi atacado. Le aseguro, oficial, que mi asaltante tenía la fuerza

de un loco, que es lo que es, claro está. Llevaba un arma, no sé cuál…, mire mi pierna, por lo que cuando huyó me pareció más prudente cerrar la puerta y tratar de hacerle la respiración artificial a esa pobre mujer…»

A sus espaldas, en el cuarto de baño, se oían ahora unas voces plañideras, que gritaban:

—¡Oh, Lib! ¡Oh, Libby!

Era muy típico que ella no les permitiese llamarla madre, o un diminutivo parecido. Cuidando de no alarmar al idiota, que seguía vigilándole, Whelk se llevó una mano al bolsillo y deliberadamente sacó un billete de cinco dólares.

—Le agradezco mucho que haya asustado a ese individuo —dijo, con la mayor calma posible, para que el otro le comprendiese—, pero mi deber es avisar cuanto antes a la Policía.

El dinero continuó balanceándose al extremo de su mano, hasta que una voz le gritó en su cerebro «¡Corre!», y otra parte del mismo le informó que con su pierna herida era una necedad intentarlo. Por su parte, Sip apenas conocía los billetes de cinco dólares; ciertamente, jamás se había ganado uno con tan poco esfuerzo. De repente, empezó a recordar cosas bastante desagradables de aquel tipo de la barbita cuadrada, pero al cabo de un momento extendió la mano, se apoderó del billete y se lo guardó. Su mano derecha se afianzó más en el suéter y la camisa de Leonard Whelk, abatiéndole firmemente contra el quicio de la puerta.

Whelk murmuró una incoherencia, y la ternera avanzó por el pasillo, bloqueando todavía la salida con su mole. Resonaron unos timbrazos, la casa fulguró de luces, y una voz fría —una voz imposible porque él la había matado—, exclamó jadeante:

—Sí, señor, nos íbamos a la cama cuando…

A continuación se oyeron unos pasos precipitados en la cocina y el pasillo.

—¡Señor Whelk! —exclamó un comisario, al reconocerle.

—Me han atacado, comisario. Yo… —empezó a balbucir el interpelado.

Pero el comisario le volvió la espalda. Hizo salir a los niños del cuarto de baño, giró el cuerpo de la bañera y empezó los procedimientos de la respiración boca a boca.

—Uno de vosotros, chicos, llamad pidiendo una ambulancia —

ordenó en una breve pausa—. Que venga otro coche patrulla.

Poco después regresó William, tartamudeando:

—El teléfono no funciona.

—De acuerdo. Quédese aquí, señor Whelk, si no le importa —manifestó el comisario, reanudando la tarea de devolver la vida a un cuerpo aparentemente muerto.

—¿Whelk? —exclamó Kit Austen, antes de darse cuenta, y se llevó una mano a la boca cuando los ojos del nombrado se encontraron con los suyos.

Conocía el apellido porque le había telefoneado tres veces. Pero si Libby estaba realmente…, en tal caso, la culpa sería de ella. Todos le echarían la culpa: la Policía, la familia de Libby, su propia familia… Si al menos consiguiese llegar sana y salva a Chicago… Los chicos y Tess no la habían oído hablar por teléfono, por lo que nadie tenía por qué saberlo.

Del cuarto de baño surgió un carraspeo, como una tos ahogada, y Libby sacudió la cabeza. Por los rostros de Daniel y Harry empezaron a resbalar las lágrimas, lo mismo que por las mejillas de William.

—Hola, Lib —exclamó atrevidamente Tess.

—Calla, tonta —gimoteó Harry.

Kit, que había contenido su respiración como los demás, se dio cuenta, sintiendo un intenso frío interior, que el individuo barbudo la contemplaba fijamente, y que jadeaba como un animal acorralado. Parecía haberse olvidado del comisario y de la pobre Libby.

Pero ésta estaba viva y lo contaría todo, haciendo que el asunto se presentase mucho peor para Kit más tarde.

—Oficial…, yo…, éste es el señor Whelk —balbuceó Kit de repente—. Bueno, yo…, nosotras…, yo estuve jugando con el teléfono… llamando a varias personas…, ¿ya sabe?, y llamamos al señor Whelk, y le dijimos que estábamos enteradas de todo, y supongo que él no pensó que era una broma, porque me citó en el puente a las seis y cuarto, pidiéndome que no se lo dijese a nadie…, y yo no fui…, y yo…

¡Un juego! Un juego equivalente al de «Adivina quién te dio»,

o… «Busca, busca, frío, frío…, caliente, caliente…»

Y por un juego, por un simple juego acababa de traicionarse, delatándose y arruinando toda su vida.

¡No, no era posible! ¡No podía serlo! ¡No era posible que lo único que hubiera tenido que hacer fuese colgar el teléfono y no hacer caso a la llamada! El cerebro de Leonard Whelk hervía con mil encontrados pensamientos.

—¡Miente! —gritó, sin poderse contener—. ¡Ella sabía quién era yo…!

En medio del silencio general, el comisario preguntó con untuosidad:

—¿Quién es usted realmente, señor Whelk?

La ratita del pobre Sip, al principio atemorizada por el hallarse en aquel ambiente tan extraño, ahora se había envalentonado y asomaba su cabecita sonrosada por la abertura del bolsillo. De pronto, y antes de que el comisario hubiese concluido su pregunta, la rata, valerosamente, saltó impulsivamente y fue a posarse sobre la sudorosa frente de Leonard Whelk.

Éste podía dominarse en la sociedad de sus semejantes; incluso habría sido capaz de recobrar el control de sus nervios. Pero cuando las zarpas de la ratita aterrizaron sobre su frente, empujó al pobre Sip con todas sus fuerzas, y corrió, pasando junto a la ternera, que se hallaba completamente dentro del pasillo.

Una vez había huido a cuidar el césped del señor Tomás Husted, y ahora huía en busca de un refugio inexistente. «Un juego», repetía su exaltado cerebro… «Una diversión»…

Alguien le gritó, advirtiéndole, pero no se detuvo. No podía detenerse. Y entonces, algo pareció morderle su pierna derecha, con un estruendo que resonó por entre los árboles…, pero él no se paró…

—Adiós, Susan, y gracias por todo —se despidió Kit, ya en la puerta.

Bill estaba colocando sus maletas en el coche, disponiéndose a conducirla al aeropuerto, y Susan la contemplaba con curiosidad.

Con el cabello lustroso y bien peinado, con su mirada clara y deferente, con su despedida amistosa y cortés. Nada parecía haber conmovido en absoluto a Kit Austen. Ella había sido el elemento detonante en el asesinato de Elsie Janicek y en el casi homicidio de Libby Mannering, pero al cabo de uno o dos días de humillación exagerada, parecía volver a estar tan risueña y alegre como siempre. Con las pestañas arrepentidas, casi tapándole los ojos, tal vez para ocultar su excitación, le había descrito a un jurado las respuestas de Leonard Whelk a sus dos llamadas telefónicas; incluso declaró que le llamó una tercera vez sin obtener respuesta.

Bill Webb cerró la portezuela del coche y miró inquisitivamente hacia su casa.

—Bien, gracias de nuevo —repitió Kit—, y me alegro de que Gregory ya esté bueno.

Besó ligeramente a Susan, seguramente imitando los besos de su madre a sus amigas.

—Temo haber sido una verdadera carga para vosotros…

Cuando el coche se hubo perdido en la carretera, con un furtivo saludo de Bill, Susan regresó a la casa, milagrosamente salvada de aquella noche de terror.

—Teme haber sido una carga —le dijo a Gregory, que estaba en su cunita—. ¿Quién le habrá puesto esa extraña idea en la cabeza?

Los Mannering llegaron a su casa a tiempo de ver, con el corazón palpitante, la luz giratoria del coche de patrulla, y la silueta de Leonard Whelk huyendo. Después de la ansiedad sufrida por Libby, a la que hubo que llevar al hospital, si bien la dieron de alta al día siguiente, aguardaron con angustia inigualable los efectos traumáticos de aquel drama en todos sus hijos.

—Honradamente —exclamó Libby, pálida, pero indignada, estudiando la imagen de sí misma de la fotografía tomada en el hospital—, al menos podían haberme quitado los rizadores.

—Debíamos haber salido en los periódicos —opinó Daniel, agresivamente, aunque luego se echó a reír—. Con William y su abridor.

—Pues he abierto muchas… —empezó a declarar William, pero calló al advertir la mirada de sus padres fijas en él.

—Creo que yo terminaré el trabajo —terminó Harry por él, extendiendo sus manos hacia Libby.

¿Y Tess? Se preguntaban, muy preocupados, sus padres, ante aquella serie de violencias. ¿Qué señal quedaría de todo esto en una tierna niña de cinco años?

—… y una enorme barba —le estaba contando la pequeña a un amiguito suyo—, que llegaba hasta su cintura…

El amiguito, superior a ella en todo, estaba admirado.

—¿Y tú qué hiciste?

—Oh… —repuso Tess, y su cerebro se pobló de recuerdos de pánico y terror—. Cogí el treinta y ocho de papá y le dije que no se moviera de donde estaba. Y no se movió.

—Bueno —el muchachito se sintió un poco incómodo ante aquel final—, creo que ya es hora de que me largue a almorzar…

Los mirones no faltaron en casa de Leonard Whelk, cuando se puso de manifiesto que era él quien había estrangulado a Elsie Janicek, y se rumoreó que todavía era culpable de otros crímenes peores. El mayor Fingaard se sintió sobrecogido y aturdido. Ni aún después de quedar convicto, Leonard Whelk podía ser culpable para él. Para él siempre seria el inmejorable vecino que hablaba apropiadamente en todos los comités, y generalmente añadía buen tono al distrito.

—Te repito —le dijo a su esposa, que como de costumbre no le escuchaba— que todavía oiremos hablar de este asunto. Si Whelk fue el responsable de todo…, ¿quién fue, entonces, el individuo que yo vi…?

Notas

[1] Alejandro Graham Bell fue el inventor del teléfono. *(N. del T.)* <<